

LAS BRUJAS DE SALEM
DRAMA EN CUATRO ACTOS
por
ARTHUR MILLER

LAS BRUJAS DE SALEM
Título de la obra en inglés: THE CRUCIBLE.

VERSIÓN. FELIPE CASTRO.

Notas de la versión. Se mantienen todas las indicaciones del autor para las escenas y para las acciones y emociones de los personajes.

ACERCA DE LA FIDELIDAD HISTÓRICA DE ESTE DRAMA

Esta obra no es historia en el sentido en que el vocablo es usado por el historiador académico. Fines de orden dramático han requerido a veces que varios personajes se fundieran en uno; el número de muchachas complicadas en la "delación" ha sido reducido; la edad de Abigail ha sido aumentada; aunque hubo varios jueces de casi igual autoridad, los he simbolizado a todos en las personas de Hathorne y Danforth. No obstante, creo que el lector descubrirá aquí la naturaleza esencial de uno de los más extraños y terribles capítulos de la historia humana. La suerte de cada personaje es exactamente la de su modelo histórico, y no hay nadie en el drama que no haya desempeñado un papel similar, y a veces exactamente igual, en el hecho real. En cuanto al carácter de los personajes, poco se sabe de la mayoría de ellos, exceptuando lo que se puede conjeturar de algunas cartas, las actas del proceso, ciertos volantes escritos en la época y referencias a su conducta provenientes de fuentes más o menos fidedignas. Por lo tanto, pueden tomarse como creaciones mías, logradas en la medida de mi capacidad y de conformidad con su comportamiento conocido, excepto lo que se indica en el comentario que he escrito para el presente texto.

A.M

LAS BRUJAS DE SALEM
Drama por ARTHUR MILLER
PERSONAJES
por orden de aparición:

El Reverendo Parris
Betty Parris
Tituba
Abigail Williams
Susana Walcott
Ana Putnam
Tomás Putnam
Mercedes Lewis
María Warren
Juan Proctor
Rebeca Nurse
Guillermo Corey
El reverendo Juan Hale
Isabel Proctor
Francisco Nurse
Ezekiel Cheever
El alguacil Herrick
El juez Hathorne
El comisionado gobernador Danforth
Sara Good
Hopkins

ACTO PRIMERO
(Obertura)

Un pequeño dormitorio en el piso alto de la casa del reverendo Samuel Parris, en Salem, Massachusetts, en la primavera del año 1692. A la izquierda, una angosta ventana; a través de sus paneles cuadriculados fluye el sol matutino. Aún arde una vela cerca de la cama, a la derecha. Un arcón, una silla y una pequeña mesa completan el mobiliario. En el foro, una puerta conduce al descanso de la escalera que lleva a la planta baja. En la aseada habitación reina una atmósfera austera. Las vigas del techo están a la vista y los colores de la madera son naturales y sin lustre. Al levantarse el telón, el reverendo Parris está arrodillado junto al lecho, en el que yace, inmóvil, su hija Betty, de diez años. En la época de estos sucesos, Parris tendría unos cuarenta y cinco años. Dejó una huella repugnante en la historia y es muy poco lo bueno que se puede, decir de él. Dondequiera que fuese, creía ser perseguido a pesar de sus esfuerzos por ganarse la voluntad de Dios y la gente. En reunión se sentía ofendido si alguien se levantaba para cerrar la puerta sin antes pedirle permiso. Era viudo, sin interés en los niños ni talento para tratarlos. Los consideraba como adultos jóvenes y, hasta producirse esta extraña crisis, él como el resto de Salem, jamás concibió que los niños debieran sino agradecer que se les permitiese caminar erguidos, con la mirada baja, los brazos a los costados y la boca cerrada hasta que se les mandase hablar. Su casa estaba en el "pueblo"—aunque hoy apenas lo llamaríamos aldea—. La capilla estaba cerca y desde este punto—hacia la bahía o hacia tierra adentro— había unas pocas casas, oscuras, de pequeñas ventanas, apretujándose contra el crudo invierno de Massachusetts. Salem había sido fundada apenas cuarenta años antes. Para el mundo europeo toda la provincia era una frontera bárbara, habitada por una secta de fanáticos que, a pesar de todo, exportaban productos en cantidad creciente y de valor en paulatino aumento.

Nadie puede saber realmente cómo eran sus vidas. No tenían novelistas, y aunque hubiese habido uno a mano, no hubieran permitido a nadie leer una novela. Su credo les vedaba toda cosa que se pareciese a un teatro o "placer vano". No festejaban la

Navidad, y un día de descanso sólo significaba que debían concentrarse aún más en la oración. Lo cual no quiere decir que nada rompiera esta rígida y sombría manera de vivir. Cuando se construía una nueva granja los amigos se reunían para "levantar el techo", se preparaban comidas especiales y probablemente se hacía circular alguna poderosa sidra. Había en Salem una buena provisión de inútiles que se entretenían jugando al tejo en la taberna de Bridget Bishop. Probablemente el trabajo duro, más que el credo, impidió que se deteriorara la moral del lugar. La gente se veía obligada a luchar con la tierra, heroicamente, por cada grano de cereal y nadie disponía de mucho tiempo para holgazanear.

Que había algunos bromistas está indicado, sin embargo, por la costumbre de designar una patrulla de dos hombres cuya obligación era "marchar durante las horas del culto de Dios para tomar nota ya sea de quienes permanecieran cerca de la capilla sin concurrir al rito y la oración, o de aquellos que permanecieran en sus casas o en el campo sin justificarlo debidamente, y tomar los nombres de dichas personas y presentarlos a los magistrados a fin de que éstos puedan obrar en consecuencia". Esta predilección por meterse en asuntos ajenos fue tradicional entre la gente de Salem e indudablemente creó muchas de las sospechas que alimentarían la locura que estaba próxima. Fue también, a mi juicio, una de las cosas contra las que se rebelaría un Juan Proctor, pues la época del campo armado casi había pasado y, desde que el país estaba razonablemente—aunque no totalmente— seguro, las antiguas disciplinas comenzaban a resentirse. Pero, como en todos estos asuntos, la cuestión no estaba resuelta pues el peligro continuaba siendo una posibilidad, todavía, donde se hallaba la mejor promesa de seguridad.

El extremo del desierto estaba cerca. El continente americano se extendía interminablemente hacia el oeste y estaba, para ellos, lleno de misterio. Oscuro y amenazador, se alzaba sobre sus cabezas noche y día, pues de allí, de tiempo en tiempo, venían a merodear tribus de indios y el reverendo Parris inclusive tenía algunos feligreses que habían perdido familiares a manos de esos paganos.

La parroquial petulancia de esta gente fue responsable, en parte, de su fracaso en convertir a los indios. También es probable que prefirieran arrebatarle tierra a paganos y no a correligionarios. .. De cualquier modo, muy pocos indios fueron convertidos y la gente de Salem creía que la selva virgen era la morada del Diablo, su último refugio, la ciudadela para su defensa final. Para ellos, la selva americana era el último refugio de la tierra en el que no se rendía tributo a Dios.

Por estas razones, entre otras, ostentaban un aire de innata resistencia, hasta de persecución. Sus padres habían sido, por supuesto, perseguidos en Inglaterra. De modo que ahora, ellos y su iglesia, encontraban necesario negarle su libertad a cualquier otra secta, para que su nueva Jerusalén no fuese profanada y corrompida por comportamientos equivocados e ideas engañosas.

Creían, en resumen, que ellos sostenían en sus firmes manos la bujía que iluminaría al mundo. Nosotros hemos heredado esa creencia y ella nos ha ayudado y dañado. A ellos, con la disciplina que les dio, les ayudó. Fueron, en general, gentes aplicadas; y tuvieron que serlo para afrontar la vida que habían elegido —o a la que habían nacido— en este país.

La prueba del valor que para ellos tuvo su creencia puede hallarse en el carácter opuesto de la primera colonia de Jamestown, más al sud, en Virginia. Los ingleses que desembarcaron allí eran impulsados principalmente por un afán de ganancias. Habían pensado alzarse con los bienes del nuevo país y regresar, ricos, a Inglaterra. Eran una banda de individualistas y un grupo mucho más simpático que los hombres de Massachusetts. Pero Virginia los destruyó. También Massachusetts trató de matar a los Puritanos, pero ellos se aliaron; establecieron una sociedad común al que, en el comienzo, fue poco más que un campo armado bajo una dirección autocrática y muy devota. fue, empero, una autocracia por consentimiento, pues estaban unidos de arriba abajo por una ideología común cuya perpetuación era la razón y justificación de todos sus sufrimientos. Así, pues, su abnegación, su resolución, su desconfianza hacia todo propósito vano, su despótica justicia, fueron en conjunto instrumentos perfectos para la conquista de este espacio tan hostil al hombre.

Pero el pueblo de Salem en 1692 no era precisamente la gente aplicada que arribara en el Mayflower. Había tenido lugar un gran cambio y, en esa misma época, una revolución había depuesto al gobierno real reemplazándolo por una junta que en este momento estaba en el poder. A los ojos de ellos, éstos debían parecer tiempos dislocados y para la gente común deben de haber sido tan insolubles y complicados como lo es nuestra época hoy.

Es notable la facilidad con que pudo convencerse a muchos de que esa era de confusión les había sido infligida por fuerzas subterráneas y tenebrosas. No es que aparezca indicio de tal especulación en las actas del tribunal, pero el desorden social en cualquier época alienta semejantes sospechas místicas y cuando, como en Salem, se extraen milagros de debajo de la superficie social, es demasiado pretender que la gente se abstenga durante mucho tiempo de caer sobre las víctimas con toda la fuerza de sus frustraciones.

La tragedia de Salem, que está por comenzar en estas páginas, fue el producto de una paradoja. Es una paradoja en cuyas garras vivimos aún y todavía no hay perspectivas de que descubramos su resolución. Simplemente, era esto: con buenos propósitos, hasta con elevados propósitos, el pueblo de Salem desarrolló una teocracia, una combinación de estado y poder religioso, cuya función era mantener unida a la comunidad y evitar cualquier clase de desunión que pudiese exponerla a la destrucción por obra de enemigos materiales o ideológicos. Fue forjada para un fin necesario y logró ese fin. Pero toda organización es y debe ser fundada en una idea de exclusión y prohibición, por la misma razón por la que dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio. Evidentemente, llegó un momento en que las represiones en Nueva Inglaterra fueron más severas de lo que parecían justificar los peligros contra los que se había organizado ese orden. La "caza de brujas" fue una perversa manifestación del pánico que se había adueñado de todas las clases cuando el equilibrio empezó a inclinarse hacia una mayor libertad individual.

Si uno se eleva por encima de aquel despliegue de maldad individual, sólo puede compadecerlos a todos, así como nosotros seremos compadecidos algún día. Todavía le es imposible al hombre organizar su vida social sin represiones, y el equilibrio

entre orden y libertad aún está por encontrarse. La "caza de brujas" no fue, sin embargo, una mera represión. Fue también, y con igual importancia, una oportunidad largamente demorada para que todo aquel inclinado a ello expresase públicamente sus culpas y pecados cobijándose en acusaciones contra las víctimas.

Repentinamente se hizo posible—patriótico y sagrado— que un hombre dijese que Martha Corey había acudido a su habitación durante la noche y que, mientras su esposa dormía a su lado, Martha se había acostado sobre su pecho y "casi lo había sofocado". Por supuesto, sólo era el espíritu de Martha, pero la satisfacción del hombre al confesarse no fue menor que si se hubiese tratado de Martha misma. De ordinario, no podía uno decir tales cosas en público.

Viejos odios de vecinos, largamente reprimidos, ahora podían expresarse abiertamente, y vengarse a despecho de los caritativos mandamientos de la Biblia. La codicia de tierras, antes puesta de manifiesto en continuos altercados por cuestiones de límites y testamentos, pudo ahora elevarse a la arena de la moralidad; era posible acusar de brujería a un vecino y sentirse perfectamente justificado por la ganga obtenida. Viejas cuentas podían ajustarse en un plano de celestial combate entre Lucifer y el Señor; las sospechas y la envidia del infeliz hacia el dichoso podían desencadenarse, y se desencadenaron, en la general venganza.

Parris reza ahora y aunque no podemos escuchar sus palabras, percibimos que es presa de la confusión. Murmura, parece estar a punto de sollozar; luego solloza y entonces reza de nuevo, pero su hija no se mueve.

Se abre la puerta y entra su esclava negra. Tituba tiene más de cuarenta años. Parris la trajo de Barbados, donde él había vivido varios años como comerciante antes de incorporarse a la Iglesia. Tituba entra como quien ya no soporta la separación de su ser más querido, pero también muy asustada pues su instinto de esclava le ha advertido que, como siempre, las dificultades en esta casa terminan por caer sobre ella.

TÍTUBA *(dando ya un paso atrás): ¿Mi Betty, sanita pronto?*

PARRIS: ¡Fuera de aquí!

TÍTUBA (*retrocediendo hacia la puerta*): Mi Betty no morir...

PARRIS (*incorporándose, furioso*): ¡Fuera de mi vista! (Ella ya se ha ido.) Fuera de mi... (*Es dominado por los sollozos. Los acalla apretando los dientes; cierra la puerta y se apoya en ella, exhausto.*) ¡Dios mío! ¡Dios, ayúdame! (*Temblando de miedo, murmurando para sí entre sollozos, va hacia la cama y toma suavemente la mano de Betty.*) Betty. Criatura. Mi niña querida. ¿Despertarás, abrirás tus ojos? Betty, chiquitita... (*Se inclina para arrodillarse nuevamente, cuando entra su sobrina Abigail Williams, de 17 años, muchacha de llamativa belleza, huérfana, con una infinita capacidad para simular. Ahora rebosa preocupación, aprensión y compostura.*)

ABIGAIL: Tío. (*El la mira.*) Susana viene de hablar con el doctor.

PARRIS: ¿Sí? Que entre, que entre.

ABIGAIL (*Asomándose a la puerta para llamar a Susana, que está unos escalones más abajo*): Entra, Susana. (*Entra Susana Walcott, muchacha nerviosa, apresurada, algo más joven que Abigail.*)

PARRIS(*ansiosamente*): Hija, ¿qué ha dicho el doctor?

SUSANA (*empinándose para ver a Betty por encima de Parris*): Me manda que le diga a usted, reverendo señor, que para esto no puede encontrar en sus libros ninguna medicina.

PARRIS: Que siga buscando, entonces.

SUSANA: Sí, señor; ha estado buscando en sus libros desde que usted fue, señor. Pero me manda a decirle a usted que podría buscar la causa de esto en algo antinatural.

PARRIS (*dilatándosele los ojos*): No... no. Nada de causas antinaturales. Anda y dile que he enviado por el reverendo Hale. Dile que busque en la medicina y deseche toda idea de causas antinaturales, porque aquí no las hay.

SUSANA: Sí, señor. (*Se vuelve para salir.*)

ABIGAIL: No digas nada de esto en el pueblo, Susana.

PARRIS: Te vas directo a tu casa y no vuelvas a hablar de causas antinaturales.

SUSANA: Sí, señor. Rogaré por ella.*(sale.)*

ABIGAIL: Tío, cunde el rumor de que esto es brujería; usted tiene que bajar y negarlo . Abajo está lleno de gente, señor. Vaya, yo me quedaré con ella.

PARRIS *(abrumado, se vuelve hacia ella)*: ¿Y qué voy a decir? ¿Que en el bosque encontré a mi hija y a mi sobrina, bailando como herejes?

ABIGAIL: Sí, tío, bailamos. Usted tiene que decirles que yo lo confesé y que me van a azotar por haberlo hecho. Pero todos hablan de brujería y Betty no está embrujada.

PARRIS: Abigail, ¿Qué fue lo que hicieron en el bosque?

ABIGAIL: Bailamos, tío. Y cuando usted apareció , Betty se asustó y se desmayó. Y eso es todo.

PARRIS: Hija, siéntate.

ABIGAIL *(temblando al sentarse)*: Yo jamás le haría daño a Betty. Le tengo un cariño entrañable.

PARRIS: Escucha bien criatura. Tu castigo vendrá a su tiempo. Pero si en el bosque se conectaron con espíritus, debo saberlo ahora, porque sin duda llegarán a saberlo mis enemigos y con eso me arruinarán.

ABIGAIL: Pero es que no conjuramos espíritus...

PARRIS: ¿Entonces por qué desde la medianoche no puede moverse? Esta niña no tiene remedio. *(Abigail baja la vista.)* Esto saldrá a la luz, forzosamente ...; Dime qué es lo que hicieron ahí. Abigail, ¿te das cuenta de que tengo muchos enemigos?

ABIGAIL: Si, lo sé.

PARRIS: Hay un grupo de vecinos que ha jurado bajarme del púlpito. ¿Puedes entender?

ABIGAIL: entiendo, señor.

PARRIS: Y en medio de este enredo, mis propios familiares resultan ser el centro mismo de no sé qué práctica obscena. En el bosque se hacen barbaridades...

ABIGAIL: ¡Jugábamos, tío!

PARRIS (*señalando a Betty*): ¿A esto le llamas jugar? (*Ella baja la mirada. El suplica.*) Abigail, si sabes algo que pueda ayudar al médico, por amor de Dios, dímelo. (*Ella calla.*) Cuando las sorprendí, vi a Títuba agitando sus brazos sobre el fuego. ¿Por qué hacía eso? Parecía chillar en lenguas extrañas. ¡Se bamboleaba como una bestia estúpida sobre esa fogata!

ABIGAIL: Siempre canta sus cantos de Barbados, y nosotras bailamos.

PARRIS: No puedo cerrar los ojos a lo que vi, Abigail, porque mis enemigos no la harán. Vi un vestido tirado en le pasto.

ABIGAIL(*inocentemente*): ¿Un vestido?

PARRIS (*...es muy duro decirlo*): Sí, un vestido. ¡Y me pareció ver... a alguien desnudo, corriendo entre los árboles!

ABIGAIL(*aterrorizada*): ¡Nadie estaba desnudo! ¡se equivoca, tío!

PARRIS (*con enojo*): ¡Yo lo vi! (*Se aleja de ella.*): Sé sincera conmigo, Abigail. Aquí está en juego mi ministerio...; mi ministerio y tal vez la vida de tu prima. Cualquiera que haya sido la brutalidad que hicieron, dímelo todo ahora, porque no voy a bajar sin saber toda la verdad

ABIGAIL: No hay nada más. Lo juro tío, lo juro.

PARRIS (*la observa: luego asiente con la cabeza, convencido a medias*): Abigail, he luchado aquí durante tres largos años para que esta gente dura de cabeza se entregue a mí y ahora, justo ahora que la parroquia comienza a dar señales de algún respeto

hacia mi persona, tú comprometes nada menos que mi reputación. Te he dado un hogar, criatura, te he dado de vestir y comer...; dame ahora una respuesta honrada. En el pueblo..., ¿tu nombre es completamente inmaculado?

ABIGAIL (*con una pizca de resentimiento*): Por supuesto, estoy segura que es así. Mi nombre no tiene de qué avergonzarse.

PARRIS (*concretando*): Por qué te echaron del servicio de la señora Isabel Proctor? He oído decir, que ella casi no viene a la parroquia sólo porque no quiere sentarse cerca de algo sucio. ¿Tú sabes que significa eso?

ABIGAIL: Me odia; sin duda, tío, me odia porque no quise ser su esclava. Es una mujer cruel, una mujer mentirosa, insensible, llorona, y yo no quise trabajar para semejante mujer.

PARRIS: Tal vez lo sea. Pero a ti te echaron hace mucho tiempo y ninguna otra familia ha pedido tus servicios.

ABIGAIL: Quieren esclavos, no gente como yo. Que vayan a buscarlos a Barbados. ¡No me ensuciaré la cara por ninguno de ellos! (*Con mal disimulado resentimiento hacia él*): ¿Me estás echando de esta casa, tío?

PARRIS; No... No.

ABIGAIL (*con arrebatos*): Tengo buen nombre en el pueblo. No permitiré que se diga que mi nombre está sucio. ¡La señora Proctor es una bocona y mentirosa! (*Entra Ana Putnam. Es una mujer de cuarenta y cinco años, de alma atormentada, obsesionada por la muerte, acosada por los sueños.*)

PARRIS (*apenas comienza a abrirse la puerta*): No... no. No puedo recibir a nadie. (*La ve y en él surge cierta deferencia aunque sin disipar su ansiedad*): Ah, señora Putnam, adelante.

ANA (*agitada, con los ojos encendidos*): Es un prodigio, no cabe duda de que nos ha tocado un rayo del Infierno.

PARRIS: No, señora Putnam, es...

ANA (*aludiendo a Betty*): ¿Hasta qué altura voló, hasta qué altura?

PARRIS: No, no... no voló...

ANA (*muy satisfecha de ello*): ¡Cómo! ¡Seguro que voló! Nuestro vecino la vio pasar sobre las bodegas, y descender con la ligereza de un pájaro!

PARRIS: No, señora Putnam, escuche, ella no ha... (*Entra Tomás Putnam, un duro terrateniente acomodado, cincuentón.*) Ah, buenos días, señor Putnam.

PUTNAM: ¡Es una suerte que la cosa haya brotado, por fin! ¡Es providencial! (*Va directamente hacia el lecho.*)

PARRIS: ¿Qué cosa ha brotado, señor, qué...? (*Ana va hacia la cama.*)

PUTNAM (*mirando a Betty*): ¡Pero sus ojos están cerrados! Míraselos tú, Ana.

ANA: Es extraño. (*A Parris*): Los de nuestra hija están abiertos.

PARRIS(*sobresaltado*): Su hija está enferma?

ANA (*con maligna certidumbre*): Yo no diría enferma; el toque del maligno es más grave que estar enferma. Es la muerte, es la muerte diabólica que se mete en ellas, con horquilla y con pezuñas.

PARRIS: ¡Oh, no, por favor! ¿Por qué, qué es lo que tiene su hija?

ANA: Tiene lo que se merece... No se despertó esta mañana, pero sus ojos están abiertos y camina, y nada oye, nada ve, y nada puede comer. Su alma está poseída. (*Parris queda paralizado.*)

PUTNAM (*como pidiendo más detalles*): Dicen que usted mandó llamar al reverendo Hale,...

PARRIS (*con menos convicción ahora*): Sólo por precaución. Tiene gran experiencia en todas las artes demoníacas, y yo...

ANA: Ya lo creo; el año pasado encontró una bruja, recuérdenlo

PARRIS: Por favor, señora Ana, sólo sospecharon que era una bruja, y estoy seguro de que aquí no hay nada de brujería.

PUTNAM: ¡Nada de brujería! señor Parris, por favor mire que...

PARRIS: Tomás, Tomás, le ruego, no hable usted de brujería. Sé que usted no me sería capaz de acusarme de algo así. No podemos hablar de brujería. A gritos me echarán de Salem si existe semejante corrupción en mi casa.

Dos palabras acerca de Tomás Putnam. Era un hombre con muchos rencores, de los que, por lo menos uno, parece justificado. Tiempo atrás, el cuñado de su esposa, James Bayley, había sido rechazado como ministro de Salem. Bayley llenaba todos los requisitos y contaba con dos tercios de los votos necesarios, pero un sector impidió su designación por razones que no son claras. Tomás Putnam era el hijo mayor del hombre más rico del lugar. Había peleado contra los indios en Narragansett y se interesaba profundamente por los asuntos parroquiales. Indudablemente, se sintió mal retribuido por la comunidad que tan escandalosamente desairaba a su candidato para uno de los cargos más importantes del pueblo, tanto más cuanto que él mismo se consideraba intelectualmente superior a la mayoría de la gente que había a su alrededor. Su naturaleza vengativa quedó demostrada mucho antes de que comenzara la "caza de brujas". George Burroughs, otro ex párroco de Salem, había tenido que obtener dinero prestado para pagar el entierro de su esposa y como la parroquia se atrasaba en el pago de su salario, pronto se encontró en bancarrota. Tomás y su hermano Juan hicieron encarcelar a Burroughs por deudas que el hombre no debía. El incidente es importante sólo porque Burroughs consiguió ser párroco allí donde Bayley, cuñado de Tomás Putnam, fue rechazado; el motivo de resentimiento es aquí claro. Tomás Putnam sintió que su propio nombre y el honor de su familia habían sido mancillados por el pueblo y se propuso desquitarse como pudiera. Otra razón para creerlo un hombre profundamente amargado fue su intento de destruir el testamento de su padre, quien había legado una suma desproporcionada a un hermanastro. Como en todos los pleitos públicos en que trató de forzar las cosas, también fracasó en éste.

No es sorprendente, pues, hallar tantas acusaciones de puño y letra de Tomás Putnam, o que tan frecuentemente se haya encontrado su nombre en calidad de testigo, corroborando los testimonios destinados a probar lo sobrenatural, o que su hija iniciase el griterío en los trances más oportunos durante los procesos, especialmente cuando... Pero ya hablaremos de esto a su tiempo.)

PUTNAM (*en este momento está decidido a empujar al abismo a Parris, por quien siente desprecio*) : Señor Parris, en todas las peleas que han habido yo siempre he estado de su parte, y así lo seguiría haciendo; pero no puedo, No puedo hacerlo si usted se resiste a creer en esto. Espíritus dañinos y vengativos, han poseído a estas niñas

PARRIS: Tomás, usted no puede...

PUTNAM: ¡Ana! Dile al señor Parris lo que has hecho.

ANA: Reverendo Parris, he enterrado a siete niños sin bautizar. Todos niños sanos. Sin embargo, cada uno de ellos estaba destinado a morir en mis brazos la misma noche de su nacimiento. Mi corazón parece agitarse esta vez porque mi Rita, mi única hija..., se ha puesto extraña y por eso entonces la mandé a ver a Títuba.

PARRIS: ¡A Títuba! ¿Qué podría Títuba...?

ANA: Títuba sabe cómo hablar a los muertos, señor Parris.

PARRIS: ¡Señora Ana..., es un enorme pecado invocar a los muertos!

ANA: Mi alma cargará con ello; ¿pero sólo ella podría decirnos con certeza quién mató a mis hijos?

PARRIS(*horrorizado*): ¡Por favor mujer!

ANA: ¡Fueron asesinados, señor Parris! Y anoche nuestra Rita estuvo muy cerca de sus almas ¿por qué ahora enmudeció, algún poder de las tinieblas paralizó su boca? ¡Es una señal prodigiosa, señor Parris!

PUTNAM: ¿Es que no lo entienden? Hay entre nosotros una bruja asesina, decidida a mantenerse en las sombras. *(Parris se vuelve hacia Betty evidenciando un creciente terror frenético.)* Deje a sus enemigos que piensen lo que quieran pero usted, Reverendo Parris, no lo puede ignorar.

PARRIS *(a Abigail)*: Entonces, estuvieron invocando a los espíritus!!.

ABIGAIL *(en un susurro)*: Yo no, señor... Títuba y Rita.

PARRIS *(se vuelve ahora, con nuevo temor; va hacia Betty, la observa y luego, con la mirada fija en el vacío)*: ¡Oh, Abigail, qué adecuada retribución a mi generosidad! Ahora estoy perdido.

PUTNAM: Usted no está perdido. Esto lo fortalece. No espere a que lo acusen. Denúncielo usted mismo. Ha descubierto a una bruja!!

PARRIS: ¿En mi casa? ¿En mi casa, Tomás? Me destituirán por todo esto. Harán una carnicería... *(Entra Mercedes Lewis, la sirvienta de los Putnam, una muchacha de diez y ocho años, gorda, taimada y despiadada.)*

MERCEDES: Disculpe... Sólo quería saber como seguía Betty

PUTNAM: ¿Pero por qué no estás en la casa? ¿Quién está con Rita?

MERCEDES: Vino su abuela. De hecho está harto mejor porque incluso estornudó

ANA: ¡Ese es un signo de vida!

MERCEDES: Yo no me preocuparía más señora de verdad que fue un enorme estornudo. *(mira de reojo a Betty)*

PARRIS: Me gustaría rezar un momento a solas

ABIGAIL: Tío usted ha rezado toda la noche porque no baja de una vez y....

PARRIS: No... no. *(A Putnam)*: No tengo respuesta para esa multitud. Esperaré hasta que llegue Hale.

PUTNAM: ¡Láncese contra el Diablo y el pueblo lo bendecirá por ello! Baje y hable con todos ellos..., cante los himnos junto a ellos. Están sedientos de su palabra, señor.

PARRIS*(dominado)*: Cantaré un salmo con ellos, pero que nada se diga de brujería por ahora.

ANA: Mercedes, tú vas a casa a acompañar a Rita

MERCEDES: Sí, señora. *(Sale Ana Putnam.)*

PARRIS *(a Putnam)* me acompaña *(Sale con Putnam.)*

ABIGAIL: ¿Se puede saber que tiene Rita?

MERCEDES: Algo espeluznante, no sé...; desde anoche parece caminar como una muerta.

ABIGAIL *(se vuelve súbitamente y va hacia Betty; con temor en la voz)*: ¡Betty!*(Betty no se mueve. La sacude)*: ¡Termina con esta estupidez! ¡Betty! ¡Levántate! *(Betty no se mueve. Mercedes se acerca.)*

MERCEDES: ¿probaste pegarle? Yo le aforré a Rita una cachetada enorme y eso la despertó por un rato. Córrete, déjame a mí.

ABIGAIL *(rechazando a Mercedes)*: No, él subirá en un rato. Escúchame. Si nos interrogan, diles que bailábamos... Eso es todo lo que yo le dije.

MERCEDES: Bueno y que más

ABIGAIL: El sabe que Títuba conjuró a las hermanas de Rita a levantarse de la tumba.

MERCEDES: ¿Y qué más?

ABIGAIL: Te vio desnuda.

MERCEDES *(batiendo palmas, con una risita asustada)*: ¡Jesús!

(Entra María Warren, sin aliento. Es una muchacha de diez y siete años, servil, simple, triste.)

MARÍA: ¿Qué vamos a hacer? ¡Todo el pueblo está en la calle! ¡Todo el mundo habla de brujería! ¡Abby, nos van a acusar de brujas!

MERCEDES *(apuntando y mirando a María)*: Ella piensa confesar, estoy segura.

MARÍA: Tenemos que confesar, Abby. Por brujería ahorcan..., ¡ahorcan! ¡Abby, tenemos que decir la verdad! Por bailar y las otras cosas, sólo te van a azotar.

ABIGAIL: ¡Nos van a azotar!

MARÍA: Yo no hice nada, Abby. Yo solo miraba.

MERCEDES *(yendo amenazadora hacia María)*: ¡Ah! A ti que te gusta mirar ah? Para espiar sí que eres valiente. *(Betty, en la cama, se queja. Abigail se vuelve instantáneamente.)*

ABIGAIL: Betty. *(Va hacia Betty)*: Betty, despierta!!. Soy yo Abigail.*(La incorpora y la sacude furiosamente)*: ¡Betty, te voy a pegar! *(Betty se queja)*: Bien parece que te estás mejorando. Escúchame bien y trata de comprender... Hablé con tu papá y le conté todo. Por lo tanto no hay que tener mie...

BETTY *(asustada de Abigail, salta de la cama como una luz y pegada de espaldas a la pared)*: ¡Quiero a mi mamá!

ABIGAIL *(con alarma, mientras se aproxima cautelosamente a Betty)*: Betty, ¿qué te pasa? Tu mamá está muerta y enterrada.

BETTY: ¡Quiero volar hacia mi mamá! ¡Déjame volar! *(Extiende los brazos como para volar, largándose hacia la ventana por donde alcanza a pasar una pierna.)*

ABIGAIL *(arrastrándola lejos de la ventana)*: Le conté todo; él ya sabe, ahora ya sabe todo lo que nosotras...

BETTY: Tú bebiste sangre, Abigail, eso no se lo contaste.

ABIGAIL: ¡Cállate Betty!!, no volverás a decir eso! Nunca, nunca jamás...

BETTY: ¡Lo hiciste, lo hiciste! ¡Bebiste un encantamiento para que se muera la mujer de Juan Proctor! ¡Sí! ¡Tú te tomaste un brebaje para matar a la señora Proctor!

ABIGAIL (*la abofetea*): ¡Calla estúpida! ¡Basta ya!

BETTY (*desplomándose en el lecho*): ¡Mamá, mamá! (*Se deshace en sollozos.*)

ABIGAIL: Escuchen!!!. Todas ustedes!! Escuchen... Bailábamos. Y Títuba invocó a las hermanas de Rita Putnam. Y eso es todo. Y recuerden esto: digan una sola palabra, o la sombra de una palabra acerca de las otras cosas que ocurrieron, y apareceré en lo más negro de una horrible noche y les cobraré las cuentas hasta los escalofríos. ¡Todas saben que puedo hacerlo; he visto cómo, sobre la almohada de mi cama, los indios destrozaban las cabezas de mis pobres padres, y he visto algunas otras sangrientas faenas realizadas en la noche. Yo puedo hacer que ustedes se lamenten de haber nacido (*va hacia Betty y la incorpora violentamente*): ¡Siéntate y termina con esta estupidez! (*Pero Betty se desploma en sus brazos y yace inerte en el lecho.*)

MARÍA (*histéricamente asustada*): ¡Qué le dio! (*Mirando despavorida a Betty*): ¡Abby, se va a morir! Conjurar es un pecado y nosotras...

ABIGAIL (*yendo hacia María*): ¡María Warren, te dije que te callaras! (*Entra Juan Proctor. Al verlo, María retrocede asustada.*)

Proctor era un agricultor de unos treinta y cinco años. No tiene por qué haber sido miembro de ningún bando del pueblo, pero hay indicios que sugieren que era violento y mordaz con los hipócritas. Era la clase de hombre—poderoso de cuerpo, bien dispuesto y difícilmente dominable— que no puede rehusar su apoyo a militantes de ningún partido sin provocar su más hondo resentimiento. En presencia de Proctor todo necio

sentía instantáneamente su necesidad... y por cosas así, un Proctor siempre está expuesto a la calumnia. Pero, como veremos, las tranquilas maneras que él exhibe no surgen de un alma libre de tormentos. Es un pecador, un pecador no sólo ante la moral imperante en la época, sino ante su propia visión de lo que es una conducta decente. Aquella gente no disponía de un ritual para lavar sus pecados. Es otro rasgo que hemos heredado de ellos, y que lo mismo nos ha ayudado a disciplinarnos como a fomentar entre nosotros la hipocresía. Proctor, respetado y hasta temido en Salem, ha llegado a considerarse a sí mismo una especie de fraude. Pero nada de esto ha aparecido todavía en la superficie; y cuando entra, viniendo de la concurrida sala de abajo, lo que vemos es un hombre en la flor de la vida, con una tranquila confianza y una inexpresada fuerza oculta. María Warren, su sirvienta, apenas puede hablar por la turbación y el miedo.)

MARÍA: ...Yo me estaba yendo a casa, señor Proctor.

PROCTOR: ¿pero tú eres tonta? ¿dime... eres sorda? Te prohibí salir de la casa, ¿o no?

MARÍA: Sólo vine a ver los enormes acontecimientos que están sucediendo.

PROCTOR: Enormes acontecimientos... en el trasero te voy a aferrar el día menos pensado. ¡Partiste para la casa; mi mujer tiene tareas para ti! *(Ella sale lentamente, tratando de conservar un resto de dignidad.)*

MERCEDES (extrañamente fascinada y a la vez atemorizada): Es mejor que me vaya. Debo atender a mi Rita. Buenos días, señor Proctor. *(Evitando la proximidad de Proctor, Mercedes sale rápidamente. Desde la aparición de Proctor, Abigail ha permanecido como en punta de pies, bebiendo su figura, con ojos dilatados. El le echa una mirada y va hacia el lecho de Betty.)*

ABIGAIL: ¡Por Dios! ¡Ya casi había olvidado lo fuerte que eres, Juan Proctor!

PROCTOR (*mirando a Abigail con una vaga sonrisa de inteligencia apenas esbozada en el rostro*): ¿Se puede saber que diablura es ésta?

ABIGAIL (*con una risita nerviosa*): Nada; está un poco idiota nada más.

PROCTOR: Desde esta mañana, el camino de mi casa se ha convertido en una peregrinación a Salem. El pueblo entero habla de brujería.

ABIGAIL: ¡Bah, cuentos! (*Se le acerca, persuasiva, con un aire confidencial y travieso*): Anoche estábamos bailando en el bosque y mi tío nos sorprendió. Ella se asustó. Eso es todo.

PROCTOR (*ensanchando su sonrisa*): ¡Ah juguetona como siempre, no? (*Esperanzada, Abigail deja escapar una risita y se atreve a acercársele, mirándole febrilmente en los ojos.*) Te meterán en el cepo antes de que cumplas los veinte. (*Hace ademán de irse pero ella se interpone.*)

ABIGAIL: Dime algo, Juan. Algo tierno. (*Su vehemencia destruye la sonrisa de Proctor.*)

PROCTOR: No, Abby, no, eso se terminó.

ABIGAIL(*insultante*): ¿viajaste 5 kilómetros para ver volar a una tonta? Te conozco...

PROCTOR (*apartándola con firmeza*): Vengo a ver qué enredo está tramando tu tío. (*Categorico.*) Quítatelo de la cabeza, Abby.

ABIGAIL (*asiéndole una mano antes de que él la haya soltado*): Juan..., me paso las noches esperándote.

PROCTOR: Nunca he prometido venir a verte, Abby.

ABIGAIL (*no puede creerle; con cólera creciente*): ¡Creo tener algo más que promesas!

PROCTOR: Abby, sácate ese asunto de la cabeza. No vendré más por ti.

ABIGAIL: Te estás burlando de mí.

PROCTOR: Tú sabes que no.

ABIGAIL: Lo que sé es cómo me agarrabas en el sótano de tu casa. Se como sudabas como un caballo cada vez que me acercaba a ti. ¿O es que lo he soñado? Ella me echó, no puedes inventar que fuiste tú. Yo te vi la cara cuando ella me echó. Me amabas entonces y me amas ahora.

PROCTOR: Abby, lo que dices es una bestialidad.

ABIGAIL: Una bestia puede decir bestialidades. Pero nunca tan bestiales. Te he visto desde que ella me echó; te he visto por las noches.

PROCTOR: En todo este tiempo casi no he salido de mi casa

ABIGAIL: Soy sensible al calor, Juan, y el tuyo me ha arrastrado hasta mi ventana y te he visto mirando hacia arriba, ardiendo en tu soledad. ¿Vas a decirme que no has mirado hacia mi ventana?

PROCTOR: Pude haber mirado.

ABIGAIL(*ablandándose*): Con seguridad, Juan. No eres de guardarte en invernaderos. Te conozco, Juan. Yo te conozco. (*Está llorando.*) Los sueños no me dejan dormir; en cuanto empiezo a soñar me despierto y camino por la casa como si fuera a encontrarte entrando por alguna puerta. (*Lo abraza desesperadamente.*)

PROCTOR (*apartándola suavemente, con gran compasión pero firmemente*): Niña...

ABIGAIL (*en un arranque de ira*): ¡No me llames niña!

PROCTOR: Puede que te recuerde con cariño de cuando en cuando, Abby. Pero me cortaré una mano antes que volver a

tocarte. Sácalo de tu mente. Nosotros nunca nos hemos tocado, Abby.

ABIGAIL: Es que sí nos tocamos.

PROCTOR: Es que no nos tocamos.

ABIGAIL (*con amargo enojo*): Me admira que un hombre tan fuerte pueda permitir que una esposa tan débil...

PROCTOR (*enojado..., como si también se lo dijese a sí mismo*): ¡No se te ocurra hablar de Isabel!

ABIGAIL: ¡Ella está ensuciando mi nombre en el pueblo! ¡Anda diciendo mentiras de mí! ¡Es una mujer fría y llorona, y tú te sometes a ella! Deja que te convierta en...

PROCTOR (*sacudiéndola*): ¿tú quieres que te pegue? (*De abajo llegan voces entonando un salmo.*)

ABIGAIL (*entre lágrimas*): ¡Quiero a Juan Proctor, el que interrumpió mi sueño y abrió los ojos de mi corazón! Yo no sabía lo hipócrita que era Salem, ni me daba cuenta de las mentiras que me enseñaban todas esas mujeres beatas y sus aliados esposos. Y ahora pretendes que me arranque esa luz de los ojos. ¡No lo haré, no puedo! ¡Me amaste, Juan Proctor, y por más pecado que sea, aún me amas! (*El se vuelve bruscamente para salir. Ella corre tras él.*) ¡Juan, piedad...; ten piedad de mí! (*Al oírse las palabras del salmo "yendo hacia Jesús", Betty se tapa súbitamente los oídos y se queja en voz alta.*) ¡Betty! (*Corre hacia Betty que ahora está sentada, chillando. Mientras Abigail trata de bajarle las manos, Proctor se acerca diciendo "Betty!"*)

PROCTOR (*con creciente nerviosidad*): ¿Qué estás haciendo? Niña, ¿qué te pasa? ¡No grites así! (*El canto se ha detenido y ahora irrumpe Parris en la habitación.*)

PARRIS: ¿Qué pasó? ¿Qué le estás haciendo? ¡Betty! (*Corre hacia el lecho gritando "¡Betty, Betty!" Entra Ana Putnam, con curiosidad febril y, tras ella, Tomás Putnam y Mercedes Lewis. Parris, junto al lecho, palmorea suavemente el rostro de Betty, mientras ella gime y trata de levantarse.*)

ABIGAIL: Los escuchó cantar y de pronto se levantó gritando.

ANA: ¡El salmo, el salmo! ¡No soporta que se pronuncie el nombre del Señor!

PARRIS: No, no lo permita Dios. ¡Mercedes, corre a buscar al doctor! ¡Cuéntale lo que ocurrió aquí! *(Mercedes Lewis sale corriendo.)*

ANA: ¡Un indicio! ¡Esto es un indicio! *(Entra Rebeca Nurse, de setenta y dos años de edad, de cabellera blanca, apoyándose en su bastón.)*

PUTNAM *(señalando a la sollozante Betty)*: ¡Este es un evidente indicio de brujería desatada, Rebeca Nurse, un prodigioso indicio!

ANA: ¡Mi madre me lo dijo! Cuando no pueden soportar que el nombre del Señor sea...

PARRIS(temblando): Rebeca, Rebeca, ve con ella, estamos perdidos. Repentinamente, no soporta que el nombre del Señor sea... *(Entra Guillermo Corey, de ochenta y tres años, musculoso, digno, inquisitivo, poderoso todavía.)*

REBECA: Hay un enfermo grave aquí, Guillermo Corey, por favor guarda silencio

GUILLERMO: No he dicho una palabra. Ninguno de los presentes puede acusarme de haber dicho una sola palabra. ¿Va a volar otra vez? Dicen que vuela.

PUTNAM: ¡te dijeron que te callaras!

(Todo es silencio. Rebeca cruza la habitación hacia el lecho; rebosa dulzura. Betty, con los ojos cerrados, solloza quedamente. Rebeca simplemente se ha plantado ante la niña, quien se aquieta gradualmente. Y mientras están tan absortos, podemos decir algo sobre Rebeca. Rebeca era la esposa de Francis Nurse quien, según todas las referencias, era uno de esos hombres a quien las dos partes de una discusión tienen que respetar. Era llamado, cual si fuese un juez extraoficial, para intervenir como

árbitro en las disputas y Rebeca también gozaba de la alta opinión que la gente tenía de él. Por la época del drama, poseían doscientas hectáreas y sus hijos estaban instalados en casas separadas dentro de la misma propiedad. Originariamente, Francis había arrendado el lugar y hay una teoría que sostiene que mientras lo fue pagando, y de este modo elevando su condición, hubo quienes vieron su progreso con resentimiento. Otra sugerencia para explicar la sistemática campaña contra los Nurse se encuentra en la guerra que, por sus tierras, sostuvieron contra sus vecinos, uno de los cuales era un Putnam. Esta pendencia creció hasta adquirir proporciones de batalla en un encuentro entre partidarios de ambos bandos y se dice que duró dos días. En cuanto a Rebeca misma, era tan elevada la opinión general acerca de su carácter, que para explicar cómo se atrevió alguien a acusarla de bruja—y más, cómo es que gente adulta pudo llegar a ponerle la mano encima—, debemos fijarnos en las tierras de aquel tiempo y sus divisiones. Como hemos visto, el candidato de Tomás Putnam para el ministerio de Salem, era Bayley. El plan de Nurse había figurado en la facción que impidió el nombramiento de Bayley. Por añadidura, ciertas familias vinculadas a los Nurse por lazos de sangre o por amistad, y cuyas granjas eran contiguas o vecinas de la de Nurse, se aliaron para romper con la autoridad municipal de Salem, y fundaron una entidad nueva e independiente, Topsfield, cuya existencia provocó el enojo de los viejos salemitas. Que la mano que movía los hilos del escándalo era la de Putnam, queda indicado por el hecho de que, tan pronto como el mismo empezó, esa facción Topsfield-Nurse se ausentó de la iglesia en señal de protesta e incredulidad. Fueron Edward y Jonathan Putnam quienes firmaron la primera demanda contra Rebeca; y la pequeña hija de Tomás Putnam fue la que cayó en trance durante la audiencia y señaló a Rebeca como su atacante. Como culminación de todo eso, la señora Putnam—que ahora está con la mirada fija en la embrujada niña del lecho—, pronto acusó al espíritu de Rebeca de "tentarla a la iniquidad", acusación que encerraba más verdad de la que la señora Putnam podía sospechar.)

ANA (atónita): ¿Qué has hecho? (Rebeca, pensativa, se aleja del lecho y se sienta.)

PARRIS (maravillado y aliviado): ¿Qué piensas de esto, Rebeca?

PUTNAM(*ansiosamente*): Rebeca Nurse, ¿irás a ver a mi Rita y tratarás de despertarla?

REBECA(*sentada*): Creo que despertará a su tiempo. Por favor, cálmense. Tengo once hijos y soy veintiséis veces abuela y a todos los he acompañado en su pubertad y adolescencia y en esas edades torpes cada vez que les daba la tontera podía quedar corto el mismísimo demonio. Creo que despertará cuando se canse de esto. El alma de una criatura es como una criatura, nunca podrán alcanzarla corriendo tras de ella; hay que quedarse quieto y pronto volverá por sí misma, en busca de cariño.

ANA: Rebeca, esto no es ninguna edad torpe. Mi Rita está aturdida y no puede comer.

REBECA: Tal vez no esté hambrienta todavía. (*A Parris.*) Espero que no esté decidido a salir en busca de espíritus errantes, señor Parris. He oído anunciarlo allá afuera.

PARRIS: En la parroquia se extiende la creencia de que el Diablo puede hallarse entre nosotros y voy a demostrarles que están equivocados.

PROCTOR: Entonces hable claro y dígales que están equivocados. Antes de llamar a ese ministro a que busque demonios, ¿supongo que le consultaron al consejo

PARRIS: ¡No viene a buscar demonios!

PROCTOR: Entonces, ¿a qué viene?

PUTNAM: ¡En el pueblo hay niños muriéndose, caballero!

PROCTOR: No veo morir a ninguno. Esta comunidad no es un juguete para que lo agite a su antojo, señor Putnam. (*A Parris.*) ¿convocaron a sesión antes de...

PUTNAM: ¡Estoy harto de sesiones! ¿Es que el pobre hombre no puede dar vuelta la cabeza sin tener que convocar a sesión?

PROCTOR: Que de vuelta la cabeza, pero no hacia el Infierno.

REBECA: Te ruego, Juan, cálmate. (*Pausa. El cede ante ella.*) Señor Parris, creo que lo mejor será que, apenas llegue, mande al reverendo Hale de vuelta. Esto nos va a traer nuevas peleas en la comunidad y habíamos quedado en que este año habría paz. Creo que ahora deberíamos confiar en el médico y en una buena oración.

ANA: ¡Rebeca, el doctor está desconcertado!

REBECA: Entonces acudamos a Dios. Hay un peligro monstruoso en ponerse a buscar espíritus errantes. Lo temo, lo temo. Es mejor que busquemos la culpa en nosotros y que...

PUTNAM: ¿Por qué nos vamos a echar la culpa nosotros? Yo soy uno de nueve hijos; la semilla de los Putnam ha poblado esta región. Y sin embargo, de ocho hijos sólo me queda una... y esa una se está muriendo.

REBECA: Esto no puedo desentrañarlo yo.

ANA (*con un creciente dejo de sarcasmo*): ¡entonces tengo que hacerlo yo! ¿Crees que es obra de Dios el que tú jamás pierdas un hijo, ni un nieto, y que yo en cambio deba enterrarlos a todos menos a uno? Hay ruedas moviendo ruedas en este pueblo, y fuegos encendiendo otros fuegos.

PUTNAM (a Parris): Cuando llegue el reverendo Hale, se comenzará la búsqueda de rastros de brujería en todo esto.

PROCTOR (a Putnam): No puedes dar órdenes al señor Parris. En esta comunidad el voto es por persona y no por cantidad de tierras.

PUTNAM: Nunca lo he notado muy preocupado por esta comunidad, señor Proctor. No creo haberlo visto en nuestras reuniones sabáticas desde las últimas nevadas.

PROCTOR: Bastantes preocupaciones tengo sin viajar cinco kilómetros para escuchar predicar solo de tormentos infernales y condenación eterna. Crean en lo que les digo, señor Parris. Hay mucha gente que se aparta de la iglesia porque ya casi nunca mencionan a Dios.

PARRIS(*excitado*): ¡Esa es una acusación muy grave!

REBECA: Hasta cierto punto es verdad; hay muchos que no se animan a traer a sus hijos...

PARRIS: No predico para niños, Rebeca. No son los niños quienes descuidan sus obligaciones para con este ministerio.

REBECA: ¿Realmente hay quienes las descuidan?

PARRIS: Yo diría que más de la mitad del pueblo de Salem... ¡Y aquí habrá obediencia, o la Iglesia arderá como arde el Infierno!

PROCTOR: ¿Es que no puede hablar un minuto sin que vayamos a parar al Infierno

REBECA: No puedes quitarle el apoyo a tu párroco Juan. Tú no eres de éstos. Estrechen sus manos. Hagan las paces.

PROCTOR: Tengo granos que sembrar y leña para cortar. (*Va enojado hacia la puerta y se vuelve hacia Corey con una sonrisa.*) Ven, acompáñame Guillermo y ayúdame a cortar esa leña

PUTNAM: Un momento señor Proctor, Tenga mucho cuidado con la leña que va a cortar porque si corta uno solo de mis robles tendrá que pasar por mi cadáver para llevarlo hasta su casa

GUILLERMO: entonces tendrás que matar a dos Putnam. .. este tonto y yo jugamos en el mismo equipo . ¡Vamos!(*Se vuelve a Proctor e inicia la salida.*)

PUTNAM: ¡Tendrás que vértelas con mis hombres. Corey! ¡Te encajaré una denuncia! (*Entra el reverendo Juan Hale, de Beverly. Aparece abrumado bajo el peso de media docena de voluminosos libros. El señor Hale, intelectual de ojos ávidos y terso cutis, tiene cerca de cuarenta años. La presente es una grata diligencia para él: al ser invitado a comprobar si aquí hay brujería, sintió el orgullo del especialista cuya singular sabiduría es, por fin, reconocida públicamente. Como casi todos los estudiosos, dedicó buena parte de su tiempo a reflexionar acerca del mundo invisible,*

especialmente desde que él mismo, no hace mucho, descubrió una bruja en su parroquia. Sin embargo, bajo su penetrante escrutinio, esa mujer resultó ser una simple charlatana y la criatura a la que pretendidamente había estado afligiendo recuperó su conducta normal después de que Hale le brindara su bondad y unos días de reposo en su propia casa. Pero esa experiencia no provocó en su mente la menor duda en cuanto a la realidad del trasmundo o la existencia de los multifacéticos lugartenientes de Lucifer. Fe que no lo desprestigia. Mejores cabezas que la de Hale hubo—y aún las hay—,convencidas de que más allá existe una sociedad de espíritus. No puedo dejar de señalar que una de sus frases no ha provocado risas en ningún público que ha visto esta obra; es su afirmación de que "No podemos caer en supersticiones. El Diablo es preciso". Evidentemente, ni siquiera hoy estamos muy seguros de que el diabolismo no sea cosa sagrada y de la que no hay que mofarse. Y no es por casualidad que estamos tan confundidos. Al igual que el reverendo Hale y los demás personajes de este tablado, concebimos al Diablo como una parte necesaria a un enfoque respetable de la cosmología. El nuestro es un imperio dividido en el que ciertas ideas y emociones y acciones son de Dios, y las opuestas, de Lucifer. Es tan imposible para la mayoría de los hombres concebir una moralidad sin pecado como una tierra sin "cielo". Desde 1692 un cambio grande pero superficial borró las barbas de Dios y los cuernos del Diablo, pero el mundo continúa oprimido entre dos absolutos diametralmente opuestos. El concepto de unidad, en el que lo positivo y lo negativo son atributos de la misma fuerza, en el que el bien y el mal son relativos, eternamente cambiantes, y siempre unidos al mismo fenómeno, tal concepto continúa reservado a las ciencias físicas y a los pocos que han captado la historia de las ideas. Cuando se recuerda que hasta la era cristiana el Averno nunca fue considerado como un área hostil, que a despecho de traspiés ocasionales todos los dioses eran útiles y esencialmente amistosos para el hombre; cuando vemos la continua y metódica inculcación en la humanidad de la idea de la inutilidad del hombre—hasta su redención—, puede hacerse evidente la necesidad del Diablo como arma, arma ideada y utilizada una y otra vez, en toda época, para obligar a los hombres a someterse a una determinada iglesia o estado-iglesia. Nuestra dificultad para creer—a cambio de una palabra mejor—, en la inspiración política

del Diablo, se debe en gran parte al hecho de que él es invocado y condenado no sólo por nuestros antagonistas sociales sino por nuestro propio sector, cualquiera que sea. La iglesia católica, mediante su Inquisición, es famosa por cultivar a Lucifer como el archi-enemigo, pero los enemigos de la Iglesia no se apoyaron menos en el Diablo para mantener sojuzgada la mente humana. Lutero mismo fue acusado de alianza con el Infierno y él a su vez acusó a sus enemigos. Para complicar más las cosas, creyó que había tenido contacto con el Diablo y que con él había discutido sobre teología. No me sorprende, porque en mi propia universidad, un profesor de historia—luterano, dicho sea de paso—, acostumbraba a congregar a sus discípulos graduados, correr las persianas y platicar en el aula con Erasmo. Por lo que sé, nunca fue oficialmente escarnecido por ello, pues, como la mayoría de nosotros, los funcionarios de la universidad son hijos de una historia que todavía chupa las tetillas del Diablo. En el momento en que estoy escribiendo, sólo Inglaterra se ha detenido ante las tentaciones del diablismo contemporáneo. En los países de ideología comunista, toda resistencia de cualquier origen es vinculada a los totalmente malignos súcubos capitalistas y en Norteamérica cualquier persona que no es reaccionaria en sus opiniones está expuesta a la acusación de alianza con el infierno rojo. Por lo tanto, a la oposición política se le da un baño de inhumanidad que justifica entonces la abrogación de todos los hábitos normalmente aplicados en las relaciones civilizadas. La norma política es igualada con el derecho moral, y la oposición a aquélla, con malevolencia diabólica. Una vez que tal ecuación es hecha efectiva, la sociedad se convierte en un cúmulo de conspiraciones y contra conspiraciones y el principal papel del gobierno cambia para transformarse de árbitro en azote de Dios. Los resultados de este proceso no son diferentes hoy de lo que siempre fueron, salvo a veces en el grado de crueldad infligido y ni siquiera siempre en este orden. Normalmente, todo lo que la sociedad se permitía juzgar eran las acciones y los hechos de un hombre. La intención secreta de una acción se dejaba para los ministros, sacerdotes y rabinos. Pero cuando el diablismo crece, las acciones son las manifestaciones menos importantes de la verdadera naturaleza de un hombre. El Diablo, como dijo el reverendo Hale, es astuto y, hasta una hora antes de caer, Dios mismo lo creyó hermoso en el Cielo. La analogía, sin embargo,

parece tambalear cuando uno considera que, mientras entonces no había brujas, sí hay comunistas y capitalistas ahora y en ambos campos hay algunas pruebas de que andan espías ocupados en minar al contrario. Pero ésta es una objeción petulante y para nada apoyada por los hechos. Yo no dudo de que la gente en Salem, sí platicaba con el Diablo y hasta lo adoraba, y si pudiese conocer toda la verdad en este caso, como sucede en otros, descubriríamos una regular y convencional propiciación del espíritu negro. Prueba innegable de esto es la confesión de Títuba, la esclava del reverendo Parris, y también lo es el comportamiento de las chicas que se asociaron a sus brujerías...Se cuenta de klatches similares en Europa, en donde, por la noche, las hijas de las ciudades se reunían, a veces con fetiches y a veces con algún joven seleccionado, y se entregaban al amor con determinados resultados bastardos. La Iglesia, avizora como debe serlo cuando se trae a la vida dioses muertos hace tiempo, condenó esas orgías como brujerías y las interpretó correctamente como un resurgimiento de las fuerzas dionisiacas que había aplastado mucho antes. El sexo, el pecado y el Diablo fueron vinculados desde la antigüedad y así continuaron en Salem y así continúan hoy. Según todas las noticias, no hay en el mundo costumbres más puritanas que las impuestas por los comunistas en Rusia donde la moda femenina, por ejemplo, es tan prudente y púdica como podría desearlo cualquier bautista norteamericano. Las leyes de divorcio imponen una tremenda responsabilidad sobre el padre, en cuanto al cuidado de los hijos. Hasta la suavidad de los reglamentos de divorcio, en los primeros años de la revolución, fue indudablemente una reacción de la inmovilidad victoriana del matrimonio del siglo XIX y la hipocresía que consecuentemente se derivó de ella. Si no por otras razones, un estado tan poderoso, tan celoso de la uniformidad de sus ciudadanos, no puede tolerar por mucho tiempo la atomización de la familia. Y sin embargo, por lo menos a los ojos norteamericanos, persiste la convicción de que la actitud rusa hacia las mujeres es lasciva. De nuevo es el Diablo trabajando, tal como trabaja en la mente del eslavo que es sacudido por la mera idea de que una mujer se desvista en un espectáculo picaresco. Nuestros adversarios siempre están envueltos en pecado sexual y es de esta convicción inconsciente de donde obtiene la demonología su atractiva sensualidad así como su capacidad de

enfurecer y asustar. Volviendo a Salem ahora; el reverendo Hale se ve a sí mismo como un joven médico en su primera visita. Su penosamente adquirido arsenal de síntomas, palabras mágicas y procedimientos para el diagnóstico, por fin van a ponerse en uso. El camino de Beverly está inusitadamente concurrido esta mañana y él se ha cruzado con cien rumores que le hacen sonreír pensando en la ignorancia de la plebe acerca de esta ciencia tan exacta. Se siente aliado con las mejores mentalidades de Europa...: reyes, filósofos, hombres de ciencia y eclesiásticos de todas las iglesias. Su objetivo es la luz, la bondad y su preservación, y conoce la exaltación de los benditos cuya inteligencia, afinada por el minucioso examen de comarcas inmensas, es finalmente convocada para afrontar lo que tal vez sea una cruenta lucha con el Enemigo en persona.)

HALE: Por favor, alguien que me ayude.

PARRIS(*complacido*): Señor Hale...,que bueno verlo. (*Tomando algunos libros*): ¡Que libros tan pesados!

HALE (*depositando sus libros*): Es el peso de la autoridad.

PARRIS (*algo asustado*): veo que viene preparado.

PROCTOR: He oído decir que usted es una persona sensata, señor Hale. Espero que deje algo de sensatez en Salem. (*Proctor sale. Hale permanece embarazado un momento.*)

PARRIS (*rápidamente Guía a Hale hacia el lecho.*) Trató de saltar por la ventana; la descubrimos esta mañana en el camino, agitando los brazos como si fuera a volar.

HALE (*entrecerrando los ojos*): Trata de volar.

PUTNAM: No puede soportar que se pronuncie el nombre del Señor; esto es un claro indicio de que hay brujería, señor Hale.

HALE (*levantando las manos*): No, no. Permítanme iluminarlos. No podemos caer en supersticiones. El Demonio es preciso; los rastros de su presencia son tan definidos como una piedra, y debo prevenirlos que no pondré manos a la obra si no están dispuestos

a creerme en caso de que no encuentre a esta niña chamuscada por el fuego del Infierno.

PARRIS: Por supuesto que nos someteremos a su criterio.

HALE: Bien entonces. *(Va hacia el lecho y observa a Betty. A Parris):* Los escucho, ¿cuál fue el primer síntoma que observaron en este extraño caso?

PARRIS: Yo lo diré, señor...; la descubrí a ella *(indicando a Abigail)*... a mi sobrina y a otras diez o doce muchachas, bailando anoche en el bosque

HALE*(sorprendido)*: ¿Ustedes permiten el baile?

PARRIS: Por supuesto que no era en secreto...

ANA *(incapaz de esperar)*: La esclava del señor Parris sabe cómo conjurar.

PARRIS *(a Ana)*: No podemos estar seguros de eso, señora Putnam...

ANA *(asustada, muy suavemente)*: Yo lo sé, señor. Mandé a mi hija... para que Títuba le dijera quién mató a sus hermanitas.

REBECA*(horrorizada)*: ¡Ana! Mandaste a una niña a invocar muertos?

ANA: ¡Si alguien me va a juzgar que sea Dios. No tú Rebeca, no tú! ¡No dejaré que tú me juzgues nunca más!*(A Hale)*: ¿A alguien le parece natural perder siete hijos antes de que alcancen a vivir un día?

HALE: Siete muertos al nacer.

ANA*(suavemente)*: Así es. *(Su voz se quiebra; lo contempla. Silencio. Hale está impresionado. Parris lo mira. Hale va hacia sus libros, abre uno, lo hojea, y luego lee. Todos esperan ávidamente.)*

HALE *(con la fruición de quien saborea un ejercicio intelectual)*: Aquí está todo el mundo invisible, atrapado, definido y calculado. En estos libros está el Diablo desnudado de todos sus torpes disfraces. Aquí están todos los espíritus que les son familiares; sus íncubos y súcubos; las brujas que viajan por tierra, por aire y por mar; los hechiceros de la noche y del día. No teman...; lo encontraremos si es que se ha mezclado entre nosotros, y me propongo destrozarlo por completo en cuanto muestre la cara! *(Va hacia el lecho.)*

REBECA: ¿Dañará a la niña, señor?

HALE: No puedo decirlo. Si realmente está en las garras del Diablo, tal vez haya que rasgar y arrancar para poder liberarla.

REBECA: Entonces creo que me iré. Soy demasiado vieja para esto. *(Se levanta.)*

GUILLERMO: Señor Hale, siempre quise preguntarle a un hombre ilustrado... qué significa la lectura de libros extraños.

HALE: ¿Qué libros?

GUILLERMO: No podría decirlo; ella los esconde.

HALE: ¿Quién los esconde?

GUILLERMO: Marta, mi mujer. Me he despertado más de una noche y la he sorprendido leyendo un libro. ¿Qué opina de esto?

HALE: Bueno, esto no es necesariamente...

GUILLERMO: Me incomoda. Anoche..., escuche esto..., lo intentaba y lo intentaba y no podía decir mis oraciones, y entonces ella cierra su libro y sale de la casa y de repente..., escuche esto..., ¡de repente puedo rezar nuevamente!

(El viejo Guillermo debe ser presentado aunque sólo sea porque su destino fue tan notable y tan diferente del de los demás. En esta época había pasado los ochenta y fue el héroe más gracioso de la historia. Nadie fue jamás culpado de tanto. Si faltaba una vaca, la

primera idea era buscarla cerca de la casa de Corey; un incendio provocado en la noche, trajo hasta su puerta la sospecha de que fuera incendiario. Se le importaba un pito la opinión pública y sólo en sus últimos años—después de que se casó con Martha, prestó alguna atención a la iglesia. Es muy probable que Martha le interrumpiese cuando rezaba, pero él se olvidó de decir que hacía bien poco tiempo que había aprendido sus oraciones y que no se requería mucha cosa para hacerlo tropezar en ellas. Era un maniático y un fastidioso pero, con todo, un hombre valiente y profundamente inocente. En el tribunal le preguntaron una vez si era verdad que había sido alarmado por la extraña conducta de un cerdo y él contestó que sabía que se trataba del Diablo en forma de animal. "¿Qué fue lo que os asustó?", se le preguntó. Y él olvidó todo, menos la palabra "asustó" y replicó instantáneamente: "Que yo sepa, no he dicho esa palabra en toda mi vida".)

HALE: Ah, oración interrumpida... es raro. Hablaremos después

GUILLERMO: Un momento; no digo que ella haya sido tocada por el Diablo, pero me gustaría saber qué libros lee y por qué los esconde. A mí no me contesta, ¿lo puede creer?

HALE: Comprendo; ya lo discutiremos. *(A todos):* Ahora escuchen: si el Diablo está en ella ustedes serán testigos, en esta habitación, de algunos portentos indecibles; por lo que les ruego que se mantengan serenos. Señor Putnam, quédese cerca por si la muchacha vuela. Y ahora, Betty querida, ¿quieres sentarte? *(Putnam se acerca, listo para ayudar. Hale sienta a Betty, pero ella yace inerte en sus manos.)* Humm. *(La observa atentamente. Los otros miran sin aliento.)* ¿Me oyes? Soy Juan Hale, soy párroco. He venido para ayudarte, querida. *(Ella no se mueve.)*

PARRIS*(asustado)*: ¿Cómo puede ser el Diablo? ¿Por qué habría de elegir mi casa? ¡En el pueblo tenemos toda clase de gente mala!

HALE: ¿De qué le serviría al Diablo ganar un alma ya corrupta? El Diablo quiere a los mejores, ¿y quién mejor que el propio ministro?

PARRIS (*resueltamente ahora*): ¡Betty, respóndele al señor Hale!
¡Betty!

HALE: ¿Alguien te hace mal, niña? No tiene por qué ser mujer — ¿sabes?—, ni hombre. Tal vez viene a ti un pájaro que es invisible para los demás ...; tal vez un cerdo, un ratón, o una bestia cualquiera. ¿Hay alguna aparición que te incita a volar? (*La niña permanece inerte. En silencio él vuelve a depositarla sobre la almohada. Ahora, extendiendo las manos hacia ella, entona*): In nomine Domine Sabaoth sui filii que ite ad infernos. (*Ella no se mueve. El encara a Abigail, entrecerrando los ojos*): Abigail, ¿qué era lo que bailabas con ella en el bosque?

ABIGAIL: bailes.... Nada más.

PARRIS: Creo que yo debería decir que... que vi una marmita sobre la hierba, en donde estaban bailando.

ABIGAIL: Si eso no era más que sopa.

HALE: ¿Qué clase de sopa había en esa marmita, Abigail?

ABIGAIL: Nada... sopa... y lentejas, creo, y...

HALE: Señor Parris, ¿usted no vio nada vivo en esa olla? ¿Un ratón, por casualidad, una araña, un sapo... ?

PARRIS(*temeroso*): Yo... bueno.. creo que algo se movía ...

ABIGAIL: ¡Lo que se movía habrá saltado adentro...; nosotras no lo pusimos!

HALE(*rápidamente*): ¿Qué es lo que saltó adentro?

ABIGAIL: Nada...; saltó un sapito muy pequeño...

PARRIS: ¡¿Abby, un sapo?!

HALE (*aferrando a Abigail*): Abigail, tu prima tal vez se está muriendo. ¿Convocaron al Diablo, anoche si o no?

ABIGAIL: ¡Yo no lo llamé! Fue Títuba, Títuba...

PARRIS(*palideciendo*): ¿Ella llamó al Diablo?

HALE: Me gustaría hablar con Títuba.

PARRIS: Señora Ana, por favor (*Ana Putnam sale.*)

HALE: ¿Cómo lo llamó?

ABIGAIL: No sé...; hablaba en su idioma de Barbados.

HALE: ¿Sentiste algo extraño cuando lo llamó? ¿Tal vez una repentina brisa helada? ¿Un temblor bajo la tierra?

ABIGAIL: ¡No vi a ningún Diablo! (*Sacudiendo a Betty*): ¡Betty, levántate! ¡Betty! ¡Betty!

HALE: Contesta lo que te pregunto, Abigail. ¿Tu prima bebió la mezcla que había en esa olla?

ABIGAIL: ¡Ella no bebió nada!

HALE: ¿Tomaste tú?

ABIGAIL: ¡No, señor!

HALE: ¿Te pidió Títuba que tomaras?

ABIGAIL: Lo intentó, pero yo dije que no.

HALE: ¿Por qué mientes? ¿Te has vendido a Lucifer?

ABIGAIL: ¡No me he vendido! ¡Soy una buena niña! ¡Soy una muchacha decente! (*Ana Putnam entra con Títuba e instantáneamente Abigail señala a Títuba.*)

ABIGAIL: ¡Ella me obligó a hacerlo! ¡Ella obligó a Betty a hacerlo!

TÍTUBA (*sorprendida y enojada*): ¡Abby!

ABIGAIL: ¡Me hizo beber sangre!

PARRIS: ¡¡Sangre!!

ANA: ¿La sangre de mi hijita?

TÍTUBA: No, no, sangre de gallina. ¡Yo darle sangre de gallina!

HALE: Mujer, ¿has reclutado a estas criaturas para servir al Diablo?

TÍTUBA: ¡No, no, señor! ¡Yo no tratar con ningún Diablo!

HALE: ¿Por qué no puede despertar ella? ¿Eres tú quien hace callar a esta criatura?

TÍTUBA: ¡Yo querer a mi Betty!

HALE: Has desencadenado tu espíritu sobre esta niña, ¿no es cierto? ¿Estás reclutando almas para el Diablo?

ABIGAIL: ¡Ella me pasa su espíritu en la iglesia; ella hace que me ría durante las oraciones! ¡Viene a buscarme todas las noches para que salgamos a beber sangre!

TÍTUBA: ¡Tú pedir a mí que conjure! Ella pedir a mí para hacer hechizo...

ABIGAIL: ¡No mientas! (A Hale.) ¡Ella viene mientras duermo; siempre me hace soñar perversidades!

TÍTUBA: ¿Por qué decir eso, Abby?

ABIGAIL: ¡A veces me despierto y me encuentro parada ante el portal abierto casi desnuda! Siempre la oigo reír en mis sueños. La oigo cantar sus cantos de su maldita isla de Barbados ...

TÍTUBA: Señor reverendo. Yo nunca...

HALE(*resueltamente*): Títuba, quiero que despiertes a esta niña.

TÍTUBA: Señor, yo no tener poder sobre esta niña.

HALE: ¡Por cierto que sí, y ahora mismo la dejarás en libertad!
¿Cuándo pactaste con el Demonio?

TÍTUBA: ¡Yo no pactar con ningún Diablo!

PARRIS: ¡Confiesa, Títuba, o te llevaré afuera y te azotaré hasta la muerte!

PUTNAM: ¡Esta mujer tiene que ser colgada! Hay que arrestarla y colgarla!

TÍTUBA (*aterrorizada, cae de rodillas*): ¡No, no, no colgar a Títuba!
Yo, señor, decirle que no querer trabajar para él.

PARRIS: ¿Para Lucifer?

HALE: ¡Lo viste! (*Títuba llora.*) Títuba, yo sé que cuando nos vinculamos al Infierno es muy difícil romper con él...

TÍTUBA (*asustada por el procedimiento inminente*): Señor Reverendo, yo sí creer que algún otro embrujar estas chicas.

HALE: ¿Quién?

TÍTUBA: No sé, señor, pero el Diablo tener muchas brujas.

HALE: ¿Muchas? (*Es una pista.*) Títuba, mírame a los ojos. Ven, mírame. (*Ella levanta sus ojos hacia él, asustada.*) Querrías ser una buena cristiana, ¿no es cierto, Títuba?

TÍTUBA: Sí, señor, una buena cristiana.

HALE: ¿Y amas a estas niñas?

TÍTUBA: ¡Oh, sí, señor! ¡No quiero lastimar niñas!

HALE: ¿Y amas a Dios, Títuba?

TÍTUBA: Amo a Dios con todo mi ser.

HALE: Pues bien, en el sagrado nombre de Dios...

TÍTUBA: Bendito sea, bendito sea... *(Se hamaca sobre sus rodillas, sollozando aterrorizada.)*

HALE: Y por su gloria...

TÍTUBA: Gloria eterna. Bendito sea... Bendito sea Dios...

HALE: Confiesa, Títuba..., confiesa y deja que la sagrada luz de Dios te ilumine

TÍTUBA: Oh, bendito sea el Señor.

HALE: Cuando se te aparece el Diablo, ¿viene con alguna otra persona? *(Ella lo mira a la cara.)* ¿Tal vez otra persona del pueblo? ¿Alguien a quien conoces...

PARRIS: ¿Quién vino con él?

PARRIS: ¿Era hombre o mujer quien venía con él?

TÍTUBA: Hombre o mujer. Era... era mujer.

PARRIS: ¿Qué mujer? Dijiste una mujer. ¿Qué mujer?

TÍTUBA: Haber mucha oscuridad y yo...

PARRIS: Podías verlo a él, ¿por qué no podrías verla a ella?

TÍTUBA: Y... todo el tiempo hablaban; todo el tiempo corrían y seguían...

PARRIS: ¿Quieres decir de Salem? ¿Brujas de Salem?

TÍTUBA: Sí, señor, yo creer así... *(Hale la toma de la mano. Ella se sorprende.)*

HALE: Títuba. No debes tener miedo de decirnos quiénes son, ¿entiendes? Nosotros te protegeremos. El Diablo nunca puede vencer a un ministro. Tú sabes eso, ¿verdad?

TÍTUBA *(besa la mano de Hale)*: ¡Oh, sí, señor, yo saber!

HALE: Te has confesado bruja Tituba y eso significa que deseas ponerte de parte del cielo. Y nosotros te bendiciremos, Títuba.

TÍTUBA (*profundamente aliviada*): Oh, ¡Dios os bendiga a usted, señor Hale!

HALE (*con creciente exaltación*): Tú eres el instrumento de Dios puesto en nuestras manos para descubrir a los enviados del Demonio que están entre nosotros. Tú eres la escogida, Títuba, tú eres la elegida para ayudarnos a limpiar nuestro pueblo. Habla, Tituba, cuéntanos todo, Títuba, vuélvele la espalda al mal y encárate con Dios..., encárate con Dios, Títuba, y Dios te protegerá.

TÍTUBA (*uniéndose a él*): ¡Oh, Dios, protege a Títuba!

HALE(*dulcemente*): ¿Quién se te apareció con el Diablo? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cuántos? (*Títuba jadea y vuelve a hamacarse mirando fijamente hacia adelante.*)

TÍTUBA: Haber cuatro. Haber cuatro.

PARRIS(*presionándola*): ¿Quiénes? ¿Quiénes? ¡Sus nombres, sus nombres!

TÍTUBA (*estallando de pronto*): ¡Oh, cuántas veces él pedirme que lo matara a usted, señor Parris!

PARRIS: ¡Matarme a mí!

TÍTUBA (*hecha una furia*): ¡El dijo, señor Parris morir! ¡Señor Parris no buena persona, señor Parris hombre malo y no buena persona y me mandó levantarme de mi cama y cortarle la garganta! (*Los demás se sobresaltan.*) Pero yo decirle: "No. Yo no odio este hombre. Yo no quiero matar este hombre." Pero él dice: "¡Tú trabajar para mí, Títuba, yo hacerte libre! ¡Yo te doy lindo vestido, y te llevo alto por el aire, y tú volar de regreso a Barbados!" Y yo digo: "¡Tú mientes, Diablo, tú mientes!" Y entonces él viene una noche tormentosa y decir: "¡Mira! Tengo gente blanca que me pertenece." Y yo mirar... y allí estaba la señora Good.

PARRIS: ¡Sarah Good!

TÍTUBA (*hamacándose y llorando*): Sí, señor, y la señora Osborn.

ANA: ¡Yo lo sabía! La Osborn fue mi partera tres veces. Mis pequeños siempre se consumían en sus manos.

HALE: Ten valor. Debes darnos todos sus nombres. ¿Cómo puedes soportar el sufrimiento de esta criatura? Mírala, Títuba. (*Señala a Betty, en el lecho.*) Contempla su divina inocencia; Títuba; el Diablo anda suelto y la oprime como la bestia oprime la carne de la oveja inocente. Dios te bendecirá por tu ayuda. (*Abigail se levanta, como inspirada, y grita.*)

ABIGAIL: ¡Quiero confesar! (*Todos se vuelven hacia ella, sobrecogidos. Ella está en éxtasis, como rodeada de una aureola.*) ¡Quiero la luz de Dios, quiero el dulce amor de Jesús! Yo bailé para el Diablo; yo lo vi; yo escribí en su libro; yo vuelvo a Jesús; yo beso su mano. ¡Yo vi a Sarah Good con el Diablo! ¡Yo vi a la señora Osborn con el Diablo! ¡Yo vi a Beatriz Bishop con el Diablo! (*Mientras habla, Betty se levanta de la cama, los ojos afiebrados, y se une al cántico.*)

BETTY (*igualmente con la mirada extraviada*): ¡Yo vi a Jorge Jacobs con el Diablo! ¡Yo vi a la señora Howe con el Diablo!
PARRIS: ¡Habla! (*Corre a abrazar a Betty.*) ¡Estás hablando!

HALE: ¡Gloria a Dios! ¡se ha roto el hechizo, están libres!

BETTY (*gritando histéricamente y con gran alivio*): ¡Yo vi a Martha Bellows con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Sibber con el Diablo! (*Se va produciendo un gran júbilo. Parris está gritando una plegaria de gracias.*)

BETTY: ¡Yo vi a Alicia Barrow con el Diablo! (*Comienza a caer el telón.*)

HALE (*mientras sale Putnam*): ¡Que el comisario traiga cadenas!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Hawkins con el Diablo!

BETTY: ¡Yo vi a la señora Bibber con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Booth con el Diablo! (*Sobre sus gritos extasiados, cae el TELÓN*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La habitación principal en casa de Proctor, ocho días después. A la derecha se abre una puerta hacia el campo. A la izquierda hay una chimenea y, detrás, una escalera que conduce al piso superior. Es un típico living-room de la época, bajo, oscuro y más bien largo. Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Desde arriba se oye a Isabel cantándoles dulcemente a los niños. Ahora se abre la puerta y entra Juan Proctor trayendo su escopeta. Echa una ojeada a la habitación mientras se encamina hacia la chimenea; se detiene un instante al oír el canto. Continúa hasta la chimenea y, al mismo tiempo que apoya la escopeta contra la pared, retira, sin descolgarla, una olla que está al fuego y la huele. Extrae el cucharón y prueba. No está muy satisfecho. Se acerca a un aparador, toma una pizca de sal y la echa en la olla. Al probar su contenido nuevamente se oyen los pasos de Isabel en la escalera. El vuelve la olla a su sitio, sobre el fuego, va hacia una jofaina y se lava las manos y la cara. Entra Isabel:

ISABEL: ¿Por qué llegas tan tarde? Ya está anocheciendo.

PROCTOR: Había mucho que sembrar... Llegamos hasta el cerro

ISABEL: Ah. Entonces ya terminaste.

PROCTOR: Sí, ya está todo sembrado. ¿los niños duermen?

ISABEL: Se están durmiendo. *(Va hacia la chimenea. Sirve un cucharón del guiso en un plato.)*

PROCTOR: ¿Te sientes bien?

ISABEL: Me siento bien. *(Trae el plato a la mesa; indicando la comida.) ¡Es conejo! (Se sienta y lo mira comer.)*

PROCTOR: Te quedó rico.

ISABEL *(sonrojada de placer)*: hice todo lo posible. ¿Está blando?

PROCTOR: Sí. *(Come. Ella lo observa.)* Creo que pronto veremos

los campos florecer. Debajo de la tierra está tibio como la sangre.

ISABEL: Eso es bueno.

PROCTOR (*come; luego levanta la mirada*): Si la cosecha es buena compraré una vaquilla. ¿Te gustaría?

ISABEL: Sí, me gustaría.

PROCTOR (*con una sonrisa forzada*): Quiero que seas feliz, Isabel.

ISABEL (*sin convicción*): Lo sé, Juan, lo sé.

PROCTOR (*se levanta, va hacia ella, la besa. Ella se limita a recibirlo. Con cierta decepción, él vuelve a su sitio. Tan amablemente como puede*): ¿vino?

ISABEL (*con un dejo de reproche para sí misma por haberlo olvidado*): ¡Por supuesto! (*Se levanta y va a servirle un vaso. El se estira arqueando la espalda.*)

PROCTOR: Ven conmigo el domingo y pasearemos juntos; jamás he visto tantas flores en el campo. (*De buen talante va y contempla el cielo a través de la puerta abierta.*) ¡Este lugar es una hermosura en primavera! Y aquí dentro todavía parece invierno

ISABEL: Sí, es cierto.

(*Hay una pausa. Ella lo observa desde la mesa mientras él está de pie absorbiendo la noche. Es como si ella fuese a hablarle pero no pudiese. En cambio toma el plato, el vaso y el tenedor y va con ellos hacia la jofaina. Está de espaldas a él. El se vuelve hacia ella y la observa. Se comienza a notar la separación entre ellos.*)

PROCTOR: Creo que estás triste otra vez. ¿verdad?

ISABEL (*no quiere un rozamiento, pero no puede evitarlo*): Llegaste tan tarde que pensé que andabas por Salem.

PROCTOR: ¿Por qué? No tengo nada que hacer en Salem.

ISABEL: Dijiste que ibas a ir.

PROCTOR (*sabe lo que ella quiere insinuar*): cambié de opinión

ISABEL: María está allá.

PROCTOR: ¿Y por qué la dejaste ir? Tú escuchaste cuando le dije que no podía, por ningún motivo, ir a Salem

ISABEL: No pude detenerla.

PROCTOR (*conteniendo una reprobación más severa*): Está mal, está mal, Isabel... Aquí la que manda eres tú, no María.

ISABEL: Ella terminó por colmarme la paciencia.

PROCTOR: ¿Cómo puede ese niña chica colmartarte la paciencia, Isabel? Tú...

ISABEL: Ya no es una niña chica. Le digo que no vaya y ella contesta como si fuera de la realeza: "Tengo que ir a Salem, señora Proctor; ¡soy funcionaria del tribunal!"

PROCTOR: ¡Tribunal! ¿Qué tribunal?

ISABEL: Bueno entérate, ahora tienen todo un tribunal. Ella dice que han llegado cuatro jueces, importantes magistrados de la Corte General encabezados por el Comisionado del Gobernador de la Provincia.

PROCTOR (atónito,): por favor... se volvió loca.

ISABEL: Dios te oiga. Ahora hay catorce personas en la cárcel. (*Proctor la mira, simplemente, incapaz de comprenderlo.*) Serán juzgados y ella dice que el tribunal también tiene autoridad para colgarlos.

PROCTOR (*mofándose, aunque sin convicción*): Como se te ocurre

jamás colgarán a...

ISABEL: El Comisionado del Gobernador promete colgarlos si no confiesan, Juan. Creo que el pueblo se ha vuelto loco. María me habló de Abigail y cuando me contó de ella pensé que había hablado con una santa. Abigail lleva a las otras muchachas al tribunal y por donde camina la multitud se aparta como se apartó el mar ante Israel. Ponen a la gente frente a ellas y si las niñitas gritan y chillan y caen al suelo... los meten a la cárcel culpándolas por haberlas embrujado.

PROCTOR (*con los ojos dilatados*): Pero eso es una maldad espantosa.

ISABEL: Creo que deberías ir a Salem, Juan. (*El se vuelve hacia ella.*) Debes decirles que todo es un fraude.

PROCTOR (*pensando más allá*): Por supuesto que es un fraude.

ISABEL: Habla con el señor Cheever..., él te conoce bien. Dile lo que ella te dijo la semana pasada en casa de su tío. Te dijo que este asunto no tenía nada que ver con brujerías, ¿no es así?

PROCTOR (*pensativo*): Sí, lo dijo, lo dijo. (*Pausa.*)

ISABEL (*suavemente, temiendo irritarle al aguijonearle*): Dios se apiade de ti si le ocultas esa información al tribunal. Creo que tienes que contarlo.

PROCTOR (*calmosamente, luchando con su pensamiento*): Sí, hay que decirles, hay que decirles...

ISABEL: Yo iría a Salem ahora, Juan... Anda esta misma noche.

PROCTOR: Lo voy a pensar.

ISABEL (*con más valor, ahora*): No puedes ocultarlo, Juan.

PROCTOR (*enojándose*): Ya sé que no puedo ocultarlo. ¡Dije que voy a pensarlo!

ISABEL (*herida; muy fríamente*): Bien entonces, piénsalo. (*Se levanta e inicia la salida.*)

PROCTOR: Sólo me pregunto cómo podré probar lo que ella me dijo, Isabel. Si ahora esa niñita anda de santa por la vida, creo que no será fácil probar que es todo mentira y que el pueblo se ha vuelto tan tonto. Ella me lo dijo en una pieza y estábamos solos..., no tengo pruebas.

ISABEL: ¿Estuviste a solas con ella?

PROCTOR (*obstinadamente*): Por un momento... estuvimos a solas, sí.

ISABEL: no es como me lo contaste.

PROCTOR (*con enojo creciente*): fue solo un momento. Los demás entraron enseguida.

ISABEL (*suavemente; de pronto ha perdido toda fe en él*): Haz como quieras, entonces. (*Comienza a volverse.*)

PROCTOR: Mujer. (*Ella se vuelve hacia él.*) No tengo porque tolerar tus sospechas.

ISABEL (*con cierta altanería*): Yo no tengo...

PROCTOR: ¡No las voy a tolerar!

ISABEL: ¡Entonces no las provoques!

PROCTOR (*con violento doble sentido*): ¿Todavía dudas de mí?

ISABEL (*con una sonrisa, para conservar su dignidad*): Juan, si no fuera Abigail a quien tienes que denunciar por mentirosa, ¿estarías dudando como lo haces ahora? Creo que no.

PROCTOR: Isabel...

ISABEL: Veo lo que veo, Juan.

PROCTOR (*amonestándola severamente*): Tú no tienes derecho a juzgarme más. Tengo buenas razones para pensarlo dos veces antes de acusar de fraude a Abigail, y lo voy a pensar dos veces. Preocúpate de ti antes de seguir juzgando a tu marido. Yo he olvidado a Abigail y...

ISABEL: Yo también.

PROCTOR: ¡Entonces apiádate de mí! Tú no olvidas nada y no perdonas nada. Aprende a ser generosa. Ando en punta de pies por esta casa desde que ella se fue. No muevo un solo músculo sin antes pensar si te va a gustar o no, y, sin embargo, un eterno funeral gira alrededor de tu corazón. ¡No puedo hablar sin levantar sospechas a cada rato, sin que decidas que soy mentiroso, Cada vez que entro a esta casa parece que estuviera entrando en una corte de justicia!

ISABEL: Juan, no me estás diciendo la verdad. Dijiste que la habías visto entre otra gente. Ahora dices...

PROCTOR: Isabel, No tengo porque dar mas explicaciones.

ISABEL (*queriendo justificarse, ahora*): Juan, sólo soy...

PROCTOR: ¡No más! Debí haberte aplastado a gritos, cuando me hablaste de tus sospechas la primera vez. Pero me humillé y como buen cristiano confesé. ¡Confesé Isabel! Aquel día, por culpa de algún sueño, debo haberte confundido con Dios. Pero no lo eres, no lo eres, ¡y métetelo en la cabeza! Mira alguna vez la bondad en mí y no me juzgues más.

ISABEL: Yo no te juzgo. El magistrado que te está juzgando reside en tu propio corazón. Siempre he creído que eres un buen hombre, Juan, (*con una sonrisa*) sólo que algo desorientado.

PROCTOR (*riendo amargamente*): Oh, Isabel, tu justicia podría servir para congelar una cerveza. (*Se vuelve bruscamente al oír un ruido del exterior. Va hacia la puerta en el momento en que entra*

María Warren. Tan pronto como la ve, va directamente hasta ella y la aferra por la capa, furioso): ¿Cómo es que vas a Salem cuando yo te dije que no? ¿Te burlas de mí? (Sacudiéndola) ¡Sal una vez más sin permiso de esta casa y te voy a azotar!

(Extrañamente, ella no se resiste sino que cuelga inerte de su férreo puño.)

MARÍA: Estoy enferma, señor, estoy enferma. No me pegue.. por favor. *(Su extraña actitud, así como su debilidad y palidez, lo desarman. La suelta.)* Estoy completamente turbada; me pasé todo el día en el proceso, señor.

PROCTOR *(con desvanecido enojo... su curiosidad desvanece su ira):* ¿Y eso que tiene que ver con esta casa? ¿Cuándo vas a ayudar con esta casa... mi mujer no está nada de bien.. *(Como si fuera para compensarla, María Warren va hacia Isabel con una pequeña muñeca de trapo.)*

MARÍA: Señora Isabel, hoy hice este regalo para usted. Tuve que estar sentada en una silla durante largas horas, y me pasé el tiempo cosiendo.

ISABEL *(perpleja, mirando la muñeca):* Gracias, es un lindo muñeco.

MARÍA *(con voz decaída, temblorosa):* Señora Isabel, ahora todos debemos amarnos los unos a los otros.

ISABEL *(aturdida ante su actitud):* Sí, ciertamente, debemos amarnos.

MARÍA *(ojeando la habitación):* Mañana me levanto temprano y limpio toda la casa. Ahora necesito dormir. *(Se vuelve para salir.)*

PROCTOR: María. *(Ella se detiene.)* ¿Es verdad? ¿Hay catorce mujeres arrestadas?

MARÍA: No, señor. Ahora hay treinta y nueve... *(Repentinamente estalla y llora; exhausta, se sienta.)*

ISABEL: ¿Qué te duele, María?

MARÍA: ¡La señora Osborn... será ahorcada! *(Hay una pausa de sobrecogimiento, mientras ella llora.)*

PROCTOR: ¡Ahorcada! *(Gritándole en la cara):* ¿Dijiste ahorcada?

MARÍA *(llorando):* Sí.

PROCTOR: ¿El Comisionado del Gobernador va a permitir eso?

MARÍA: El la sentenció. *(Para suavizarlo):* Pero Sarah Good no. Porque Sarah Good confesó.

PROCTOR: ¡Confesó! ¿Qué confesó?

MARÍA: Que ella... *(horrorizada al recordarlo)* ...a veces pactó con Lucifer, y también inscribió su nombre en su Libro Negro... con sangre... y se comprometió a torturar cristianos hasta que Dios fuera arrojado... y todos nosotros deberíamos adorar el Infierno para siempre... Señor Proctor, en plena corte casi nos ahoga y nos mata a todos... ella soltó su espíritu sobre nosotros.

ISABEL: Oh, María, María, no dirás que...

MARÍA *(con un dejo de indignación):* ¡Ella trató de matarme muchas veces, señora Proctor!

ISABEL: Pero... nunca hablaste de eso antes.

MARÍA: Nunca lo supe antes. Antes nunca supe nada. Cuando ella llega a la corte yo me digo a mí misma: no debo acusar a esta mujer porque duerme en los potreros y es tan vieja y tan pobre. Pero entonces... entonces la veo ahí sentada, negando y negando, y siento un frío húmedo que me sube por la espalda, y la piel de la cabeza se me empieza a encoger y siento una tenaza en el cuello y no puedo respirar; y entonces... *(en trance)* siento una voz, una voz gritando... y era mi voz!!...

PROCTOR (*después de una breve pausa*): No volverás a esa corte.

MARÍA: Me sorprende que usted no vea el importante trabajo que hacemos.

PROCTOR: ¡Qué trabajo hacen! ¡Extraña tarea para una muchacha cristiana colgar a mujeres viejas!

MARÍA: ..soy un funcionario de la corte... (*se ha ido acercando a la salida.*)

PROCTOR: ¡Yo te voy a mostrar quien es un funcionario! (*A trancos se acerca a la chimenea y toma el látigo que cuelga sobre ella.*)

MARÍA (*aterrorizada, pero adelantándose erguida, aferrándose a su pretendida autoridad*): ¡No tengo porque soportar más azotes!

ISABEL (*urgéndola, mientras Proctor se aproxima*): María, promete que te quedarás en casa...

MARÍA (*retrocediendo ante él pero manteniéndose erguida, insistiendo en su actitud*): ¡El Diablo anda suelto por Salem, señor Proctor; debemos descubrir dónde se esconde!

PROCTOR: ¡A latigazos voy a sacarte el Diablo del cuerpo! (*Con el látigo en alto la alcanza, pero ella se aparta gritando.*)

MARÍA (*señalando a Isabel*): ¡Hoy le salvé la vida! (*Silencio. El baja el látigo.*)

ISABEL (*quietamente*): ¿Estoy acusada?

MARÍA (*temblando*): La nombraron. Pero yo les dije que nunca vi ninguna señal del maligno en usted y me creyeron.

ISABEL: ¿Quién me acusó?

MARÍA: Me debo a la ley, no puedo decirlo.

PROCTOR (*horrorizado, le gruñe enojado*): Partiste a tu cama María.

MARÍA (*dando una patadita*): ¡A mi ya nadie me manda a la cama! ¡Tengo diez y ocho años y soy una mujer, aunque este soltera!

PROCTOR: ¿No quieres irte a dormir? ¡Ok quédate levantada!

MARÍA: ¡Quiero irme a la cama!

PROCTOR (*enojado*): ¡Entonces buenas noches!

MARÍA: ¡Buenas noches! (*Descontenta, insegura de sí misma, sale. Proctor y Isabel permanecen con los ojos dilatados, la mirada extraviada, inmóviles.*)

ISABEL (con calma.) ¡la trampa, la trampa está abierta!

PROCTOR: No habrá trampa.

ISABEL: Ella me quiere muerta. Toda la semana pensé que llegaríamos a esto.

PROCTOR (*sin convicción*): Lo rechazaron.

ISABEL: Y mañana, ¿qué? Me acusará a gritos hasta que me agarren.

PROCTOR: Siéntate.

ISABEL: ¡Ella me quiere muerta, Juan, tú lo sabes!

PROCTOR: ¡Siéntate, dije! (*Ella se sienta, temblando. Él habla con calma, tratando de conservar su serenidad*): Ahora debemos ser sensatos, Isabel.

ISABEL (*con sarcasmo, sintiéndose perdida*): ¡Si claro por supuesto

PROCTOR. Nada temas. Encontraré a Ezekiel Cheever. Y le diré que ella dijo que todo era un juego.

ISABEL: Juan... Habla con Abigail

PROCTOR (*endureciéndose al presentir...*): ¿Qué tengo yo que hablar con Abigail?

ISABEL (*delicadamente*): Juan... concédeme esto. Tú no comprendes a las muchachas jóvenes. Hay una promesa que se hace en toda cama

PROCTOR (*luchando con su enojo*): ¡Qué estás diciendo!

ISABEL: Dicha o callada, siempre queda hecha una promesa. Y ella puede estar obsesionada con eso, ahora... estoy segura de que lo está... y piensa matarme, y luego ocupar mi lugar. (*Proctor no puede hablar; su enojo crece.*) Es su más cara esperanza, lo sé, Juan. Hay mil nombres; ¿por qué menciona el mío?. Juan, ella piensa ocupar mi lugar.

PROCTOR (*aunque sabe que es verdad*): ¡Ella no puede pensarlo!

ISABEL (*"razonablemente"*): Juan, ¿alguna vez le demostraste cierto desprecio? No puede cruzarse contigo en la iglesia sin que sientas vergüenza...

PROCTOR: Tal vez me avergüenzan mis pecados.

ISABEL: Creo que ella ve otra cosa en tu vergüenza.

PROCTOR: ¿Y qué es lo que ves tú? ¿Qué ves tú, Isabel?

ISABEL (*"concediendo"*): Creo que te avergüenzas, porque yo estoy presente y ella tan cerca.

PROCTOR: ¿Cuándo me conocerás, mujer? ¡Si yo fuese de piedra, en estos siete meses me hubiera partido de vergüenza!

ISABEL: ¡Anda entonces, y dile que es puta! Cualquiera sea la promesa que ella se imagina ... rómpela. Juan, rómpela.

PROCTOR (*entre dientes*): Bien, pues. Iré. (*Va hacia su rifle.*)
La voy a insultar hasta dejarla más encendida que la más roja brasa del Infierno. ¡Pero, te lo imploro, no menosprecies mi rabia!

ISABEL: ¡Tu rabia! Sólo te pido...

PROCTOR: Mujer, ¿soy tan miserable?

ISABEL: Nunca te he llamado miserable.

PROCTOR: ¿Cómo me acusas, entonces, de semejante promesa?
¡La promesa que yo le he dado a esa muchacha es la promesa de un animal a una bestia!

ISABEL: ¿Aunque sea entre animales es una promesa?

PROCTOR: ¡Yo soy honesto. Soy una persona honesta! ¡Tu alma no deja de martirizarme por el único error de mi vida, y jamás podré liberarme!

ISABEL (*estallando*): ¡Te liberarás... cuando llegues a comprender que yo seré tu única mujer o no seré tu mujer! ¡Todavía la llevas a ella clavada en tu corazón! (*Repentinamente, como si viniese del aire, aparece una figura en el umbral. Ellos se sobresaltan ligeramente. Es el señor Hale. Está diferente ahora... un poco indeciso, y hay en sus maneras una sensación de deferencia, hasta de culpa.*)

HALE: Buenas noches.

PROCTOR (*aún sobresaltado*): ¡señor Hale! Buenas noches para usted... adelante por favor

HALE (*a Isabel*): Espero no haberlos asustado.

ISABEL: No, no; es que no lo oí llegar...

HALE: Usted es la señora Proctor.

PROCTOR: Sí; Isabel.

HALE (*asiente y dice*): Supongo que se acostarán más tarde.

PROCTOR (*depositando su escopeta*): No.. o sea sí.... (*Hale va al centro de la habitación. Proctor, tratando de explicar su nerviosidad*): La verdad es que no recibimos visitas de noche, pero usted es bienvenido... asiento por favor

HALE: Gracias. (*Se sienta.*) Asiento, Isabel. (*Ella lo hace, sin quitarle la mirada de encima. Hay una pausa mientras Hale observa la habitación.*)

PROCTOR (*para romper el silencio*): ¿Sidra, señor Hale?

HALE: No, me hace mal al estomago; Asiento señor por favor. (*Proctor se sienta.*) Esto no será muy largo es algo que tenemos que hablar.

PROCTOR: ¿Asunto del tribunal?

HALE: No... no, vengo por mi cuenta, sin autorización del tribunal. A ver... (*Se humedece los labios*): No se si lo saben pero el nombre de su mujer es mencionado en el tribunal.

PROCTOR: Lo sabemos, señor y estamos verdaderamente asombrados.

HALE: Como saben, yo soy un extraño aquí. Y en mi ignorancia encuentro difícil formarme una clara opinión acerca de aquellos que vienen siendo acusados ante el tribunal. Por eso esta tarde, y ahora durante esta noche, iré de casa en casa... recién estuve donde Rebeca Nurse y...

ISABEL (*sacudida*): ¡Rebeca está acusada!

HALE: No permita Dios que alguien como ella sea acusado. No obstante... la mencionan de vez en cuando.

ISABEL (*intentando reír*): Supongo que usted no llegará a creer que Rebeca traficó con el Diablo.

HALE: Mujer, todo es posible.

PROCTOR (*turbado*): Pero usted no puede pensar así.

HALE: Esta es una época extraña, señor. Ningún hombre puede ya dudar de que las fuerzas de la oscuridad se han aliado en un monstruoso ataque a este pueblo. Ahora hay demasiada evidencia para negarlo. ¿Estarán de acuerdo supongo?

PROCTOR (*evasivo*): Yo no sé nada de esas cosas. Pero es difícil concebir que una mujer devota como ella sea secretamente una perra del Diablo después de setenta años de orar tan fervientemente.

HALE: Sí. Pero el Diablo es astuto. (*Pausa.*) Pensé, señor, hacerles algunas preguntas sobre el carácter cristiano de esta casa, si me lo permiten...

PROCTOR (*fríamente, resentido*): Por qué no lo vamos a permitir...

HALE: Bien, pues. (*Se pone más cómodo.*) Veo en el libro de anotaciones que lleva el señor Parris, que muy raramente van a la iglesia los días domingo.

PROCTOR: Señor Hale, yo no sabía que debo rendirle cuentas a ese hombre por ir a la iglesia o quedarme en mi casa. Mi mujer estuvo enferma este invierno.

HALE: ¿por qué no pudo ir solo?

PROCTOR: Fui cuando pude, y cuando no pude me quedé a rezar en esta casa.

HALE: Señor Proctor, su casa no es una iglesia... Dígame... ¿usted tiene tres hijos?

PROCTOR: Sí, señor. Hombres lo tres.

HALE: ¿Cómo es que sólo dos están bautizados?

PROCTOR (*comienza a hablar, se detiene y luego, como incapaz de contenerse*): Porque no me gusta que el señor Parris ponga las manos sobre mis hijos. No veo que ese hombre esté iluminado por Dios.

HALE: No es usted quien decide esas cosas. El hombre está ordenado, por lo tanto la luz de Dios está en él.

PROCTOR (*sonrojado de resentimiento pero tratando de sonreír*): ¿Cuál es su sospecha, señor Hale?

HALE: No, no, no tengo sospechas ...

PROCTOR: Yo clavé el techo de la iglesia, yo instalé la puerta...

HALE (*sin ceder*): ...hay un punto débil en sus antecedentes

ISABEL: Creo que, tal vez, hemos sido demasiado duros con el señor Parris. Pero por cierto, aquí nunca hemos amado al Diablo.

HALE (*asiente, sopesando esas palabras. Luego, con la voz de quien toma un examen en secreto*): Isabel, ¿sabes tus mandamientos?

ISABEL (*sin vacilación, casi ansiosamente*): Claro que sí. Soy una cristiana devota.

HALE: ¿Y usted, señor?

PROCTOR (*algo inseguro*): Yo... por supuesto que sí, señor.

HALE (*mira al franco rostro de ella, luego a Juan, y dice*): Dígalos

PROCTOR: Los Mandamientos.

HALE: Los mandamientos.

PROCTOR (*concentrándose; comenzando a transpirar*): No matarás.

HALE: Eso es.

PROCTOR (*contando con los dedos*): No robarás. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No invocarás en vano el nombre del Señor. No tendrás otros dioses antes que yo. (*Con alguna vacilación.*) Observarás el día del reposo y lo santificarás. (*Pausa.*) Honrarás a tu padre y a tu madre. No darás falso testimonio. (*Está cogido. Vuelve a contar con los dedos advirtiendo que falta uno.*) No codiciarás los bienes de tu prójimo...

HALE: Lo ha dicho dos veces señor.

PROCTOR (*perdido*): Sí. (*Hurgando en la memoria.*)

ISABEL (*delicadamente*): El adulterio, Juan.

PROCTOR (*como si una flecha secreta hubiese herido su corazón*): Sí. (*Tratando de sonreír... a Hale.*) Ve usted señor, entre los dos los sabemos todos. (*Hale sólo mira a Proctor, empeñado en definir a este hombre. El embarazo de Proctor crece.*) Creo que es una falta pequeña.

ISABEL (*incapaz de contenerse*): Señor Hale. (*El se vuelve.*) Pienso que usted sospecha de mí.

HALE (*evidentemente molesto y evasivo*): No la juzgo, señora. Mi deber es agregar lo que pueda a la piadosa sabiduría del tribunal. Les deseo mucha suerte a los dos. (*A Juan.*) Buenas noches, señor. (*Inicia la salida.*)

ISABEL (*con una nota de desesperación*): Creo que debes contarle, Juan.

HALE: ¿Cómo dice?

ISABEL (*conteniendo un grito*): ¿Le vas a contar? (*Pequeña pausa. Hale mira interrogativamente a Juan.*)

PROCTOR (*con dificultad*): Yo... no tengo testigos y no puedo probarlo, a menos que se acepte mi palabra. Pero sé que la

enfermedad de esas muchachas no tiene nada que ver con brujerías.

HALE (*inmovilizado, pasmado*): ¿Nada que ver ... ?

PROCTOR: El señor Parris las descubrió jugando en el bosque. Ellas se asustaron y se enfermaron.

HALE: ¿Quién le contó eso?

PROCTOR (*vacila; luego*): Abigail Williams.

HALE: ¡Abigail!

PROCTOR: Sí.

HALE (*con los ojos dilatados*): ¡Abigail Williams le dijo que no tiene nada que ver con brujerías!

PROCTOR: Me lo dijo el día que usted llegó, señor.

HALE (*desconfiadamente*): ¿Por qué... por qué no lo dijo antes?

PROCTOR: No supe hasta esta noche que el mundo se había enloquecido con esta tontería.

HALE: ¡Tontería! Señor... yo mismo he examinado a Títuba, Sarah Good y otros muchos que han confesado haber tratado con el Diablo. Lo han *confesado*.

PROCTOR: ¿Y por qué no, si por negarlo morirían ahorcados? Hay quienes jurarán cualquier cosa antes que dejarse colgar; ¿nunca pensó en eso?

HALE: Lo he pensado. Por supuesto que lo he pensado. (*Es lo que él mismo sospecha, pero se resiste. Mira a Isabel, luego a Juan.*) Y usted... ¿está dispuesto a declarar eso ante el tribunal?

PROCTOR: Yo... no había pensado en ir al tribunal. Pero lo haré si tengo que hacerlo.

HALE: ¿Tiene dudas señor Proctor?

PROCTOR: No tengo dudas, pero puedo preguntarme si mi relato será creído en semejante tribunal. Y cómo no preguntármelo, cuando un ministro tan juicioso como usted llega a sospechar de una mujer que nunca ha mentado, y que no puede hacerlo... ¡y el mundo sabe muy bien que no puede! Quizás dude algo, señor; no soy un estúpido.

HALE (*con calma; está impresionado*): Proctor, sea franco conmigo; he oído un rumor que me preocupa. Se dice que usted no cree que haya brujas en el mundo. ¿Es verdad eso, señor?

PROCTOR (*sabe que esto es crítico y está luchando con su propio asco por Hale y consigo mismo por responder siquiera*): ¡No sé lo que habré dicho, pero pude haberlo dicho! ...lo que no puedo creer es que haya brujas entre nosotros.

HALE: ¿Y tú, mujer?

ISABEL: Yo... yo no puedo creerlo.

HALE (*alelado*): ¡tampoco crees!

PROCTOR: ¡Isabel, lo desconciertas!

ISABEL (*a Hale*): No puedo creer, señor Hale, que el Diablo se adueñe del alma de una mujer que, como yo, se conduce rectamente. Soy una buena mujer, yo lo sé; y si usted cree que yo sólo puedo hacer el bien en este mundo y, aún así, estar secretamente atada a Satanás, entonces debo decirle, señor, que yo no lo creo.

HALE: Pero mujer, tú sí crees que hay brujas en...

ISABEL: Si usted piensa que yo soy una de ellas, yo digo que no existen.

HALE: Me imagino que no te alzas contra el Evangelio, el Evangelio...

PROCTOR: ¡Ella cree en el Evangelio, palabra por palabra!

ISABEL: ¡Pregúntele a Abigail Williams por el Evangelio!

HALE: Dios los guarde, a los dos; bauticen al tercer niño cuanto antes y vayan, sin falta, a la oración de cada domingo; y lleven una vida digna y tranquila. Creo que... *(Guillermo Corey aparece en el umbral.)*

GUILLERMO: Juan...

PROCTOR: ¡Guillermo! ¿Qué pasa?

GUILLERMO: Se llevan a mi mujer. *(Entra Francisco Nurse.)* ¡Y a su Rebeca!

PROCTOR *(a Francisco)*: ¿Rebeca está en la cárcel?

FRANCISCO: Sí, vino Cheever y se la llevó. Venimos de la cárcel ahora, y ni siquiera nos dejaron entrar para verlas.

ISABEL: ¡Ahora sí que se han vuelto locos, señor Hale!

FRANCISCO *(yendo hacia Hale)*: ¡Reverendo Hale! ¿No puede hablarle al Comisionado? Estoy seguro de que confunde a esta gente...

HALE: Calma, señor Nurse, se lo ruego. ¿De qué se acusa a Rebeca?

FRANCISCO *(Citando la acusación, burlonamente.)* "Por el prodigioso y sobrenatural asesinato de los niños de la señora Putnam." ¿Qué puedo hacer yo, señor Hale?

HALE *(suplicando)* Aunque se partan nuestros corazones, no podemos flaquear; éstos son tiempos nuevos, señores. Hay una oscura conspiración en marcha, tan sutil que seríamos criminales si fuéramos a aferrarnos a viejos respetos y antiguas amistades. En el tribunal he visto pruebas horribles...; el Diablo se pasea por Salem y no dudaremos en seguir al dedo acusador, adondequiera

que apunte.

GUILLERMO: Yo nunca dije que mi mujer fuera una bruja, señor Hale; ¡yo sólo dije que ella leía libros! *(Entra Ezekiel Cheever. Hay un silencio de sorpresa.)*

CHEEVER: Buenas noches.

PROCTOR: Buenas noches.

CHEEVER: Buenas noches, todos. Buenas noches, señor Hale.

PROCTOR: Espero que no venga por asuntos del tribunal.

CHEEVER: Sí, Proctor, por eso vengo. Ahora soy un funcionario de la corte. *(Entra el alguacil Herrick, de treinta y tantos años y algo avergonzado en este momento.)*

GUILLERMO: Es una lástima, Ezekiel, que un buen sastre que pudo haber ido al Cielo deba quemarse en el infierno. ¿Sabes que vas a arder, por esto?

CHEEVER: Yo hago lo que se me ordena. *(Teme a Proctor pero empieza a buscar en su abrigo):* Créeme Proctor, que por muy pesada que sea la ley, esta noche yo estoy cargando con todo su peso. *(Extrae un documento):* Tengo un auto de prisión para tu mujer.

PROCTOR *(a Hale)*: ¡Dijiste que ella no estaba acusada!

HALE: No sé nada de eso. *(A Cheever)*: ¿Cuándo fue acusada?

CHEEVER: Esta noche me dieron diez y seis autos de prisión, señor, y ella es una.

PROCTOR: ¿Quién la acusó?

CHEEVER: Abigail Williams la acusó.

PROCTOR: ¿Con qué pruebas, qué pruebas?

CHEEVER (*mirando a su alrededor*): Proctor, tengo poco tiempo. El tribunal me ordena registrar tu casa, pero no me gusta registrar casas. Así es que entrégame ese muñeco que está ahí

ISABEL: (*Yendo por él*): Es de María.

CHEEVER (*tímidamente*): ¿Quiere hacer el favor de dármelo? ¿tiene otros guardados por ahí?

PROCTOR: No

CHEEVER: Bien, mujer, ¿harás el favor de venir conmigo?

PROCTOR: ¡No lo hará! (*A Isabel*): Llama a María.

CHEEVER (*tratando torpemente de alcanzar a Isabel*): No, no, me está prohibido perderla de vista.

PROCTOR (*apartándole el brazo*): La dejarás salir de tu vista y la dejarás salir de tu mente. Trae a María, Isabel. (*Isabel se va arriba.*)

HALE: ¿Qué significa un muñeco, señor Cheever?

CHEEVER (*dando vueltas al muñeco*): Y... dicen que puede significar... que... (*Ha levantado la falda del muñeco y sus ojos se dilatan con atónito temor*): Cómo, esto, esto...

PROCTOR (*procurando tomar el muñeco*): ¿Qué hay ahí?

CHEEVER: Cómo... (*extrae una larga aguja del muñeco*): ¡Es una aguja! ¡Herrick, Herrick, es una aguja! (*Herrick viene hasta él.*)

PROCTOR (*airadamente, desorientado*): ¡Y qué significa una aguja!

CHEEVER (*con las manos temblorosas*): Pues... esto va a ser duro para ella, Proctor, esto... yo tenía mis dudas, Proctor, yo tenía mis dudas, pero esto es una fatalidad. (*A Hale, mostrándole la aguja*): ¡Ve, señor, es una aguja!

HALE: ¿Y qué? ¿Qué significado tiene?

CHEEVER (*con desmesurados ojos, temblando*): Abigail Williams, señor. Se sentó a comer esta noche en casa del reverendo Parris, y sin una palabra ni advertencia, cayó al suelo. Como un animal herido, dice él y suelta un grito desgarrador. Y él va a salvarla y le saca de su cuerpo una aguja así de larga. Luego le pregunta cómo es que pudo pincharse así, ella... (*ahora a Proctor*): afirmó que fue el espíritu de tu mujer el que se la clavó.

PROCTOR: ¡Pero si lo hizo ella misma! (*A Hale*): ¡No tomarán esa estupidez como prueba! (*Hale, impresionado por la prueba, está callado.*)

CHEEVER: ¡Es prueba sólida! Y te aconsejo que no te interpongas, porque... (*Entra Isabel con María Warren. Proctor, viendo a María Warren, la lleva de un brazo hasta Hale.*)

PROCTOR: María, ¿cómo ha venido este muñeco a mi casa?

MARÍA (*asustada, con voz muy tenue*): ¿Qué muñeco es ése, señor?

PROCTOR (*impacientemente, señalando el muñeco que está en manos de Cheever*): Este muñeco, este muñeco.

MARÍA (*evasivamente, mirando el muñeco*): Ah... yo... yo creo que es mío.

PROCTOR: Es tu muñeco, ¿no?

MARÍA (*sin comprender la intención*): Sí... señor, lo es.

PROCTOR: ¿Y cómo vino a esta casa?

MARÍA (*echando una mirada a los rostros ávidos que la rodean*): Y... yo lo hice en la corte, señor, y... esta noche se lo di a la señora Proctor.

PROCTOR (*a Hale*): Ahí está, señor..., ¿entiende?

HALE (*mirando a María Warren escrutadoramente*): Niña, ¿estás segura de que ésta es tu memoria natural? ¿Podría ser, tal vez, que alguien te estuviese conjurando, aún ahora mismo, para que digas eso?

MARÍA: ¿Conjurándome a mí? No, señor. Pregúntenle a Susana..., ella me vio cosiéndolo en el tribunal. (*O mejor aún*): Pregúntenle a Abby... Abby estaba sentada a mi lado cuando yo lo hice.

HALE: María..., estás acusando a Abigail de cruel y frío asesinato.

MARÍA: ¡Asesinato!...no

HALE: Abigail fue herida esta noche; se encontró una aguja clavada en su vientre...

ISABEL ¿Y ella me acusa a mí?

HALE: Sí.

ISABEL (*sin aliento*): ¡Pero...! ¡Esa muchacha representa a la muerte! ¡Hay que borrarla de este mundo!

CHEEVER (*señalando a Isabel*): ¡Ha escuchado eso, señor! ¡Borrarla de este mundo! ¡Herrick, tú lo escuchaste!

PROCTOR (*de pronto, arrancando el documento de manos de Cheever*): ¡Fuera de aquí!

CHEEVER: Proctor, no te atrevas a tocar ese mandato.

PROCTOR (*rompiendo el papel*): ¡Fuera de aquí!

CHEEVER: ¡Has roto el mandato del Comisionado!

PROCTOR: ¡Maldito sea el Comisionado! ¡Fuera de mi casa!

HALE: ¡No, Proctor, Proctor!

PROCTOR: ¡Váyase con ellos! ¡Usted es un ministro en ruinas!

HALE: Proctor, si ella es inocente, el tribunal...

PROCTOR: ¿Si *ella* es inocente? ¿Por qué jamás se pregunta si Parris es inocente, o Abigail? ¿Es que ahora el acusador es siempre sagrado? ¿Es que han nacido hoy tan limpios como los dedos de Dios? Yo les diré lo que se pasea por Salem... Por Salem se pasea la venganza. ¡En Salem somos lo que siempre fuimos, sólo que ahora andan los adolescentes revoltosos alborotando con las llaves del reino, y la ley es dictada nada más que por la venganza! ¡Este mandato es una venganza! ¡Yo no entregaré mi esposa a la venganza!

ISABEL: Iré, Juan...

PROCTOR: ¡No irás!

HERRICK: Tengo nueve hombres afuera. Tú no puedes retenerla. La ley me obliga, Juan, yo sigo órdenes.

PROCTOR (*a Hale, listo para deshacerlo*): ¿Dejará que se la lleven?

HALE: Proctor, el tribunal es justo...

PROCTOR: ¡Poncio Pilatos! ¡Dios no permitirá que te laves las manos de esto!

ISABEL: Juan..., creo que debo ir con ellos. (El *no puede soportar su mirada*.) María, hay pan suficiente para mañana. Ayuda al señor Proctor como si fueses su hija... Me debes eso, y mucho más. (*Está tratando de contener el llanto. A Proctor*): Cuando despierten los niños, no les digas nada de brujería...; se asustarían. (*No puede continuar*.)

PROCTOR: Te traeré a tu casa. Te traeré muy pronto.

ISABEL: ¡Juan, tráeme pronto!

PROCTOR: ¡Como un mar caeré sobre ese tribunal! No temas

nada, Isabel.

ISABEL (*con gran temor*): No temeré nada. (*Mira a su alrededor, como para retener la imagen de la habitación.*) Dile a los niños que fui a visitar a alguien enfermo. (*Sale.*) (*Herrick y Cheever salen tras ella. Por un instante, Proctor mira desde la puerta. Se oye ruido de cadenas.*)

PROCTOR: ¡Herrick! ¡Herrick, no la encadenes! (*Corre afuera. Desde afuera*): ¡Condenado, no vas a encadenarla! ¡Quítaselas! ¡No lo permitiré! ¡No dejaré que la encadenes! (*Hay otras voces de hombre, discutiéndole. Hale, presa de la inseguridad y la culpa, se aparta de la puerta para evitar la escena. María Warren rompe en lágrimas y está sentada, llorando. Guillermo Corey se acerca a Hale.*)

GUILLERMO: ¿Todavía callado, ministro? ¡Es un fraude, usted sabe que es un fraude! Hombre, ¿qué lo detiene?

PROCTOR (*medio conducido y medio empujado por dos agentes y por Herrick*): ¡Me lo vas a pagar, Herrick, te aseguro que me lo vas a pagar!

HERRICK (*jadeando*): ¡En nombre de Dios, Juan, no puedo evitarlo! Debo encadenarlos a todos. ¡Ahora quédate aquí adentro hasta que me vaya! (*Sale con los agentes.*) (*Proctor permanece donde está, tomando aire. Se oyen caballos y el ruido del carro.*)

HALE (*con gran incertidumbre*): Señor Proctor...

PROCTOR: ¡Fuera de mi vista!

HALE: ¡Por caridad, Proctor, por caridad! No temeré declarar ante el tribunal lo que he oído en favor de ella. Dios es testigo de que no puedo juzgarla culpable o inocente... no sé. El mundo enloquece Juan y nada ganarás atribuyendo las causas a la venganza de una muchachita.

PROCTOR: ¡Usted es un cobarde! ¡Aunque haya sido ordenado con las propias lágrimas de Dios, ahora es un cobarde!

HALE: Proctor, no puedo creer que Dios sea convocado por una causa tan mezquina. Las cárceles están repletas...; nuestros más grandes jueces están ahora en Salem... y se ha prometido la horca. Debemos encontrar la causa. ¿Se ha cometido un crimen, tal vez, que jamás ha visto la luz? ¿Alguna abominación? ¿Alguna secreta blasfemia que ofende al Cielo? Busca una causa y ayúdame a descubrirla. *(Va hacia Guillermo y Francisco)*: Saquen sus conclusiones; piensen en su pueblo y en qué es lo que habrá desencadenado tan aterradora ira del Cielo sobre todos ustedes. Pediré a Dios que les abra los ojos. *(Sale.)*

FRANCISCO: *(impresionado por el tono de Hale)*: Nunca supe de ningún crimen cometido en Salem.

PROCTOR *(tocado por las palabras de Hale)*: Déjame, Francisco, déjame en paz.

GUILLERMO *(sacudido)*: Juan, dime..., ¿estamos perdidos?

PROCTOR: Ándate a tu casa, Guillermo. Hablaremos de esto, mañana.

GUILLERMO: Piénsalo. Vendremos temprano.

PROCTOR: Bueno.

GUILLERMO: Buenas noches, entonces. *(Sale, con Francisco.)*

MARÍA *(después de un momento, con un tímido hilo de voz)*: Señor Proctor, la dejarán volver a casa en cuanto tengan la evidencia adecuada.

PROCTOR: Vindrás al tribunal conmigo, María, Se lo dirás al tribunal.

MARÍA: No puedo acusar de asesinato a Abigail.

PROCTOR *(acercándose a ella, amenazador)*: ¡Le dirás al tribunal cómo vino a parar aquí ese muñeco y quién le clavó la aguja!

MARÍA: ¡Ella me matará por decir eso! (*Proctor continúa acercándose a ella.*) ¡Abby lo acusará de adulterio, señor Proctor!

PROCTOR (*deteniéndose*): ¡Ella te lo dijo!

MARÍA: Yo lo sabía, señor. Lo va a destruir con eso, sé que lo va a destruir.

PROCTOR (*vacilando y con profundo odio hacia sí mismo*): Bien. Entonces se acabó su santidad. (*María se aleja de él.*) Juntos cavaremos nuestra tumba; le dirás al tribunal todo lo que sabes.

MARÍA (*con terror*): No puedo, se volverán contra mí... (*Dando dos zancadas, Proctor la alcanza mientras ella repite: "¡No puedo, no puedo!"*.)

PROCTOR: ¡Mi mujer no va a morir por mí! ¡Te sacaré las entrañas por la boca antes que esa alma de Dios muera por mí!

MARÍA (*luchando por soltarse*): ¡No puedo hacerlo, no puedo!

PROCTOR (*tomándola por el cuello como para estrangularla*): ¡Lo vas a hacer! Ahora, el Cielo y el Infierno nos tienen agarrados por la espalda y toda nuestra vieja mentira saldrá a la luz... ¡Lo vas a hacer! (*La arroja al suelo donde ella continúa diciendo, entre sollozos: "No puedo, no puedo..." Y ahora él, como para sí mismo, con la mirada extraviada y volviéndose hacia la abierta puerta*): Esto es providencial, y ahora tenemos una gran oportunidad. Sólo somos lo que siempre fuimos, pero ahora estamos desnudos. (*Se encamina como hacia un gran horror, encarando al cielo abierto.*) ¡Sí, estamos desnudos! ¡Y el viento, el viento helado de Dios... soplará. Soplará el viento helado de Dios! (*Y ella continúa llorando y murmurando: "No puedo, no puedo, no puedo..." mientras cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

La sacristía de la capilla de Salem, que ahora sirve de antesala de la Corte General. Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Solamente entra el sol por las dos altas ventanas del foro. La pieza es solemne, hasta imponente. Pesadas vigas sobresalen y tablones de diversa anchura constituyen las paredes. Hay dos puertas a la derecha, que llevan a la capilla misma, en donde se reúne el tribunal. A la izquierda, otra puerta lleva al exterior. Hay un banco simple a la izquierda, y otro a la derecha. En el centro, una mesa más bien larga, para las reuniones, con banquillos y un sillón de considerables dimensiones arrimados a ella. A través de la pared divisoria, a la derecha, oímos la voz de un Fiscal Acusador, el Juez Hathorne, preguntando algo; luego, una voz de mujer, la de Marta Corey, replicando.

VOZ DE HATHORNE: Y bien, Marta Corey, hay abundantes pruebas en nuestro poder que demuestran que te has entregado a la adivinación de la suerte. ¿Lo niegas?

VOZ DE MARTA: Soy inocente. Ni siquiera sé lo que es una bruja.

VOZ DE HATHORNE: ¿Cómo sabes, entonces, que no lo eres?

VOZ DE MARTA: Si lo fuera lo sabría.

VOZ DE HATHORNE: ¿Por qué dañas a estos niños?

VOZ DE MARTA: ¡No los daño! ¡Eso es despreciable!

VOZ DE GUILLERMO COREY (*rugiendo*): ¡Tengo nuevas pruebas para el tribunal! (*Las voces del pueblo se elevan, excitadas.*)

VOZ DE DANFORTH: ¡A sus lugares!

VOZ DE GUILLERMO: ¡Tomás Putnam roba tierras!

VOZ DE DANFORTH: ¡Alguacil, llévense a este hombre!

VOZ DE GUILLERMO: Están escuchando mentiras, no más (*Un*

rugido se eleva del público.)

VOZ DE HATHORNE: ¡Arréstelo, Excelencia!

VOZ DE GUILLERMO: ¡Tengo pruebas! ¿Por qué no quieren escuchar mis pruebas? *(Se abre la puerta y Guillermo es prácticamente transportado dentro de la sacristía por Herrick.)*

GUILLERMO: ¡Quítame tus manos de encima, desgraciado! ¡Déjame!

HERRICK: ¡Guillermo, Guillermo!

GUILLERMO: ¡Sal de mi camino, Herrick! Traigo pruebas...

HERRICK: ¡Tú no puedes entrar ahí, Guillermo; es un tribunal! *(Entra Hale por la derecha.)*

HALE: Por favor, calma... calma.

GUILLERMO: Usted, señor Hale, entre y pídale que me dejen hablar. ¡Van a colgar a mi mujer! *(Entra el Juez Hathorne de Salem. De unos sesenta y tantos años, es desagradable, insensible a los remordimientos.)*

HATHORNE: ¿Cómo se atreve a entrar rugiendo en esta Corte! ¿Se ha vuelto loco, señor Corey?

GUILLERMO: Tú no eres ningún juez en Boston todavía. ¡Así es que no me llames loco! *(Entra el Comisionado del Gobernador, Danforth, y, tras él, Ezekiel Cheever y Parris. Al entrar, se hace el silencio. Danforth es un hombre serio, de unos sesenta y cinco años, con cierto humor y sofisticación que, sin embargo, no interfieren con su precisa lealtad a su posición y a su causa. Se aproxima a Guillermo, que aguarda su ira.)*

DANFORTH *(mirando directamente a Guillermo)*: ¿Quién es este hombre?

PARRIS: Guillermo Corey, señor, el litigante más...

GUILLERMO (*a Parris*): ¡Me está preguntando a mí, y soy lo bastante viejo como para contestar yo mismo! (*A Danforth, quien lo impresiona y a quien sonrío a pesar de su violencia*): Mi nombre es Corey, señor, Guillermo Corey. Tengo doscientas hectáreas y además tengo madera. Y resulta que está usted condenando ahora a mi mujer. (*Indica la sala de la Corte.*)

DANFORTH: ¿Y usted piensa que todo este griterío podría ayudarla? Retírese. Sólo su edad lo salva de ir a la cárcel.

GUILLERMO (*comienza a alegar*): Se dicen mentiras de mi mujer, señor, yo...

DANFORTH: ¿Usted pretende decidir en esta corte que es mentira y que es verdad?

GUILLERMO: Vuestra Excelencia, no queríamos ser irrespetuosos hacia...

DANFORTH: ¡Irrespetuosos! ¡Profanadores, señor! Esta es la más alta Corte del Superior Gobierno de esta Provincia, ¿lo tiene claro?

GUILLERMO (*comenzando a llorar*): Vuestra Excelencia, sólo dije que ella leía libros, señor, y vienen y se la llevan de casa por...

DANFORTH (*extrañado*): ¡Libros! ¿Qué libros?

GUILLERMO (*entre incontenibles sollozos*): Es mi tercera esposa, señor, nunca tuve una mujer tan apegada a los libros, y pensé que debía encontrar la causa de ello... usted comprenderá que no era de bruja que yo la acusaba. (*Llora abiertamente.*) he dejado sola a esa mujer, yo la he abandonado. (*Se cubre la cara, avergonzado. Danforth se mantiene respetuosamente silencioso.*)

HALE: Excelencia, él sostiene poseer importantes pruebas para la defensa de su mujer. Creo que, con toda justicia, usted debería...

DANFORTH: Que presente sus pruebas en declaración jurada.

Conoce bien nuestros procedimientos aquí, señor Hale. (A *Herrick*): Despejen esta habitación.

HERRICK: Vamos, Guillermo. (*Empuja suavemente a Corey fuera de la habitación.*)

FRANCISCO: Estamos desesperados, señor; hace tres días que venimos y nadie nos escucha.

DANFORTH: ¿Quién es este hombre?

FRANCISCO: Francisco Nurse, Vuestra Excelencia.

HALE: Su mujer, Rebeca, fue condenada esta mañana.

DANFORTH (*a Francisco*): Escriba su defensa, y a su debido tiempo yo...

FRANCISCO: Excelencia, tenemos pruebas para usted; Dios no permita que cierre sus ojos ante ellas. Las muchachas, señor, las muchachas son un fraude.

DANFORTH: ¿Perdón?

FRANCISCO: Tenemos pruebas, señor. Todas ellas lo están engañando. (*Danforth es sacudido por esto pero observa atentamente a Francisco.*)

HATHORNE: ¡Esto es desacato, señor, desacato!

DANFORTH: Paz señor juez . ¿Usted sabe quien soy yo señor Nurse?

FRANCISCO: Por supuesto que si, señor, y creo que debe ser un juez muy sabio para estar donde está.

DANFORTH: ¿Y sabe que en apenas tres condados hay más de cuatrocientas personas en las cárceles con mi firma?

FRANCISCO: Yo...

DANFORTH: ¿Y setenta y dos condenados a la horca con esa misma firma?

FRANCISCO: Excelencia, nunca hubiera soñado decir esto a tan importante juez... pero lo están engañando. *(Entra Guillermo Corey por la izquierda. Todos se vuelven para ver mientras él invita a entrar a María Warren con Proctor. María mantiene la mirada en el suelo; Proctor la lleva del codo, como si ella estuviera por desplomarse.)*

PARRIS *(al verla, pasmado)*: ¡María Warren! *(Va directamente a inclinarse sobre el rostro de ella)*: ¿Qué vienes a hacer aquí?

PROCTOR *(alejando a Parris con un suave pero firme movimiento de protección para ella)*: Quiere hablar con el Comisionado del Gobernador.

DANFORTH *(pasmado por esto, encara a Herrick)*: ¿No me había dicho que María Warren estaba enferma y en cama?

HERRICK: Lo estaba, Vuestra Merced. Cuando fui a buscarla para traerla ante el tribunal, la semana pasada, dijo estar enferma.

DANFORTH: ¿Quién es éste?

PROCTOR: Juan Proctor, señor. Isabel Proctor es mi mujer.

PARRIS: Cuidado con este hombre, Excelencia, este hombre es peligroso.

HALE *(excitado)*: Creo que debe escuchar a la niña, señor, ella...

DANFORTH *(quien se ha interesado mucho en María Warren, sólo levanta una mano hacia Hale)*: Paz. ¿Qué quieres decirnos? *(Proctor la mira, pero ella no puede hablar.)*

PROCTOR: Que nunca vio ningún espíritu, señor.

DANFORTH *(con gran alarma y sorpresa, a María)*: ¡Nunca vio ningún espíritu!

GUILLERMO (*ansiosamente*): Jamás.

PROCTOR (*hurgando en el bolsillo de su chaqueta*) : Ella ha firmado un testimonio, señor...

DANFORTH (*instantáneamente*): No, no, no acepto testimonios. (*Está midiendo rápidamente la situación; se vuelve a Proctor*): Dígame, señor Proctor, ¿usted ya hizo correr esta noticia por el pueblo?

PROCTOR: No, señor, no lo hemos hecho.

PARRIS: ¡Han venido a derrocar el tribunal, señor! Este hombre es...

DANFORTH: Por favor, señor Parris. Sabe usted, señor Proctor, que el estado sostiene que en este caso el cielo está hablando por boca de estas niñas.

PROCTOR: Lo sé, señor.

DANFORTH (*piensa, mirando fijamente a Proctor, y luego se vuelve a María Warren*): Y tú, María Warren, ¿cómo es que te dio por acusar a las gentes culpándolas de enviar sus espíritus contra ti?

MARÍA: Era una broma, señor.

DANFORTH: No te oigo.

PROCTOR: Dice que era una broma.

DANFORTH: ¿Sí? ¿Y las demás muchachas? ¿Susanna, y... las otras? ¿También ellas bromeaban?

MARÍA: Sí, señor.

DANFORTH (*con ojos dilatados*): ¿Estás segura? (*Está desorientado. Se vuelve para estudiar el rostro de Proctor.*)

PARRIS (*sudando*): ¡Excelencia, usted no creerá que una mentira tan vil puede exponerse ante este tribunal!

DANFORTH: Por supuesto que no, pero me impresiona mucho que ella se atreva a venir hasta aquí con semejante cuento. Veamos, señor Proctor, antes de que decida si lo escucharé o no, es mi deber decirle esto: lo que aquí tenemos es una hoguera viva; sus llamas derriten todo.

PROCTOR: Lo sé, señor.

DANFORTH: Permítame continuar. Comprendo bien que la ternura de un marido pueda llevarlo hasta la extravagancia en defensa de su esposa. ¿usted está totalmente seguro que lo que dice es verdad?

PROCTOR: Es la verdad. Y usted la verá.

DANFORTH: ¡Y pensaba hacer esta revelación declarándola en la corte, delante de todo el mundo!

PROCTOR: Eso pensaba, sí... con vuestra licencia.

DANFORTH (*entrecerrando los ojos*): Y bien, señor, ¿cuál es su propósito al hacerlo?

PROCTOR: Le daría la libertad a mi mujer, señor.

DANFORTH: ¿No acecha en parte alguna de su corazón, ni se esconde en su espíritu, ningún deseo de desautorizar a este tribunal?

PROCTOR (*con un casi imperceptible balbuceo*): Por supuesto que no, señor.

CHEEVER (*se aclara la garganta, "despertando"*) Yo... Vuestra Excelencia.

DANFORTH: Señor Cheever.

CHEEVER: Creo que es mi deber, señor... (*Amablemente, a Proctor*): No lo vas negar, Juan. (*A Danforth*): Cuando fuimos a detener a su mujer, él maldijo al tribunal y rasgó la orden de arresto.

PARRIS: ¡Ahí está Ahí está!

DANFORTH: ¿Hizo eso, señor Hale?

HALE (*respira hondo*): Sí, lo hizo.

PROCTOR: No sabía lo que hacía.

DANFORTH (*estudiándolo*): Señor Proctor.

PROCTOR: Sí, señor.

DANFORTH (*directamente a sus ojos*): ¿Usted ha visto alguna vez al Diablo?

PROCTOR: No, señor.

DANFORTH: ¿Es usted en todos los aspectos un buen cristiano?

PROCTOR: Lo soy, señor.

PARRIS: ¡Un cristiano tal que no viene a la iglesia más que una vez al mes!

DANFORTH (*contenido...; le pica la curiosidad*): ¿No viene a la iglesia?

PROCTOR: Yo... su excelencia... yo no siento amor alguno por el señor Parris. Eso no es ningún secreto. Pero a Dios sí lo amo.

CHEEVER: Trabaja la tierra los domingos, señor.

DANFORTH: ¡Trabaja los domingos!

CHEEVER (*disculpándose*): Creo que son pruebas, Juan. Soy

funcionario del tribunal, y no puedo callarlo.

PROCTOR: Yo... he arado la tierra una o dos veces en día domingo. Tengo tres hijos, señor, y hasta el año pasado mi tierra rendía poco.

GUILLERMO: A decir verdad, usted encontrará otros cristianos que aran los domingos.

DANFORTH: *(Continúa mirando a Proctor, que trata de devolverle la mirada.)* He visto cosas increíbles en esta Corte. He visto ante mis ojos gente asfixiada por espíritus; los he visto atravesados por alfileres y acuchillados por dagas. No tengo, hasta este instante, la más mínima razón para sospechar que las niñas me engañan. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

PROCTOR: Son sólo niñas, y esta niña jurará que le mintió. *(Danforth medita, luego llama a Hathorne. Hathorne se inclina y él le habla al oído. Hathorne asiente.)*

DANFORTH: Señor Proctor, esta mañana su esposa me envió una petición diciendo estar embarazada.

PROCTOR: ¡Mi mujer embarazada!

DANFORTH: Sin embargo no hay señal de ello; hemos examinado su cuerpo.

PROCTOR: ¡Ella está embarazada! Ella jamás miente, señor.

DANFORTH: ¿No miente?

PROCTOR: Jamás, señor, jamás.

DANFORTH: Lo hemos considerado demasiado conveniente como para creerlo. Sin embargo, si yo le dijera que la observaremos durante un mes; y que si comienza a manifestar los síntomas naturales, la dejaríamos vivir hasta que diera a luz... ¿qué diría usted? *(Juan Proctor queda mudo.)* Dijo que su único propósito era salvar a su mujer. Pues bien, al menos por este año, está

salvada. ¿Qué dice? Trato hecho. (*En conflicto consigo mismo, Proctor mira a Francisco y a Guillermo.*) ¿Retira su acusación entonces?

PROCTOR: Yo... creo que no puedo.

DANFORTH (*una imperceptible dureza en su voz*): Por tanto su propósito parece que va más allá.

PARRIS: ¡Ha venido a deponer el tribunal, Vuestra Señoría!

PROCTOR: Estos son mis amigos. Sus esposas también están acusadas...

DANFORTH (*de modo repentinamente vivo*): Estoy listo para escuchar sus pruebas.

PROCTOR: No vengo a dañar al tribunal; sólo...

HERRICK: Señor... (*Con gran deferencia.*) Si se me permite decirlo así, señor, he conocido a este hombre toda mi vida. Es un hombre bueno, señor.

DANFORTH (*lo que le molesta es cómo eso se refleja en él mismo*): No me caben dudas, alguacil. (*Herrick asiente y sale.*) Ahora bien, ¿qué testimonio tiene para nosotros, señor Proctor? Y le ruego ser claro, limpio como el Cielo y honesto.

PROCTOR (*entregando un papel a Danforth*): ¿Quiere leer esto primero, señor? Es una especie de testimonio. La gente que lo firma declara su buena opinión sobre Rebeca y mi esposa y Marta Corey. (*Danforth mira el papel.*)

DANFORTH (*examinando una larga lista*): ¿Cuántos nombres hay aquí?

FRANCISCO: Noventa y uno, Excelencia.

PARRIS (*sudando*): Esta gente debiera ser convocada. (*Danforth lo mira, interrogante.*) Para interrogarlos.

FRANCISCO (*temblando de ira*): Señor, les he dado a todos mi palabra de que ningún mal les ocurriría por firmar esto.

PARRIS: ¡Esto es claramente un ataque al tribunal!

HALE (*a Parris, tratando de contenerse*): ¿Es que toda defensa es un ataque al tribunal? ¿Es que nadie puede...?

DANFORTH: No es necesariamente un ataque, creo. Sin embargo...

FRANCISCO: Son todos cristianos devotos, señor.

DANFORTH: Entonces estoy seguro de que nada tendrán que temer. (*Entrega el papel a Cheever.*) Señor Cheever, haga extender órdenes de arresto para todos, arrestos para indagatoria. (*A Proctor.*) Ahora bien, señor, ¿qué otra información tiene para nosotros? (*Francisco, horrorizado, está aún de pie.*) Puede sentarse, señor Nurse.

FRANCISCO: He traído puros problemas para esta gente: yo he...

DANFORTH: No, abuelo, Usted no le ha traído problemas a nadie que tenga su moral recta. Pero usted debe entender, señor, que una persona está con este tribunal o está en su contra, aquí no hay términos medios... ya no vivimos en el oscuro atardecer en que el mal se mezclaba con el bien y confundían al mundo. Ahora, gracias a Dios, ha salido el sol en todo su esplendor y aquellos que no temen la luz, sin duda lo alabarán. Espero que ustedes sean de aquellos. (*María Warren de pronto solloza.*) Por lo que veo, usted no se siente bien.

PROCTOR: No, no está bien, señor. (*A María, inclinándose hacia ella, teniéndole la mano, con calma.*) Recuerda ahora lo que el ángel Rafael le dijo a Tobías, recuérdalo.

MARÍA (*casi inaudible*): Sí...

PROCTOR: "Sólo harás el bien y ningún mal recaerá sobre ti".

MARÍA: Sí.

DANFORTH: Vamos, hombre, lo estamos esperando.
(*Vuelve el alguacil Herrick y retoma su puesto junto a la puerta.*)

GUILLERMO: Mi testimonio, Juan, entrégale mi testimonio.

PROCTOR: Sí. (*Le entrega otro papel a Danforth.*) Este es el testimonio del señor Corey.

DANFORTH (*terminando de leer*): Señor Parris, vaya por el señor Putnam... Muy bien escrito. Mis felicitaciones. (*Entra Parris con Thomas Putnam. Cuando lo ve a Putnam, Guillermo pierde su desembarazo; se pone duro.*)

DANFORTH: Señor Putnam, tengo aquí una acusación del señor Corey en su contra. Declara que fríamente ha incitado a su hija a acusar de brujería al señor Jacobs.

PUTNAM: Es mentira.

DANFORTH: ¿Qué pruebas tiene, señor Corey?

GUILLERMO: ¡Ahí está mi prueba! (*Señalando el papel.*) Si Jacobs es colgado por brujo, pierde derecho a sus propiedades...; ¡esa es la ley! Y no hay nadie más que este señor con dinero suficiente para comprar semejante extensión. ¡Este hombre mata a sus vecinos por sus tierras!

DANFORTH: ¡Pero la prueba, señor, la prueba!

GUILLERMO (*señalando su testimonio*): ¡La prueba está ahí! ¡La obtuve de un hombre honesto que escuchó a este señor decir que colgando a Jacobs ganaba tierras.

HATHORNE: ¿Y el nombre de ese hombre?

GUILLERMO (*sorprendido*): ¿Qué nombre?

HATHORNE: Del hombre que le dio tal información.

GUILLERMO (*duda, luego*): Pues, yo... no puedo dar su nombre.

HATHORNE: ¿Y por qué no?

GUILLERMO (*duda, luego explota*): ¡Sabes perfectamente por que no! ¡Si yo doy su nombre ustedes lo meterán en la cárcel!

HATHORNE: ¡Esto es desacato al tribunal, señor Danforth!

DANFORTH (*para evitar eso*): Por lo mismo usted nos dará ese nombre.

GUILLERMO: No les daré ningún nombre.

DANFORTH: En ese caso, no tengo más alternativa que arrestarlo por desacato a la Corte.

GUILLERMO (*vacilante*): No puedo darles ningún nombre, señor, no puedo.

PROCTOR (*entrometiéndose*): Su excelencia ..., le han dado la historia confidencialmente, señor, y él...

PARRIS: ¡El Diablo participa de tales confidencias! (*A Danforth*): ¡Sin confidencias no habría conspiración, Vuestra Merced!

HATHORNE: Creo que hay que destruirla, señor.

PUTNAM (*a Guillermo*): Escúchame bien viejo, si tu informante dice la verdad, que venga aquí, abiertamente, como un hombre decente. Mas si se esconde en el anonimato, quiero saber por qué. Bien señor Corey el gobierno y la Iglesia central exigen el nombre de quien se atreve a denunciarme a mí como un vulgar asesino.

HALE: Excelencia...

DANFORTH: Señor Hale.

HALE: En el pueblo hay un inmenso temor a este tribunal...

DANFORTH: ¡Ningún hombre incorrupto puede temer a este tribunal, señor Hale! ¡Ninguno! *(A Guillermo):* Usted queda arrestado por desacato a este tribunal. *(Guillermo Corey se lanza hacia Putnam. Proctor se arroja y lo contiene.)*

PROCTOR: ¡No, Guillermo!

GUILLERMO *(por sobre el hombro de Proctor, a Putnam):* ¡Te voy a matar, Putnam, todavía te puedo matar!

PROCTOR *(forzándolo a sentarse):* Paz, Guillermo, paz. *(Lo suelta.)* Probaremos que hablamos con la verdad. *(Comienza a tornarse hacia Danforth.)*

GUILLERMO: No digas nada más, Juan. *(Señalando a Danforth):* ¡Sólo juega contigo! ¡Su intención es ahorcarnos a todos! *(María Warren prorrumpe en sollozos.)*

DANFORTH: Esto es una corte de justicia, señor. ¡No permitiré afrentas aquí!

PROCTOR: Usted puede perdonarlo señor... es un hombre mayor. Paz, Guillermo, ahora lo probaremos todo. *(Levanta el mentón de María.)* No puedes llorar, María. Recuerda al ángel, lo que le dijo al niño. Aférrate a ello ahora, ahí está tu salvación. *(María se tranquiliza. El extrae un papel y se vuelve a Danforth.)* Este es el testimonio de María Warren. Yo... yo les pediría que recuerden, señor, al leerlo, que hasta hace dos semanas ella no era diferente de como son hoy las otras niñas. *(Habla razonablemente, conteniendo todos sus temores, su ira, su ansiedad.)* La vieron gritar, aulló, juró que espíritus familiares la sofocaban; hasta atestiguó que Satán, bajo la forma de mujeres que ahora están en la cárcel, trató de ganar su alma y luego, cuando ella rehusó...

DANFORTH: Sabemos todo eso.

PROCTOR: Sí, señor. Ella jura ahora que jamás vio a Satanás; ni espíritu alguno, vago o nítido, que haya podido mandar Satanás

para herirla. Y declara que sus amigas ahora están mintiendo. *(Proctor se adelanta a darle el testimonio a Danforth, cuando Hale se acerca a éste, tembloroso.)*

HALE: Excelencia, un momento. Creo que esto va al nudo de la cuestión.

DANFORTH *(con profunda aprensión)*: Sin lugar a dudas.

HALE: Excelencia, he firmado setenta y dos sentencias de muerte; soy un ministro del Señor y no me atrevo a tomar una vida sin que haya una prueba tan inmaculada que no ponga en duda ni el menor escrúpulo de conciencia.

DANFORTH: Señor Hale, supongo que usted no está dudando de mi justicia.

HALE: He condenado esta mañana, con mi firma, el alma de Rebeca Nurse, Vuestra Honorabilidad. ¡No quiero ocultarlo, mi mano aun tiembla como si estuviera herida!

DANFORTH: Señor Hale, para ser un hombre tan grandemente ilustrado, usted está muy confundido. Le ruego a usted que ponga atención... *(a Proctor y los otros)*: y les ruego hagan ustedes lo mismo. En un crimen ordinario, ¿cómo hace uno para defender al acusado? Uno llama testigos para probar su inocencia. Pero la brujería es "ipso facto", por sus rasgos y su naturaleza, un crimen invisible, ¿no es así? Por consiguiente, ¿quién puede lógicamente ser testigo de él? La bruja y la víctima. Nadie más. Ahora, no podemos esperar que la bruja se acuse a sí misma, ¿conforme? Por consiguiente debemos fiarnos de sus víctimas. Y ellas sí que dan fe, las niñas ciertamente dan fe... Deme ese testimonio, señor Proctor. *(Proctor se lo entrega. Hathorne se levanta, se ubica al lado de Danforth y comienza a leer. Parris se ubica del otro lado. Danforth mira a Juan Proctor y comienza a leer. Hale se levanta, busca un sitio junto al Juez y lee también. Proctor mira a Guillermo. Francisco reza en silencio, las manos juntas. Cheever aguarda plácidamente, en el papel del sublime funcionario cumplidor. María Warren solloza una vez. Juan Proctor le toca la cabeza, tranquilizador. Ahora Danforth levanta la vista, se pone*

de pie, extrae un pañuelo y se suena la nariz. Los demás se hacen a un lado, mientras él se acerca pensativo a la ventana.)

PARRIS (*a duras penas conteniendo su ira y miedo*): Yo quisiera interrogar...

DANFORTH (*primer arranque verdadero en el cual no quedan dudas de su desprecio por Parris*): ¡Silencio señor Parris, le ordeno silencio! (*Queda en silencio, mirando por la ventana. Habiendo establecido que él marcará el paso*): Señor Cheever, ¿quiere entrar en la Corte y traer aquí a las niñas? (*Cheever se levanta y sale por el foro. Danforth se vuelve a María*): María Warren, ¿cómo has venido a dar semejante vuelco? ¿Te ha amenazado el señor Proctor para conseguir este testimonio?

MARÍA: No, señor.

DANFORTH: ¿Te amenazó alguna vez?

MARÍA (*más débil*): No, señor.

DANFORTH (*percibiendo un debilitamiento*): ¿Te amenazó él?

MARÍA: No, señor.

DANFORTH: ¿Me dices, entonces, que has comparecido ante mi tribunal mintiendo fríamente mientras sabías que, por esa declaración, gente sería colgada? (*Ella no contesta.*) ¡Respóndeme!

MARÍA (*casi inaudible*): Sí, señor.

DANFORTH: ¿Cómo te han educado en tu vida? ¿No sabes que Dios condena a todos los mentirosos? (*Ella no puede hablar.*) ¿O es que estás mintiendo ahora?

MARÍA: No, señor... Estoy con Dios ahora

DANFORTH: Estás con Dios ahora.

MARÍA: Sí, señor.

DANFORTH (*conteniéndose*): Te diré esto... O mientes ahora, o mentías en la Corte, y en cualquier caso has incurrido en perjurio y por ello irás a la cárcel. No puedes decir con tanta ligereza que mentiste, María. ¿puedes entenderlo?

MARÍA: No puedo mentir más. Estoy con Dios, estoy con Dios. (*Pero prorrumpe en sollozos al pensarlo, y se abre la puerta derecha por la que entran Susanna Walcott, Mercy Lewis, Betty Parris y, finalmente, Abigail. Cheever se acerca a Danforth.*)

DANFORTH: Asiento, niñas. (*Se sientan en silencio.*) Su amiga, María Warren nos ha dado un testimonio. En el cual ella jura que jamás vio demonios familiares, aparecidos, ni ninguna otra manifestación del Diablo. Además sostiene que ninguna de ustedes ha visto estas cosas. (*Breve pausa.*) Y bien, niñas, éste es un tribunal de justicia. La ley, basada en la Biblia, y la Biblia escrita por Dios Todopoderoso, prohíben la práctica de la brujería y señalan la muerte como la pena correspondiente. Pero del mismo modo, niñas, la ley y la Biblia condenan a todo portador de falso testimonio. (*Breve pausa.*) Bien. No dejo de percibir que este testimonio pudo haber sido ideado para cegarlas; puede ser que María Warren haya sido conquistada por Satanás, quien la manda aquí para distraernos de nuestro sagrado propósito. Si es así, su cuello pagará por ello. Pero si dice la verdad, dejen a un lado ahora esta fábula, se los ruego, y confiesen en este momento el haber estado simulando, pues una confesión rápida hará que las consecuencias sean menores. (*Pausa.*) Abigail Williams, levántate. (*Abigail se levanta lentamente.*) ¿Hay algo de verdad en esto?

ABIGAIL: No, señor.

DANFORTH (*piensa, mira a María, luego nuevamente a Abigail*): Niñas, una sonda omnividente será introducida en vuestras almas hasta que vuestra honestidad sea probada. ¿Alguna de ustedes quiere cambiar de idea ahora, o prefieren forzar un interrogatorio devastador?

ABIGAIL: Nada tengo que cambiar, señor. Ella miente.

DANFORTH (*a María*): ¿Quieres aún seguir adelante?

MARÍA (*débilmente*): Sí, señor.

DANFORTH (*volviéndose a Abigail*): En la casa del señor Proctor se descubrió un muñeco, atravesado por una aguja. María Warren sostiene que tú estabas sentada junto a ella en la Corte cuando ella lo hizo, y que tú la viste hacerlo y presenciaste cómo ella misma introdujo su aguja en el muñeco, para guardarla allí. ¿Qué tienes que decir a esto?

ABIGAIL (*con una leve nota de indignación*): Es mentira, señor.

DANFORTH (*luego de una breve pausa*): Mientras trabajabas para el señor Proctor, ¿viste algún muñeco en la casa?

ABIGAIL: La señora Proctor siempre tuvo muñecos.

PROCTOR: Su excelencia, mi mujer nunca tuvo muñecos. María Warren confiesa que ese muñeco era suyo.

CHEEVER: Su Excelencia.

DANFORTH: ¡Señor Cheever!

CHEEVER: Cuando hablé con la señora Proctor en esa casa, ella dijo que nunca tenía muñecos. Pero dijo que sí los tuvo cuando era niña.

PROCTOR: Vuestra Merced, hace quince años que ella dejó de ser niña.

HATHORNE: Pero un muñeco se conserva quince años, ¿o no?

PARRIS: ¿Por qué no podía haber muñecos escondidos en donde nadie los viera?

PROCTOR (*furioso*): Puede también haber un dragón con cinco patas en mi casa, y nadie lo vería.

PARRIS: Para eso estamos aquí, precisamente para descubrir aquello que nadie ha visto.

PROCTOR: Señor Danforth, ¿qué puede ganar esta niña desmintiéndose? ¿Qué puede ganar María Warren más que un duro interrogatorio o algo peor?

DANFORTH: Está acusando a Abigail Williams de un increíble y frío plan de asesinato, ¿lo puede entender?

PROCTOR: Lo entiendo, señor. Creo que asesinar es lo que se propone.

DANFORTH (*señalando a Abigail, incrédulo*): ¿Esta niña asesinaría a su esposa?

PROCTOR: No es una niña. Su excelencia: A la vista de la congregación ella fue echada dos veces de la capilla, este año, por reír durante la oración.

DANFORTH (*sacudido, volviéndose a Abigail*): ¡Reír durante la oración...!

PARRIS: Excelencia, ella se encontraba bajo el influjo de Títuba, pero ahora guarda compostura.

GUILLERMO: ¡Sí, ahora guarda compostura y sale a colgar gente!

DANFORTH: Silencio. (*Estudia a Abigail un momento y luego*): Continúe, señor Proctor.

PROCTOR: María. Dile ahora al Gobernador cómo bailaste en el bosque.

PARRIS (*instantáneamente*): Excelencia, desde que llegué a Salem este hombre ha estado ensuciando mi nombre. El...

DANFORTH: Un momento, señor. (*A María Warren, severamente y sorprendido.*) ¿Qué es esto del baile?

MARÍA: Yo... *(Echa una ojeada a Abigail, quien la mira fijamente, sin remordimiento. Luego, suplicante, a Proctor.)* Señor Proctor...

PROCTOR *(yendo al grano)*: Abigail lleva a las muchachas al bosque, y ahí han bailado desnudas...

PARRIS: Vuestra Merced, esto...

PROCTOR *(inmediatamente)*: El señor Parris las descubrió. ¡Esa es la verdadera "niña" de la que usted habla!

DANFORTH *(esto se está convirtiendo en una pesadilla y él se vuelve, asombrado, a Parris)*: Señor Parris...

PARRIS: Sólo puedo decir, señor, que jamás encontré a ninguna de ellas desnuda, y que este hombre es...

DANFORTH: Pero, ¿las descubriste bailando en el bosque? *(Con los ojos fijos en Parris, señala a Abigail.)* ¿Abigail?

HALE: Excelencia, cuando recién llegué, el señor Parris me lo había dicho.

PARRIS: Si, pero jamás vi a ninguna de ellas desnuda.

DANFORTH: ¿Pero Abigail ha bailado?

PARRIS *(sin voluntad)*: Sí, señor. *(Danforth, como con ojos diferentes, mira a Abigail.)*

HATHORNE: Excelencia, ¿me permite? *(Señala a María Warren.)*

DANFORTH *(con gran preocupación)*: Adelante, por favor.

HATHORNE: Dices que no has visto ningún espíritu, que nunca has sido amenazada ni aquejada por ninguna manifestación del Diablo o de los enviados del Diablo.

MARÍA *(muy débilmente)*: No, señor.

HATHORNE (*con aire de triunfo*): Y sin embargo, cuando la gente acusada de brujerías te enfrentaba ante la Corte, tú te desmayabas diciendo que sus espíritus salían de sus cuerpos y te sofocaban...

MARÍA: Estaba fingiendo, señor.

DANFORTH: No puedo oírte.

MARÍA: Estaba mintiendo, señor.

PARRIS: Pero el frío te invadió, ¿no es cierto? Yo mismo te levanté muchas veces y tu piel estaba fría.

PROCTOR: Ella sólo fingía desmayarse, Excelencia.

HATHORNE: Entonces, ¿puede fingir desmayarse ahora?

PROCTOR: ¿Ahora?

PARRIS: ¿Por qué no? Ahora no hay espíritus que la ataquen, nadie en esta habitación está acusado de brujería. Pues que se torne fría ahora, que finja ser acosada ahora, que se desmayera ahora. (*Volviéndose a María Warren.*) ¡Desmáyate!

MARÍA: ¿Que me desmayera?

PARRIS: Sí, desmáyate. Pruébanos cómo fingías tantas veces ante el tribunal.

MARÍA (*mirando a Proctor*): No... no puedo desmayarme ahora, señor.

PROCTOR (*alarmado, con calma*): ¿No puedes fingir un desmayo?

MARÍA: Yo... (*Pareciera buscar la pasión necesaria para desvanecerse.*) No... ahora no puedo...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Qué es lo que falta ahora?

MARÍA: Yo ... no podría decirlo, señor, yo...

DANFORTH: ¿Podría ser que aquí no tenemos ningún espíritu maligno suelto, pero que en la Corte si había algunos?

MARÍA: Nunca vi ningún espíritu.

PARRIS: Entonces no veas espíritus ahora, y pruébanos que puedes desmayarte.

MARÍA (*Clava la mirada, buscando la emoción necesaria, y sacude la cabeza*): No... no puedo hacerlo.

PARRIS: Entonces confesarás ¡Eran espíritus malignos los que te hicieron desmayar!

MARÍA: (*Se pone de pie.*) Yo... yo sabía desmayarme porque... yo creía ver espíritus.

DANFORTH: ¡Creías verlos!

MARÍA: Pero no los vi

HATHORNE: ¿Cómo podías creer verlos si no los veías?

MARÍA: Yo... yo no sé cómo, pero creí. Yo... oí a las otras chicas gritar, y a usted, Excelencia, usted parecía creerles y yo... al principio, señor, todo esto era jugando, pero luego todo el mundo gritaba espíritus, espíritus, y yo... yo le aseguro, señor Danforth, yo sólo creí que los veía, pero no los vi. (*Danforth la mira escrutadoramente.*)

DANFORTH (*tornándose, preocupado, hacia Abigail*): Abigail. Te ruego que escudriñes tu corazón y me digas lo siguiente —y cuidado, criatura, que para Dios cada alma es preciosa y su venganza es terrible para aquellos que quitan la vida sin causa—. Sería posible, hija, que los espíritus que tú hayas visto sean sólo ilusión, algún problema personal que se te haya cruzado por la mente cuando...

ABIGAIL: ¡Un momento! Usted me está insultando...

DANFORTH: Niña... cuida tus palabras

ABIGAIL: He sido herida, señor Danforth; me he desangrado. Han intentado asesinarme día a día, por cumplir con mi deber de señalar a los adictos del Diablo... ¿y así me pagan? Sospechando de mí, negándome, interrogándome como una...

DANFORTH (*debilitándose*): Hija, yo no desconfío de ti...

ABIGAIL (*en abierta amenaza*): Cuídese a si mismo, señor Danforth. ¿O usted se cree tan fuerte que piensa que el poder del Infierno no puede desbaratar su propio juicio? ¡Cuidado! Allí hay... (*súbitamente, de una actitud acusadora, su cara se vuelve, y mira al aire, hacia arriba; está verdaderamente asustada*).

DANFORTH (*con aprensión*): ¿Qué es?

ABIGAIL (*paseando la mirada por el aire, abrazándose a sí misma, como si sufriese un escalofrío*): Yo... no sé. Una brisa, un viento helado se aproxima. (*Sus ojos van a parar a María Warren.*)

MARÍA (*horrorizada, suplicante*): ¡Abby!

MERCEDES (*temblando*): ¡Vuestra Excelencia, me congeló!

PROCTOR: ¡Están fingiendo!

HATHORNE (*tocando la mano de Abigail*): ¡Está fría, su excelencia, tóquela!

MERCEDES (*a través de sus dientes que castañetean*): María, ¿eres tú quien me envía esta sombra?

MARÍA: ¡Señor, sálvame!

SUSANA: ¡Me hielo, me hielo!

ABIGAIL (*temblando visiblemente*): ¡Una brisa, es una brisa!

MARÍA: ¡Abby, no hagas eso!

DANFORTH (*él mismo envuelto y ganado por Abigail*): María Warren, ¿tú la estás embrujando? ¡Te estoy preguntando! ¿Tú le pasas tu espíritu? (*Con un grito histérico, María Warren comienza a correr, Proctor la agarra.*)

MARÍA (*casi desplomándose*): Me quiero ir, señor Proctor, no puedo, no puedo...

ABIGAIL (*gritando al cielo*): ¡Oh, Padre Celestial, quítame esta sombra! (*Sin previo aviso, resueltamente, Proctor salta hacia Abigail, que está encogida, y tomándola de los cabellos la incorpora. Ella grita de dolor. Danforth, asombrado, grita: "¿Qué creéis que estáis haciendo?" y Hathorne y Parris, a su vez, "¡Quitadle las manos de encima!", y de todo esto surge la rugiente voz de Proctor.*)

PROCTOR: ¡Cómo te atreves a llamar al Cielo! ¡Putas! ¡Putas!
(*Herrick separa a Proctor de ella.*)

HERRICK: ¡Juan!

DANFORTH: ..qué es lo que...

PROCTOR (*sin aliento y agonizante*): ¡Es una puta!

DANFORTH (*alelado*): ¿La está acusando de...?

ABIGAIL: ¡Señor Danforth, él miente!

PROCTOR: ¡Mírenla! Ahora buscará un grito para apuñalarme con él, pero...

DANFORTH: ¡Tendrá que probarlo!

PROCTOR (*temblando, su vida derrumbándose a su alrededor*): Yo la he conocido, señor, yo la he conocido.

DANFORTH: usted... ¿usted entregado al adulterio?

FRANCISCO (*horrorizado*): Juan, tú no puedes decir tal...

PROCTOR: ¡Oh, Francisco, quisiera que tuvieses algo de malo en ti, para que pudieras entender!

DANFORTH (*alelado*): ¿Cuándo... en qué época? ¿Dónde?

PROCTOR (*su voz a punto de quebrarse, grande su vergüenza*): En el sitio apropiado... donde se acuestan mis animales. En la noche que puso fin a mi alegría, hace unos ocho meses atrás. Ella trabajaba en nuestra casa. (*Tiene que apretar los dientes para no llorar.*) Un hombre puede creer que Dios duerme, pero Dios lo ve todo, ahora lo sé. Le ruego, señor, se lo ruego .., mírela tal como es. Mi mujer, mi buena y amada esposa, poco después tomó a esta muchacha y la echó a la calle. (*Está agobiado.*) Perdóneme, Excelencia, perdóneme se lo ruego. (*Enojado consigo mismo, vuelve la espalda al Comisionado por un momento. Luego, como si el grito fuese el único medio de expresión que le quedase.*) ¡Pretende saltar conmigo sobre la tumba de mi mujer! Dios me ayude, obedecí a la carne y en esos sudores quedó hecha una promesa. Pero esta es la venganza de una puta, y así tienen que verlo; me pongo enteramente en vuestras manos.

DANFORTH (*pálido, horrorizado, volviéndose a Abigail*): ¿Niegas esto, palabra por palabra, hasta su punto final?

ABIGAIL: ¡Si debo contestar a eso, me iré de aquí y no volveré jamás! (*Danforth. parece inseguro.*)

PROCTOR: ¡He hecho de mi honor una campana! He tañido la ruina de mi reputación. ¡Tiene que creerme a mí, señor Danforth!

ABIGAIL (*adelantándose a Danforth*): ¡Esa no es forma de mirarme! (*Danforth no puede hablar.*) ¡No permitiré que me miren así! (*Se vuelve y se encamina hacia la puerta.*)

DANFORTH: ¡No te muevas! (*Herrick le corta el paso. Ella se detiene junto a él, sus ojos despiden fuego.*) Señor Parris, traiga

aquí a la señora Isabel Proctor.

PARRIS (*objetando*): Vuestra Excelencia, a mi no me parece...

DANFORTH (*bruscamente, a Parris*): ¡Tráigala! Y no le diga una sola palabra de lo que aquí se ha hablado. (*Parris sale.*) Ahora tocaremos fondo en este pantano. (*A Proctor.*) Su mujer, dice usted, es mujer honesta.

PROCTOR: En su vida jamás ha mentido, señor. Mi mujer no puede mentir.

DANFORTH: Y cuando ella echó a esta muchacha de su casa, ¿la echó por prostituta? Bien, pues. (*A Abigail*): ¡Si ella me dice que fue por eso, criatura, quiera Dios apiadarse de ti! (*Alguien golpea. Hacia la puerta*): ¡Un momento! (*A Abigail*): De espaldas, de espaldas. (*A Proctor*): Haga lo mismo. (*Ambos se vuelven de espaldas. Abigail con indignada lentitud.*) Ahora, ninguno de ustedes mirará a la señora Proctor. Nadie en esta habitación dirá una palabra, ni hará un gesto de sí o de no. (*Se vuelve hacia la puerta y llama*): ¡Adelante! (*Se abre la puerta. Entra Isabel con Parris, Parris la deja. Queda ella sola, sus ojos buscando los de Proctor.*) Señor Cheever, tome nota de esta declaración con toda exactitud. ¿Está listo?

CHEEVER: Listo, señor.

DANFORTH: Aproxímate, mujer. (*Isabel se le acerca echando una mirada hacia Proctor, que está de espaldas.*) Mírame sólo a mí, no a tu marido. Sólo a mis ojos.

ISABEL (*débilmente*): Bien, señor.

DANFORTH: Se nos ha hecho presente que en cierta ocasión, despediste a tu sirvienta Abigail Williams.

ISABEL: Es verdad, señor.

DANFORTH: ¿Por qué causa la echaste? (*Breve pausa. Luego Isabel trata de mirar a Proctor.*) Mirarás sólo a mis ojos y no a tu

marido. La respuesta está en tu memoria y no necesitas ayuda para dármela. ¿Por qué echaste a Abigail Williams?

ISABEL (*sin saber qué decir, presintiendo algo, se humedece los labios para ganar tiempo*): Ella... no me satisfacía. (*Pausa.*) Ni a mi marido.

DANFORTH: ¿Por qué no te satisfacía a ti?

ISABEL: Ella era... (*Mira a Proctor en busca de una clave.*)

DANFORTH: ¡Mujer, mírame a mí! (*Isabel lo hace.*) ¿Era despilfarradora? ¿floja? ¿Qué inconvenientes causó?

ISABEL: Vuestra Excelencia, yo... para esa época estaba enferma. Y yo... Mi marido es un hombre bueno y recto. Nunca se emborracha como otros, sino que siempre trabaja. Pero durante mi enfermedad ... yo estuve enferma largo tiempo después de tener a mi último hijo y creí ver que mi marido se alejaba algo de mí. Y esta muchacha... (*se vuelve a Abigail.*)

DANFORTH: Mírame a mí.

ISABEL: Sí, señor. Abigail Williams... (*No puede continuar.*)

DANFORTH: ¿Qué hay con Abigail Williams?

ISABEL: Llegué a creer que ella le gustaba. Y así una noche perdí el juicio, creo, y la eché a la calle.

DANFORTH: Tu marido... ¿se alejó realmente de ti?

ISABEL (*torturada*): Mi marido... es un hombre de bien, señor.

DANFORTH: Entonces, ¿no se apartó de ti?

ISABEL (*comenzando a mirar a Proctor*): El...

DANFORTH (*extiende un brazo y tomándole la cara*): ¡Mírame a mí! ¿Sabes tú si Juan Proctor cometió alguna vez el crimen del

adulterio? *(En una crisis de indecisión, ella no puede hablar.)*
¡Contéstame! ¿Es tu marido adúltero?

ISABEL *(débilmente)*: No, señor.

DANFORTH: Sáquenla de aquí, alguacil.

PROCTOR: ¡Isabel, di la verdad!

DANFORTH: Ha declarado. ¡Sáquenla de aquí!

PROCTOR *(gritando)*: ¡Isabel, lo he confesado! *(la puerta se cierra tras Isabel)* ¡Ella sólo pensaba en salvar mi nombre!

HALE: Excelencia, es una mentira comprensible; le ruego, deténgase ahora antes de que otro inocente sea condenado. Ya no puedo acallar a mi conciencia. .. ¡La venganza personal se infiltra en este proceso! Desde el principio este hombre me impresionó por su sinceridad. Por mi voto al Cielo, le creo ahora, y le ruego que vuelva a llamar a su mujer antes de que nosotros...

DANFORTH: Nada dijo de adulterio y este hombre ha mentado.

HALE: ¡Yo le creo! *(Señalando a Abigail)*: ¡Esta muchacha siempre me impresionó por su falsedad! Ella ha...

ABIGAIL *(con un grito extraño, salvaje, escalofriante, chillando hacia el techo)*: ¡No! ¡No lo harás! ¡Fuera! ¡Fuera te digo!

DANFORTH: ¿Qué es, criatura? *(Pero Abigail, señalando asustada, levanta sus ojos, su cara despavorida hacia el techo —las muchachas hacen lo mismo— y ahora Hathorne, Hale, Putnam, Cheever, Herrick y Danforth hacen lo mismo.)* ¿Qué es lo que hay allí? *(El aparta la mirada del techo y ahora está asustado; hay verdadera tensión en su voz)*: ¡Criatura! *(Ella está transfigurada; lloriquea con todas las muchachas, la boca abierta, fija en el techo la mirada.)* ¡Muchachas! ¿Por qué hacen ... ?

MERCEDES *(señalando)*: ¡En la techo! ¡Allí en el techo!

DANFORTH (*mirando hacia arriba*): ¡Dónde!

ABIGAIL: ¿Por qué...? (*Traga saliva.*) ¿Por qué vienes, pájaro amarillo?

PROCTOR: ¿Dónde está ese pájaro? ¡Yo no veo ningún pájaro!

ABIGAIL (*hacia el techo*): ¿Mi cara? ¿Mi cara?

PROCTOR: Señor Hale...

DANFORTH: ¡Silencio!

PROCTOR (*A Hale*): ¿Ve usted algún pájaro?

DANFORTH: ¡¡Silencio!!

ABIGAIL (*al techo, en auténtica conversación con el "pájaro", como tratando de convencerlo de que no la ataque*): Pero es que Dios hizo mi cara; tú no puedes desear arrancarme la cara. La envidia es un pecado capital, María.

MARÍA (*de pie, como por un resorte, y horrorizada, suplicando*): ¡Abby!

ABIGAIL (*imperturbable, sigue con el "pájaro"*): Oh, María, es magia negra eso de que cambies de aspecto. No, no puedo, no puedo impedir que mi boca hable; es la obra de Dios que estoy cumpliendo.

MARÍA: ¡Abby, estoy aquí!

PROCTOR (*frenéticamente*): ¡Están fingiendo, señor Danforth!

ABIGAIL (*ahora da un paso atrás como temiendo que el pájaro se lance hacia abajo en cualquier momento*): ¡Oh, por favor, María! No bajas.

SUSANA: ¡Sus garras! ¡Está estirando sus garras!

PROCTOR: ¡Mentiras, mentiras!

ABIGAIL (*retrocediendo más, los ojos aún fijos hacia arriba*):
¡María, por favor, no me dañes!

MARÍA (*A Danforth*): ¡Yo no la estoy dañando!

DANFORTH (*A María*): ¿Por qué ve esta visión?

MARÍA: ¡Ella no ve nada!

ABIGAIL (*ahora petrificada, como hipnotizada, imitando el tono exacto del grito de María Warren*): ¡Ella no ve nada!

MARÍA (*suplicando*): ¡Abby, no debieras!

ABIGAIL Y TODAS LAS MUCHACHAS (*todas transfiguradas*): ¡Abby, no debieras!

MARÍA (*a todas ellas*): ¡Estoy aquí, estoy aquí!

MUCHACHAS: ¡Estoy aquí, estoy aquí!

DANFORTH (*horrorizado*): ¡María Warren! ¡Haz que tu espíritu las deje!

MARÍA: ¡Señor Danforth!

MUCHACHAS (*interrumpiéndola*): ¡Señor Danforth!

DANFORTH: ¿Has pactado con el Diablo? ¿Has pactado?

MARÍA: ¡Nunca, nunca!

MUCHACHAS: ¡Nunca, nunca!

DANFORTH (*poniéndose histérico*): ¿Por qué sólo pueden repetir lo que tú dices?

PROCTOR: ¡Pásenme un látigo y yo lo detendré!

MARÍA: ¡Están jugando! Ellas...

MUCHACHAS: ¡Están jugando!

MARÍA (*volviéndose hacia ellas, histéricamente y pateando*):
¡Abby, basta!

MUCHACHAS (*pateando*): ¡Abby, basta!

MARÍA: ¡Basta ya!

MUCHACHAS: ¡Basta ya!

MARÍA (*gritando con toda la fuerza de sus pulmones y elevando sus puños*): ¡Basta ya!

MUCHACHAS (*elevando los puños*): ¡Basta ya!

MARÍA (*completamente confusa e impresionándose por la total convicción de Abigail y las otras, comienza a sollozar, las manos semi levantadas, sin fuerza, y todas las muchachas comienzan a lloriquear exactamente como ella.*)

DANFORTH: Hace un rato tú parecías sufrir. Ahora parece que hicieras sufrir a otros; ¿dónde has encontrado ese poder?

MARÍA (*mirando fijamente a Abigail*): Yo... no tengo poder.

MUCHACHAS: Yo no tengo poder.

PROCTOR: ¡Lo están engañando, señor!

DANFORTH: Tú has visto al Diablo

HALE (*indicando a Abigail y a las muchachas*): ¡Usted no puede creerles!

MARÍA: Yo...

PROCTOR (*viéndola debilitarse*): ¡María, Dios condena a los mentirosos!

DANFORTH (*machacándose*): ¿Tú has visto al Diablo, has pactado con Lucifer?

PROCTOR: Dios condena a los mentirosos, María, (*María dice algo ininteligible mirando a Abigail quien aún mira al "pájaro" arriba.*)

DANFORTH: No puedo oírte. ¿Qué dices? (*De nuevo María dice algo ininteligible.*) ¡Confesarás o irás a la horca! (*Violentemente, la obliga a encararse con él*): ¿Sabes quien soy? Te digo que irás a la horca si no te sinceras conmigo.

PROCTOR: María, recuerda al ángel Rafael... "Sólo harás el bien..."

ABIGAIL (*señalando hacia arriba*): ¡Las alas! ¡Sus alas se abren! ¡María, por favor, no, no...!

HALE: ¡Vuestra Excelencia, yo no veo nada!

DANFORTH: ¡Confiesas tener ese poder! (*Está a un par de centímetros de su cara.*) ¡Habla!

ABIGAIL: ¡Va a descender! ¡Camina por el techo!

DANFORTH: ¡Hablarás!

MARÍA (*mirando horrorizada*): ¡No puedo!

MUCHACHAS: ¡No puedo!

PARRIS: ¡Aparta al Diablo! ¡Míralo a la cara! ¡Pisotéalo! ¡Te salvaremos, María; sólo mantente firme ante él y...

ABIGAIL (*mirando hacia arriba*): ¡Cuidado! ¡Se lanza hacia nosotros! (*Ella y todas las muchachas corren hacia una pared tapándose los ojos. Y ahora, como arrinconadas, dejan escapar un gigantesco griterío y María, como infectada abre la boca y grita con ellas. Poco a poco las muchachas se callan hasta que queda*

sólo María mirando al "pájaro", gritando locamente. Todos la miran horrorizados por este acceso ostensible. Proctor se lanza hacia ella.)

PROCTOR: María, dile al Gobernador lo que ellas... *(Apenas ha dicho una palabra cuando ella, viéndolo venir, escapa de su alcance, gritando horrorizada.)*

MARÍA: ¡No me toque..., no me toque! *(Al oírlo, las muchachas se detienen junto a la puerta.)*

PROCTOR *(sorprendido)*: ¡María!

MARÍA *(señalando a Proctor)*: ¡Tú eres el enviado del Diablo! *(El queda paralizado.)*

PARRIS: ¡Alabado sea Dios!

MUCHACHAS: ¡Alabado sea Dios!

PROCTOR *(alelado)*: ¡María,...!

MARÍA: ¡No me colgarán contigo! ¡Amo a Dios, amo a Dios!

DANFORTH *(A María)*: ¿El te mandó cumplir la obra del Diablo?

MARÍA *(histérica, indicando a Proctor)*: Viene a mí por la noche y todos los días, para que firme, que firme, que...

DANFORTH: ¿Que firmes qué?

PARRIS: ¿El libro del Diablo? ¿Vino con un libro?

MARÍA *(histérica, señalando a Proctor, temerosa de él)*: Mi nombre, quería mi nombre. ¡"Te mataré", dijo, "si mi mujer es ahorcada"! "¡Debemos ir a derrocar el tribunal", me dice! *(La cabeza de Danforth se inclina súbitamente hacia Proctor, el sobresalto y el horror dibujados en su rostro.)*

PROCTOR *(Volviéndose, suplicando a Hale)*: ¡Señor Hale!

MARÍA (*comienzan sus sollozos*): Me despiertan sus ojos cada noche como si fueran brasas, y sus dedos me atenazan el cuello, y yo firmo, yo firmo. ..

HALE: ¡Excelencia, esta criatura se ha vuelto loca!

PROCTOR (*mientras los ojos dilatados de Danforth se posan en él*):
¡María, María!

MARÍA (*gritándole*): ¡No! Yo amo a Dios. No te seguiré más. Yo amo a Dios, yo bendigo a Dios. (*Sollozando, corre hacia Abigail.*) Abby, Abby, nunca más te haré daño. (*Todos miran mientras Abigail, con infinita generosidad, extiende sus brazos, atrae hacia sí a la sollozante María y luego mira a Danforth.*)

DANFORTH (*a Proctor*): ¿Qué eres? (*Proctor en su furia está mudo.*) Estás en comunión con el anticristo, ¿no es así? Yo he visto tu poder; ¡no lo vas a negar! ¿Tienes algo que decir?

HALE: Excelencia...

DANFORTH: No quiero nada de usted, señor Hale. (*A Proctor.*) ¿Confesarás que estás manchado por el Infierno, o es que aún mantienes esa alianza con la oscuridad ¿Tiene algo que decir?

PROCTOR (*sin aliento, con la mente enloquecida*): ¡Qué digo... que si tengo algo que decir... Yo digo que Dios ha muerto!

PARRIS: ¡Escúchenlo... Escúchenlo!

PROCTOR (*ríe como un demente y*): ¡Fuego, se está incendiando un fuego! ¡Escucho los pasos de Lucifer, veo su asquerosa cara y es mi cara y la suya, Danforth! Es la cara para quienes se acobardan de sacar a los hombres de la ignorancia, como yo me acobardé y como todos ustedes se acobardan ahora, sabiendo como saben en lo más íntimo de sus negros corazones que esto es un fraude... Dios maldice especialmente a los que son como nosotros, y arderemos... ¡Arderemos todos juntos por esto!

DANFORTH: ¡Alguacil! ¡Llévenselo a la cárcel y a Francisco Corey con él!

HALE (*cruzando hacia la puerta*): ¡Yo denuncio este proceso!

PROCTOR: ¡Están echando abajo el cielo y levantando a una puta a su trono!

HALE: ¡Denuncio este proceso, yo abandono este tribunal! (*Pega un portazo, yéndose.*)

DANFORTH (*llamándolo, enfurecido*): ¡Silencio Señor Hale, Silencio!

TELÓN

ACTO CUARTO

Un calabozo en la cárcel de Salem, ese Otoño. En el foro hay una ventana alta con barrotes; cerca de ella, un pesado portón. A lo largo de las paredes, dos bancos. El sitio está a oscuras, a excepción de la luz de la luna que se filtra por entre los barrotes. Parece vacío. Ahora se oyen pasos a lo largo de un corredor, tras el muro, tintinean llaves, y se abre la puerta. Entra el Alguacil Herrick con un farol. Está casi borracho y camina pesadamente. Va hasta un banco y codea un montón de harapos que hay en él.

HERRICK: ¡Sara, levántate! ¡Sara Good! *(Cruza hasta el otro banco.)*

SARA *(levantándose en sus harapos)*: ¡Eh, Majestad! ¡Ya voy, ya voy! ¡Títuba, ya está aquí, Su Majestad ha venido!

HERRICK: Se tiene que ir a otra celda; esta la necesitamos ahora. *(Cuelga su farol de la pared. Títuba se sienta.)*

TÍTUBA: Ese no parecer Su Majestad a Títuba; parecer el alguacil.

HERRICK *(extrayendo una botella)*: ¡Vamos, ustedes, despejen este lugar! *(Bebe y Sara Good viene a escudriñar su cara.)*

SARA: Oh, ¿eres tú el alguacil? Estaba segura de que eras el Diablo que venía por nosotras. ¿Podría probar un sorbito de sidra ya que me voy?

HERRICK *(entregándole la botella)*: ¿Y para dónde te vas, Sara?

TÍTUBA *(mientras Sara bebe)*: Vamos a la isla de Barbados, en cuanto llegar el Diablo con las plumas y las alas.

HERRICK: ¿Ahá? Les deseo el mejor de los viajes.

SARA: ¡Dos pájaros azules volando al sur, nosotras dos! ¡Oh, será una grandiosa transformación, Alguacil! *(Levanta la botella para beber de nuevo.)*

HERRICK (*quitándole el frasco de los labios*): Será mejor que me des eso o no podrás levantar el vuelo. Vamos saliendo de aquí.

TÍTUBA: Yo hablarle acerca de usted, Alguacil, si quiere venir con nosotros.

HERRICK: Yo no me negaría, Títuba; es la mañana perfecta para volar al Infierno.

TÍTUBA: Oh, no Infierno en Barbados. Diablos ser divertido en Barbados, él cantar y bailar en Barbados. ustedes..., ustedes lo enojan aquí; ser muy frío por aquí para ese Viejo. Al diablo se le congela el alma en Massachusetts, pero en Barbados él ser tan dulce y... (*Se oye el mugido de una vaca y Títuba salta y llama hacia la ventana.*) ¡Sí, señor! ¡Es él, Sara!

SARA: ¡Aquí estoy, Majestad! (*Rápidamente recogen sus trapos cuando entra Hopkins, un guardia.*)

HOPKINS: El Comisionado del Gobernador ha llegado.

HERRICK (*agarrando a Títuba*): Vamos, vamos...

TÍTUBA (*resistiendo*): ¡No, él venir por mí! ¡Yo ir a casa! (*llamando hacia la ventana*): ¡Llévame a casa, Diablos, llévame a casa!

SARA (*siguiendo a Títuba que grita*): ¡Dile que yo también voy, Títuba, dile que Sara Good también va! (*Fuera, en el corredor, Títuba aún grita "¡Llévame a casa, Diablos; Diablos, llévame a casa!" y la voz de Hopkins se oye ordenándole caminar. Herrick regresa y comienza a amontonar la paja y los trapos en un rincón. Al oír pasos se vuelve y entran Danforth y el juez Hathorne. Llevan capas y sombreros para abrigarse del intenso frío. Son seguidos por Cheever, que lleva una cartera de documentos y una caja chata, de madera, que contiene sus implementos de escritura.*)

HERRICK: Buen día, Excelencia.

DANFORTH: ¿Dónde está el señor Parris?

HERRICK: Voy a buscarlo. *(Se encamina hacia la puerta.)*

DANFORTH: Alguacil. *(Herrick se detiene.)* ¿Cuándo llegó el reverendo Hale?

HERRICK: A medianoche.

DANFORTH *(desconfiado)*: ¿Y qué es lo que viene a hacer?

HERRICK: Se mezcla con los que serán ahorcados, señor. Y reza con ellos. Ahora está con la señora Nurse. Y el señor Parris está con él.

DANFORTH: ¿Ah, sí? Ese hombre no está autorizado a entrar aquí, Alguacil. ¿Cómo es que lo ha dejado entrar?

HERRICK: El señor Parris me lo ordenó, señor.

DANFORTH: ¿Está borracho, Alguacil?

HERRICK: No, señor; es una noche fría nada más.

DANFORTH *(reprimiendo su enojo)*: Traiga al señor Parris.

HERRICK: Sí, señor.

DANFORTH: Cuidado con la bebida, Alguacil.

HERRICK: Sí, señor. *(Aguarda un instante más órdenes. Pero Danforth disgustado, le da la espalda y Herrick sale. Hay una pausa. Danforth medita.)*

HATHORNE: Interrogue a Hale, Excelencia

DANFORTH: Parris reza con él. Eso es extraño. *(Se sopla las manos, va hacia la ventana, mira afuera.)*

HATHORNE: A veces pienso que ese hombre se está volviendo loco.

DANFORTH: ¿Loco?

HATHORNE: Lo encontré ayer saliendo de su casa... y él pasó de largo... llorando. Creo que no está bien que el pueblo lo vea tan inseguro.

DANFORTH: Tal vez tiene alguna tristeza.

CHEEVER (*golpeando los pies contra el suelo para combatir el frío*): Creo que son las vacas, señor.

DANFORTH: ¿Vacas?

CHEEVER: Hay tantas vacas vagando por los caminos, ahora que sus dueños están en la cárcel... y hay tanto desacuerdo sobre a quien van a pertenecer ahora. Sé que el señor Parris estuvo discutiendo con campesinos todo el día de ayer... Hay una gran pelea ahora por las vacas, señor (*Se vuelve al igual que Hathorne y Danforth al oír que alguien viene por el corredor. Danforth levanta la cabeza cuando entra Parris. Este está flaco, asustado, sudoroso en su levitón.*)

PARRIS (*a Danforth, instantáneamente*): Oh, buen día, señor, gracias por haber venido; le pido me perdone por despertarlo tan temprano. Buen día, señor juez.

DANFORTH: El reverendo Hale no tiene derecho de entrar en este...

PARRIS: Un momento, Excelencia. (*Se vuelve rápidamente y corre a cerrar la puerta.*) Excelencia, escúcheme. Es la Providencia. El reverendo Hale ha regresado para que Rebeca Nurse vuelva al seno de Dios.

DANFORTH (*sorprendido*): ¿La hace confesar?

PARRIS (*sentándose*): él las está instando a que confiesen sus crímenes y salven sus vidas.

DANFORTH: Ciertamente... eso es providencial. ¿Y ellos se

ablandan?

PARRIS: Todavía no. Pero pensé en llamarlo, señor, porque podríamos decidir si no sería inteligente... *(no se atreve a decirlo.)* Tengo que hacerle una pregunta, señor, y espero que no...

DANFORTH: Sea claro, señor Parris; ¿qué le preocupa?

PARRIS: Hay una novedad, señor, que el tribunal ... el tribunal debe considerar. Mi sobrina, señor, mi sobrina Abigail... creo que ha desaparecido.

DANFORTH: ¡Desaparecido!

PARRIS: Había pensado avisarle a principios de semana, pero...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Cuándo desapareció?

PARRIS: Hace tres noches. Ella me dijo que pasaría una noche con Mercedes Lewis. Pero Mercedes dijo en su casa que pasaría una noche con Abigail en mi casa.

DANFORTH: ¿¡Ambas han desaparecido!?

PARRIS *(temiéndole)*: Las dos, señor.

DANFORTH *(alarmado)*: Mandaré un destacamento tras ellas. ¿Dónde pueden estar?

PARRIS: Excelencia, creo que deben estar a bordo de un barco. *(Danforth está boquiabierto.)* Mi hija me dice que las oyó hablar de barcos la semana pasada, y esta noche descubrí... que me robaron. *(Aprieta los dedos contra los ojos para contener las lágrimas.)*

HATHORNE *(atónito)*: ¿Le han robado?

PARRIS: Treinta y una libras desaparecidas. Estoy sin una moneda. *(Se cubre el rostro y llora.)*

DANFORTH: ¡Señor Parris, es usted tonto! (*Camina pensativo, profundamente preocupado.*)

PARRIS: Excelencia, no sirve de nada que me castigue a mí. Ellas se escaparon porque no quieren quedarse en Salem. (*Está suplicando.*) Tenga presente, señor, que Abigail sabe que en pueblos vecinos hay rebeliones...

DANFORTH: ¡No hay rebeliones!

PARRIS: Dicen que en otros pueblos no quieren saber nada de brujería... la verdad señor, temo que haya tumultos.

HATHORNE: ¡Tumultos! Pero si en cada ejecución no he visto más que gran satisfacción en este pueblo.

PARRIS: Juez Hathorne..., los que colgaron hasta ahora eran de otra clase. Rebeca Nurse y Juan Proctor no son personas despreciables. (*A Danforth*): Esta gente todavía tiene gran peso en el pueblo. Deje que Rebeca se pare junto al patíbulo y eleve al cielo alguna virtuosa oración ... y verá lo que es una venganza del pueblo contra usted.

HATHORNE: Excelencia, está condenada por bruja. El tribunal ha...

DANFORTH (*interrumpiéndole con un movimiento de la mano, profundamente inquieto*): Silencio. (*A Parris*): ¿Qué es lo que propone usted?

PARRIS: Excelencia, yo postergaría esas ejecuciones por algún tiempo.

DANFORTH: No habrá postergación.

PARRIS: Señor, cuando convoqué a la congregación para la excomuniación de Juan Proctor, apenas vinieron treinta personas a escucharla. Eso indica un descontento, creo, y...

DANFORTH (*estudiando la lista*): No habrá postergación.

PARRIS (*ahora sin mirar siquiera la lista, trémulo y en voz baja*): Excelencia..., un puñal... (*se interrumpe, sofocado.*)

DANFORTH: ¿Qué dice?

PARRIS: Esta noche, al abrir la puerta para abandonar mi casa..., un puñal cayó al suelo. (*Silencio. Danforth asimila eso. Ahora Parris estalla*): Usted puede colgar a otros pero a ellos no. Soy yo el que está en peligro. (*Entra el reverendo Hale. Lo miran un instante en silencio. Está impregnado de tristeza, exhausto, y más decidido que nunca.*)

DANFORTH: Acepte mis felicitaciones, reverendo Hale; estamos felices de ver que ha vuelto a su noble tarea.

HALE (*viniendo ahora hasta Danforth*): Debe usted perdonarlos. No quieren confesar. (*Entra Herrick. Espera.*)

DANFORTH (*conciliador*): No comprende usted, señor; que no los puedo perdonar cuando ya hay doce ahorcados por el mismo crimen. No es justo.

PARRIS (*desanimado*): ¿Rebeca no quiere confesar?

HALE: Excelencia, el sol saldrá dentro de pocos minutos; necesito más tiempo.

DANFORTH: Escuchen bien y no se engañen más. No atenderé ni un pedido de perdón ni de postergación. Aquellos que no confiesen serán colgados. Doce ya han sido ejecutados; los nombres de estos siete se han publicado y el pueblo espera verlos morir esta mañana. Una postergación ahora indicaría un tropiezo de mi parte; una suspensión o el perdón provocarían la duda sobre la culpabilidad de los que murieron antes. Mientras yo sea intérprete de la ley de Dios, no quebraré su voz con llantos. Si lo que temen son represalias, entérense de esto...: haría colgar a todos los que se atrevan a levantarse contra la ley así sean millones!! Y todo un océano de amargas lágrimas no podrán ahogar la resolución de la ley. Compórtense como hombres y ayúdenme, como tienen la obligación de hacerlo por mandato del

Cielo. ¿Habló ya con todos, señor Hale?

HALE: Con todos, menos con Proctor. Lo tienen en la mazmorra.

DANFORTH (*a Herrick*): ¿Cómo se porta Proctor, ahora?

HERRICK: Está sentado, como un gran pájaro; sabemos que está vivo solo porque de vez en cuando toma algún alimento.

DANFORTH (*después de pensarlo un momento*): Su mujer... su mujer debe estar bien adelantada en su embarazo.

HERRICK: Lo está, señor.

DANFORTH: Traigan a la señora Proctor. Después, lo traen a él

HERRICK: Sí, señor. (*Herrick sale. Hay un silencio.*)

HALE: Excelencia, si usted postergara este asunto por una semana y anunciara al pueblo que está luchando para obtener sus confesiones, eso indicaría misericordia de su parte, y no vacilación.

DANFORTH: Señor Hale, así como Dios no me dio el poder de Jesús para detener la salida del sol, tampoco puedo ahorrarles la perfección de su castigo.

HALE (*más duro ahora*): ¡Si cree que Dios desea que usted provoque una rebelión, señor Danforth, está muy equivocado!

DANFORTH (*instantáneamente*): ¿ha escuchado hablar de rebelión en el pueblo?

HALE: Excelencia, hay huérfanos vagando de casa en casa; el ganado abandonado muge por los caminos y ningún hombre sabe quien será su dueño ¿y usted me pregunta si se habla de rebelión? ¡Yo saltaría de alegría al saber que aún no han incendiado la provincia completa!

DANFORTH: Usted me desconcierta, señor. ¿Por qué ha vuelto

aquí?

HALE: Muy simple. Vengo a cumplir la obra del Diablo. Vengo a aconsejar a cristianos a que se mientan a sí mismos. *(Su sarcasmo se derrumba.)* ¡Sangre pesa sobre mi cabeza! ¡Es que no puede usted ver la sangre sobre mi cabeza!!

PARRIS: ¡Silencio! *(Pues ha oído pasos. Todos se vuelven a la puerta. Herrick entra con Isabel. Sus muñecas están sujetas por una pesada cadena que Herrick le quita ahora. Sus vestidos están sucios; está delgada y pálida. Herrick sale.)*

DANFORTH *(muy cortésmente)*: Señora Proctor. *(Ella está callada.)* Espero que este bien de salud.

ISABEL *(como advirtiéndole un olvido)*: Todavía me quedan seis meses.

DANFORTH: Le suplico se tranquilice, no venimos por su vida. Nosotros... *(titubeando, pues no está acostumbrado a suplicar)*: Señor Hale, ¿quiere usted hablar con esta mujer?

HALE: Señora Proctor, su marido está condenado a morir esta mañana. *(Pausa.)*

ISABEL *(con calma)*: Lo se.

HALE: ¿Supongo que sabe también que no pertenezco al tribunal? *(Ella parece dudarlo.)* Vengo por mi cuenta, señora Proctor. Yo quiero salvar la vida de su marido, pues si se lo llevan yo mismo me consideraré su asesino. ¿puede comprenderlo?

ISABEL: ¿Qué quiere de mí?

HALE: Señora Proctor, en estos tres meses fui, como Nuestro Señor, al desierto. He estado buscando una salida cristiana porque la condenación es doble para un ministro que aconseja a los hombres a mentir.

HATHORNE: ¡No es mentira, no puedes hablar de mentiras!

HALE: ¡Es una mentira! ¡Ellos son inocentes!

DANFORTH: ¡Suficiente basta con esto!

HALE (*prosiguiendo, a Isabel*): No equivoque su deber como yo equivoqué el mío. Vine a este pueblo como un novio a su bien amada, cargado de presentes de la más alta religión; traía conmigo las coronas mismas de la ley sagrada y cuanto la toqué con mi radiante confianza, murió; y allí donde puse el ojo de mi inmensa fe, manó la sangre. Ten cuidado, Isabel Proctor... no te aferres a ninguna fe, cuando la fe trae sangre. Es ley equivocada la que te lleva al sacrificio. La vida, mujer, la vida es el más precioso don de Dios; ningún principio, por muy glorioso que sea, puede justificar que se la arrebatase. Te imploro, mujer, influye sobre tu esposo para que confiese. Que diga su mentira. En este caso no te acobardes ante el juicio de Dios, pues muy bien puede ser que Dios condene menos a un mentiroso que a quien, por orgullo, se deshace de su vida. ¿Tu lo animarás, no es así? Él no va a escuchar a nadie más.

ISABEL (*con calma*): Parecen los argumentos del Demonio.

HALE (*en el colmo de la desesperación*): Mujer, frente a las leyes de Dios, apenas somos animales. ¡No podemos leer su voluntad!

ISABEL: No puedo discutir con usted, señor; me faltan estudios para hacerlo.

DANFORTH (*yendo hacia ella*): Isabel Proctor, no se te ha convocado para discutir. ¿Es que no hay en ti la ternura de una esposa? El morirá al amanecer. Tu esposo. ¿Lo comprendes? (*Ella lo mira, simplemente.*) ¿Qué dices? ¿Tratarás de convencerlo? (*Ella calla.*) ¿Eres de piedra? ¡Con franqueza, mujer, si no tuviese otras pruebas de tu vida antinatural, tus ojos secos ahora serían prueba suficiente de que has entregado tu alma al Infierno! ¡Hasta un monstruo lloraría ante semejante calamidad! ¿Habrá secado el Diablo toda lágrima de piedad en ti? (*Ella permanece callada.*) ¡Llévensela! ¡No ganaremos nada si ella habla con él!

ISABEL (*con calma*): Permítame hablar con él, Excelencia.

PARRIS *(con esperanza)*: ¿lo vas a convencer? *(Ella vacila.)*

DANFORTH: ¿Le pedirás su confesión, si o no?

ISABEL: No prometo nada. Déjenme hablar con él. *(Un ruido...; el siseo de pies que se arrastran sobre piedra. Todos se vuelven. Pausa. Entra Herrick con Juan Proctor. Sus muñecas están encadenadas. Es otro hombre, barbudo, sucio, con los ojos turbios como si estuviesen cubiertos de telarañas. Se detiene al trasponer la puerta, su mirada atraída por la figura de Isabel. La emoción que fluye entre ambos impide que nadie hable por un instante. Ahora Hale, visiblemente impresionado, va hacia Danforth y le habla con calma.)*

HALE: Se lo ruego, Excelencia, déjelos solos.

DANFORTH *(apartando impacientemente a Hale)*: Señor Proctor, usted ha sido notificado, ¿no es así? *(Proctor está silencioso, mirando fijamente a Isabel.)* Veo claridad en el cielo, señor; pregunte a su esposa y ojalá que Dios los ayude a dar la espalda al Infierno. *(Proctor está silencioso, mirando a Isabel.)*

HALE *(con calma)*: Excelencia, déjelos... *(Danforth sale violentamente, rozando a Hale. Hale lo sigue. Cheever vacila y lo imita; Hathorne también. Sale Herrick. Parris, desde prudente distancia, ofrece):*

PARRIS: Si quiere un vaso de vino, señor Proctor, estoy seguro de que... *(Proctor le echa una mirada helada y él se interrumpe. Parris eleva las manos hacia Proctor.)* Dios los guíe ahora. *(Sale.)* *(Solos. Proctor va hacia ella, se detiene. Es como si estuviesen en el centro de un torbellino. Más allá, por encima del dolor. El extiende su mano como hacia una corporización no del todo real, y al tocarla sale de su garganta un extraño sonido, suave, mitad risa y mitad asombro. Le palmea la mano. Ella le cubre la mano, a su vez. Y entonces, débil, él se sienta. Luego se sienta ella, de frente a él.)*

PROCTOR: ¿El niño?

ISABEL: Crece.

PROCTOR: ¿No hay noticias de los chicos?

ISABEL: Están bien. El hijo mayor de Rebeca los cuida

PROCTOR: ¿No los has visto?

ISABEL: No... *(Percibe un debilitamiento en sí misma y lo vence.)*

PROCTOR: Eres una... maravilla. Isabel.

ISABEL: ¿Has... sido torturado?

PROCTOR: Sí. *(Pausa. Ella no se deja ahogar por el mar que la amenaza.)* Ahora vienen por mi vida.

ISABEL: Lo sé. *(Pausa.)*

PROCTOR: ¿Nadie... confesó todavía?

ISABEL: Hay muchos que confesaron.

PROCTOR: ¿Quiénes son?

ISABEL: Dicen que son como cien, o más. Hay muchos.

PROCTOR: ¿Rebeca?

ISABEL: Rebeca, no. Ella está casi en el cielo; ya nada puede dañarla.

PROCTOR: ¿Y Guillermo?

ISABEL: ¿No te has enterado?

PROCTOR: En donde me tienen no me entero de nada.

ISABEL: Guillermo está muerto. *(El la mira incrédulo.)*

PROCTOR: ¿Cuándo lo colgaron?

ISABEL (*con calma, simplemente*): No fue ahorcado. No quiso contestar ni sí ni no a su acusación; porque si negaba el cargo, con seguridad lo colgaban y remataban su propiedad. Así es que se mantuvo mudo y murió como un cristiano en buena ley. Así sus hijos podrán conservar su campo.

PROCTOR: Entonces, ¿cómo murió?

ISABEL (*suavemente*): Lo aplastaron, Juan.

PROCTOR: ¿Aplastaron?

ISABEL: Le fueron poniendo grandes piedras sobre el pecho hasta que confesara (*Con una sonrisa de ternura para el anciano.*) Dicen que sólo tenía fuerzas para pedir más peso... Y murió.

PROCTOR (*helado; es otro hilo tejido en su agonía*): "Más peso".

ISABEL: Sí. (*Pausa.*)

PROCTOR (*con gran fuerza de voluntad, pero sin mirarla directamente*): Estuve pensando en confesar. (*Ella no trasluce nada.*) ¿Qué dices tú? ¿Les regalo mi confesión?

ISABEL: Yo no te puedo juzgar, Juan. (*Pausa.*)

PROCTOR (*simplemente; es una mera pregunta*): ¿Qué te gustaría que hiciera?

ISABEL: Lo que tú quieras es lo que quiero yo. (*Breve pausa.*) Te quiero con vida, Juan. Esa es la verdad.

PROCTOR (*después de una pausa, con un rayo de esperanza*): ¿La mujer de Guillermo? ¿Confesó?

ISABEL: Ella no va a confesar. (*Pausa.*)

PROCTOR: Es una mentira, Isabel.

ISABEL: ¿qué?

PROCTOR: No puedo subir al patíbulo como un santo. Es un fraude. Yo no soy ese hombre santo. *(Ella calla.)* Mi honor está quebrado, Isabel; yo no soy un hombre bueno. Nada, que no está ya podrido, se perderá ahora si les concedo esa mentira.

ISABEL: Y sin embargo, no has confesado hasta ahora. Eso habla de una virtud en ti.

PROCTOR: Sólo el odio me mantiene en silencio. Es difícil regalar una mentira a los perros. *(Pausa; por primera vez se vuelve directamente hacia ella.)* Quiero que me perdones, Isabel.

ISABEL: No soy yo quien te tiene que perdonar, Juan; yo soy...

PROCTOR: Quisiera que puedas ver algo honrado en todo esto. Deja que los que nunca mintieron mueran ahora para salvar sus almas. Para mí es una simulación, una vanidad que no cegará a Dios ni apartará a mis hijos del viento. *(Pausa.)* ¿Qué dices tú?

ISABEL *(sobreponiéndose a un sollozo que siempre está por estallar)*: Juan, de nada servirá que yo te perdone si no te perdonas tú mismo. *(Ahora él se aparta un poco, torturado.)* No es mi alma, Juan, es la tuya. *(El se yergue, como presa de un dolor físico, poniéndose lentamente de pie, con el inmenso e inmortal anhelo de encontrar su respuesta. Ella está al borde de las lágrimas; le es difícil decir)*: Tan sólo ten esta certeza, pues ahora lo sé: cualquier cosa que hagas, es un hombre bueno quien la hace. *(El vuelve hacia ella su inquisitiva e incrédula mirada.)* En estos tres meses he mirado hacia mi corazón, Juan. *(Pausa.)* Tengo que rendir cuentas de pecados propios. Es una esposa fría la que empuja a su esposo al adulterio.

PROCTOR *(con gran dolor)*: Basta, basta...

ISABEL *(abriendo su corazón ahora)*: ¡Es mejor que me conozcas!

PROCTOR: ¡No quiero escuchar! ¡Yo te conozco!

ISABEL: Estás cargando con mis pecados, Juan.

PROCTOR (*torturado.*): ¡No, yo cargo con los míos, los míos!

ISABEL: ¡Juan, yo me consideraba tan simple, tan poca cosa, que ningún amor bueno podría ser para mí! Era la sospecha quien te besaba cuando yo lo hacía; nunca supe cómo decir que te amaba. ¡Mi casa era una casa fría! (*Asustada, se aparta al entrar Hathorne.*)

HATHORNE: ¿Suficiente, Proctor? Pronto saldrá el sol. (*Proctor, con el pecho agitado, mira fijamente; se vuelve a Isabel. Ella viene hacia él como para implorarlo, con la voz trémula.*)

ISABEL: Haz lo que quieras. Pero que nadie sea tu juez. ¡Bajo el Cielo no hay un juez superior a Juan Proctor! ¡Perdóname, perdóname, Juan...; nunca conocí tanta bondad en el mundo! (*Se cubre la cara llorando.*) (*Proctor se aparta de ella hacia Hathorne; está como fuera de la tierra; con voz hueca*):

PROCTOR: Quiero mi vida.

HATHORNE (*electrizado, con sorpresa*): ¿Confesarás?

PROCTOR: Quiero conservar mi vida.

HATHORNE (*con tono místico*): ¡Alabado sea Dios! ¡Esto es providencial! (*Sale corriendo y su voz se oye gritando por el corredor.*) ¡Va a confesar! ¡Proctor va a confesar!

PROCTOR (*gritando, y yendo hacia la puerta a zancadas*): ¿Por qué gritas? (*Con gran dolor, vuelve a Isabel.*) Hago mal, ¿no es cierto? Hago mal.

ISABEL (*aterrorizada, llorando*): ¡Yo no puedo juzgarte, Juan, no puedo!

PROCTOR: ¿Entonces quién me juzgará? (*Repentinamente, juntando las manos*): Dios del Cielo, ¿qué es Juan Proctor, qué es Juan Proctor? (*Se mueve como un animal y una furia lo atraviesa,*

una búsqueda atormentadora.) A mí me parece honesto; así me parece; no soy ningún santo. *(Como si ella hubiese negado esto último le grita)* ¡Que Rebeca pase por santa; para mí es todo fraude! *(Se oyen voces en el corredor, hablando a la vez con excitación reprimida.)*

ISABEL: Yo no soy tu juez, no puedo serlo, *(como aliviándolo.)* ¡Haz como tú quieras!

PROCTOR: ¿Les concederías una mentira como ésta? Dilo. ¿Tú les concederías eso? *(Ella no puede contestar.)* ¡No lo harías; aunque lenguas de fuego te estuvieran quemando viva, no lo harías! Está mal. ¡Pues bien... está mal y yo si lo hago! *(Entra Hathorne con Danforth y, con ellos, Cheever, Parris y Hale. Es una entrada directa, rápida, como si se hubiese roto el hielo.)*

DANFORTH *(con gran alivio y gratitud)*: Dios sea alabado, hombre, Alabado sea Dios; serás bendecido en el Paraíso por esto. *(Cheever ha corrido hacia el banco, con pluma, tinta y papel. Proctor lo mira.)* Y bien, comencemos. ¿Está listo, señor Cheever?

PROCTOR *(con helado horror ante su eficiencia)*: ¿Por qué hay que escribirlo?

DANFORTH: Pues... para la buena información del pueblo, señor; ¡Se clavará en la puerta de la iglesia! *(A Parris, con urgencia.)* ¿Dónde está el Alguacil?

PARRIS *(corre a la puerta y llama por el corredor)*: ¡Alguacil! ¡Rápido!

DANFORTH: Entonces, señor, hablará despacio y yendo al grano, para bien del señor Cheever. *(Está ya en sesión y en realidad dicta a Cheever, quien escribe.)* Señor Proctor, ¿ha visto alguna vez al Diablo? *(Proctor aprieta las mandíbulas.)* Vamos, hombre, hay claridad en el cielo; el pueblo espera al pie del patíbulo; quiero dar la noticia. ¿Ha visto al Diablo?

PROCTOR: Lo vi.

PARRIS: ¡Dios sea alabado!

DANFORTH: Y cuando lo vino a ver, ¿cuál era su pedido? (*Proctor calla. Danforth ayuda.*) ¿Lo mandó cumplir su obra en la tierra?

PROCTOR: Eso mismo.

DANFORTH: ¿Y usted se puso a su servicio? (*Danforth se vuelve al entrar Rebeca Nurse, con Herrick ayudándola a sostenerse; a duras penas puede caminar.*) ¡Entra mujer, adelante!

REBECA (*iluminándose al ver a Proctor*): ¡Ah, Juan! Que bueno que estás bien (*Proctor vuelve la cara a la pared.*)

DANFORTH: Coraje, hombre, coraje...; que ella sea testigo de su buen ejemplo para que también ella vuelva al seno de Dios. ¡Escuche bien, señora Nurse! Continúe, señor Proctor. ¿Usted se ha puesto al servicio de Lucifer?

REBECA (*sorprendida*): ¡Juan!

PROCTOR (*entre dientes, evitando mirar a Rebeca*): Así es.

DANFORTH: Pues bien, mujer, no dudo que verás ahora lo inútil de seguir con esta conspiración. ¿Confesarás junto con él?

REBECA: ¡Oh, Juan... Dios se apiade de ti!

DANFORTH: ¿Se confesará, señora Nurse?

REBECA: Pero es que sería una mentira, es mentira; ¿usted quiere que me condene? No puedo, no puedo.

DANFORTH: Señor Proctor. Cuando el Diablo lo fue a ver, ¿vio con él a Rebeca Nurse? (*Proctor permanece en silencio.*) Vamos, hombre, tenga coraje... ¿la vio junto al Diablo?

PROCTOR (*casi inaudible*): No.

DANFORTH (*previendo dificultades mira a Juan, va hasta la mesa y recoge una hoja de papel; la lista de condenados*): ¿Ha visto

alguna vez a su hermana María, con el Diablo?

PROCTOR: No, no la vi.

DANFORTH (*sus ojos se entrecierran*): ¿Ha visto alguna vez a Marta Corey con el Diablo?

PROCTOR: No la vi.

DANFORTH (*comprendiendo, depositando lentamente la hoja*): ¿Ha visto alguna vez a alguien con el Diablo?

PROCTOR: No, nunca.

DANFORTH: Proctor, usted se equivoca conmigo. No tengo poder para cambiar su vida por una mentira. Usted ha visto, sin duda alguna, a alguien con el Diablo. (*Proctor guarda silencio.*) Señor Proctor, mucha gente ha dado fe de haber visto a esta mujer con el Diablo.

PROCTOR: Entonces ya está probado. ¿Por qué debo decirlo yo?

DANFORTH: ¡Por qué "debe" decirlo! ¡Usted debería alegrarse al decirlo porque su alma está realmente purificada de todo amor al Infierno!

PROCTOR (*evasivo*): Esta mujer jamás pensó que cumplía la obra del Diablo.

DANFORTH: Un momento, señor. Creo que confunde usted cual es su deber aquí. Poco importa lo que ella pensó...; Esta mujer está convicta del asesinato antinatural de niños, y usted de haberle pasado su espíritu a María Warren. Sólo su alma es lo que aquí se debate, señor, y usted probará su pureza o no vivirá en tierra cristiana. ¿Me dirá ahora qué personas conspiraron con usted en compañía del Diablo? (*Proctor no habla.*)

PROCTOR: Yo respondo por mis propios pecados; no puedo juzgar a otros. (*Gritando, con odio.*) ¡No tengo voz para hacerlo!

HALE (*rápidamente, a Danforth*): Excelencia, es bastante que confiese él mismo. ¡que firme y es suficiente!

PARRIS (*febril*): Es una gran noticia señor. Es un nombre de peso; impresionará al pueblo que confiese el señor Proctor. Le ruego, déjelo firmar. ¡Comienza a salir el sol, Excelencia!

DANFORTH (*medita; luego con disgusto*): Firme su testimonio. (*A Cheever*): Entrégueselo. (*Cheever va hasta Proctor con la confesión y una pluma en la mano. Proctor no mira.*) firme, hombre, firme.

PROCTOR (*luego de mirar la confesión*): Todos ustedes han sido testigos...; eso es suficiente.

DANFORTH: ¿No va a firmar?

PROCTOR: Todos ustedes han sido testigos; ¿qué más se necesitan?

DANFORTH: ¿Está usted jugando conmigo? ¡O usted pone su nombre en esta confesión o esto no es nada! (*Con el pecho hinchándose por su respiración torturada, Proctor apoya el papel y firma su nombre.*)

PARRIS: ¡Alabado sea el Señor! (*Proctor ha terminado de firmar, cuando Danforth extiende la mano para tomar el papel. Pero Proctor lo coge rápidamente; en él crecen un terror salvaje y un enojo sin límites.*)

DANFORTH (*perplejo, pero extendiendo cortésmente la mano*): Píenselo bien, señor.

PROCTOR: No.

DANFORTH (*como si Proctor no comprendiese*): Señor Proctor, usted debe entregarme ese documento...

PROCTOR: No, no. Lo he firmado. Ustedes me vieron. ¡Ya está hecho! Este documento no es necesario.

PARRIS: Proctor, el pueblo debe tener pruebas de...

PROCTOR: ¡Al Diablo con el pueblo! ¡Yo confieso ante Dios, y Dios ha visto mi nombre en este papel! ¡Es suficiente!

DANFORTH: No, señor, es...

PROCTOR: Usted vino a salvar mi alma, ¿no es así? ¡Bueno! ¡Me he confesado; con eso basta!

DANFORTH: Usted no se ha con...

PROCTOR: ¡Me he confesado! ¿Es que la penitencia tiene que ser pública? ¡Dios no necesita mi nombre clavado en su iglesia! ¡Dios ve mi nombre! ¡Dios sabe cuán negros son mis pecados!

DANFORTH: Señor Proctor...

PROCTOR: ¡No me van a utilizar! No soy ninguna Sara Good, ni ninguna Títuba..., soy Juan Proctor! ¡No me van a utilizar! ¡No es parte de mi salvación que ustedes me utilicen!

DANFORTH: No quisiera...

PROCTOR: Tengo tres hijos... ¿Cómo enseñarles a caminar por el mundo como hombres si he vendido a mis amigos?

DANFORTH: No ha vendido a sus amigos...

PROCTOR: ¡No me mienta! ¡Los denigro a todos si esto es clavado en la iglesia el mismo día en que son colgados por no hablar!

DANFORTH: Señor Proctor, necesito buena prueba legal de que usted..

PROCTOR: ¡Usted es la suprema corte, su palabra es suficiente! Dígales que he confesado; dígales que Proctor se hincó de rodillas y lloró como una mujer; dígales lo que quiera, pero mi nombre no puedo...

DANFORTH (*desconfiado*): Es lo mismo, que yo lo diga o que usted lo firme?

PROCTOR (*sabiendo que es una locura*): ¡No, no es lo mismo! ¡Lo que dicen otros y lo que yo firmo no es lo mismo!

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Pretende usted negar esta confesión cuando salga en libertad?

PROCTOR: ¡No voy a negar nada!

DANFORTH: Entonces explíqueme, señor Proctor, por qué no permite usted...

PROCTOR (*con un grito desde el fondo de su alma*): ¡Porque es mi nombre! ¡Porque no puedo tener otro nombre en mi vida! ¡Porque miento y firmo mentiras con mi nombre! ¡Porque no valgo la tierra en los pies de quienes cuelgan ahorcados! ¿Cómo puedo vivir sin mi nombre? ¡les he dado mi alma; mi nombre no!

DANFORTH (*señalando la confesión en manos de Proctor*): ¿Es una mentira ese documento? ¡Si es mentira no lo aceptaré! ¿Qué dice usted? ¡No aceptaré mentiras, señor! (*Proctor no se mueve.*) Pondrá usted su honesta confesión en mis manos, o no podré salvarlo de la horca. (*Proctor no contesta.*) ¿Qué camino elige, señor? (*Con el pecho hinchándose, sus ojos fijos, Proctor rasga el papel y lo estruja; ahora llora, furioso pero erguido.*)

DANFORTH: ¡Alguacil!

PARRIS (*históricamente, como si el papel rasgado hubiera sido su vida*): ¡Proctor, Proctor!

HALE: ¡Te ahorcarán, hombre! ¡No puedes!

PROCTOR (*con los ojos llenos de lágrimas*): Claro que puedo. Y he aquí su primer milagro.. puedo... sí puedo. Usted ha producido un milagro, porque ahora sí creo vislumbrar un pedacito de bondad en mí. No alcanza para tejer una bandera, pero es lo bastante blanca como para no dársela a estos perros. (*Isabel, en un*

arranque de terror, corre hacia él y llora en su mano.) ¡No les regales una sola lágrima! ¡Las lágrimas les gustan! ¡Muestra tu honor, ahora, muestra un corazón de piedra y húndelos con él! (El la ha levantado y la besa con gran pasión.)

REBECA: Nada temas Juan. ¡Hay otro juicio que nos aguarda a todos!

DANFORTH: ¡Serán ahorcados sobre el pueblo! Quien lllore por ellos, llora por la corrupción. *(Sale, pasando a su lado como una exhalación. Herrick comienza a llevar a Rebeca, que casi se desploma, pero Proctor la ayuda mientras ella lo mira como disculpándose.)*

HERRICK: Vamos hombre. *(Herrick los escolta, con Hathorne y Cheever tras ellos. Isabel queda parada frente a la puerta vacía.)*

PARRIS *(con miedo mortal a Isabel)*: ¡Corre a él, Isabel! ¡Aún hay tiempo! *(Desde afuera, un redoble de tambores hiende el aire. Parris está espantado. Isabel salta hacia la ventana.)*

PARRIS: ¡Corre a él! *(Sale corriendo por la puerta como para detener su destino.)* ¡Proctor! ¡Proctor! *(Nuevamente, un breve redoble.)*

HALE: ¡Mujer, pídeselo! *(Comienza a correr hacia la puerta, pero regresa.)* ¡Mujer! Es orgullo, es vanidad. *(Ella evita sus ojos y se mueve hacia la ventana. Él cae de rodillas.)* ¡Ayúdale! ¿De qué le sirve sangrar? ¿Ha de ser el polvo quien lo alabe? ¿Han de ser los gusanos quienes proclamen su verdad? ¡Acude a él, quítale su vergüenza!

ISABEL *(sosteniéndose para no caer, agarra los barrotes de la ventana y grita)*: Ahora tiene su pureza. ¡Dios no permita que yo se la quite! *(Estalla el último redoble que crece violentamente. Hale llora una oración frenética, y el sol naciente se derrama en la cara de ella y los tambores baten como huesos en el aire de la mañana.)*

TELÓN